

ENRIQUE GONZALEZ ROJO

LIBRO SEGUNDO

LA CRUCIFIXION DE LA HISTORIA

LOS ORÍGENES

PRIMERA PARTE

EL FRAUDE Y LA PIEDAD

Capítulo I

*Donde se da cuenta de cómo un fraude puede ser
piadoso*

**Después de Jesús, María Magdalena es la que más contribuyó a la
fundación del cristianismo"**

(E. Renán).

De repente, las lágrimas se agotaron. Las mujeres se vieron unas a otras y adivinaron de golpe lo que deberían de hacer. Maria Madre estaba indecisa. Quiso rezar; pero las palabras, renuentes, preferían ocultarse en alguno de los pliegues del olvido. Maria Magdalena, en cambio, se fue enamorando cada vez más de la idea tija que la merodeaba y supo que, a partir de ese instante, no había en todo el mundo un poder material capaz de enmendarle la plana a su propósito. Seis de ellas cargaron el cuerpo exangüe de Jesús. Por fortuna, los centinelas continuaban adormecidos: la pócima beleño que Isabel y Maria de Magdala les habían ofrecido bajo la apariencia de un te aromático y humeante, había sido de una efectividad contundente. Las seis, con la ayuda de José de Arimatea y Nicodemo habían logrado previamente remover la piedra redonda que clausuraba el sepulcro. Sacar el cuerpo de la *fosa infame* no

fue nada fácil. Por lo menos dos veces estuvo a punto de resbalárseles y de dar de lleno en un empedrado donde contendían la tierra seca y el lodazal maloliente. No obstante, adquirieron fuerzas de la fe, del temor a que los romanos o los fariseos profanasen los restos de su Maestro o quizás también del deseo de guardarlo, enterrarlo, protegerlo maternalmente en un sitio sólo por ellas conocido, y pudieron llevarlo en aquel domingo de la desolación) sobre sus hombros, su resolución y su entusiasmo durante un número impresionante de millas. No lo hicieron por los caminos nos consabidos o las calzadas reales. El bulto maravilloso fue transportado a través, de oscuros vericuetos y senderos casi inexpugnables por seis mujeres (verdadera comunidad mística en movimiento) para quienes la fatiga, el sudor y el miedo eran las más insignificantes y humildes ofrendas que podían rendir a su *Mesías*. Al subir una cuesta, sin embargo, el cadáver no pudo ser retenido. Cuatro manos nerviosas intentaron impedir la caída y el resultado fue que los restos mortales de Cristo, con el sudario desprendido, cayeron, desnudos, al pie de las atónitas y angustiadas mujeres.

La visión del cuerpo, sin velos ni vestiduras, de los estigmas, de la palidez

extrema y de las huellas de sangre en diversos lugares, electrizó a las mujeres e hizo que por algunos segundos se quedaran inmóviles y asombradas. Maria de Cleofas e Isabel reaccionaron a toda prisa, cubrieron el cuerpo del Señor e hicieron una seña a todas las mujeres para que reemprendieran la marcha llevando sobre ellas el divino envoltorio.

Habían tomado la decisión de dirigirse al pequeño poblado de Bétel, al noroeste del Monte de los Olivos. Finalmente lograron su propósito. Después de varias deliberaciones, dudas, arrobamientos, el colectivo de mujeres, donde, a decir verdad, Maria, la de Magdala, llevaba la voz cantante y la voluntad decisoria, optaron por inhumar el cuerpo de Cristo en el jardín de la casa de José de Arimatea en Bétel donde ellas se hallaban escondidas. Lo hicieron con el mayor sigilo, con la máxima devoción y presas de un sufrimiento jamás sentido y ni siquiera sospechado.

A seis días escasos de haber enterrado el cuerpo del Señor, el grupo de mujeres, conmocionadas aún por los acontecimientos, recibió la visita de Tomás. Isabel, la madre del Bautista, escuchó sus llamadas en la puerta y reconoció la clave inconfundible que los zelotas y los esenios simpatizantes de Cristo empleaban entre sí para dejarse el paso libre.

-¡Dios santo -gritó a las demás- el *Taoma* está a la puerta!

El portón fue abierto de par en par y el *Didimo*, el doble de Cristo, apareció de, cuerpo entero ante los ojos desorbitados y demandantes de las piadosas mujeres. El parecido era notable, como dos gotas de agua desgarradas de la identidad por el destino. Ninguna de las mujeres ignoraba, desde luego, que María habla dado a luz a dos mellizos; pero la semejanza entre ellos, que antes producía asombro e hilaridad, ahora generaba estupor e inquietud.

-¿Lo han sepultado ya?, inquirió Tomás.

Un lúgubre asentimiento se resbaló de los rostros de Marta y Maria, las hermanas de Lázaro.

-¿Dónde está su sepultura?

-Ahí, en el *jardincillo* que se adivina tras de esta ventana, apuntó Maria Magdalena.

Tomás se acercó a la ventana y divisó un pequeño promontorio de tierra removida cubierto por unas flores blancas, sencillas, tiernas.

La dulce voz de Maria, que semejaba la espiritualización del silencio, exigió entonces:

-Hijo mío, ven y acércate a tomar y beber alguna cosa Y añadió a continuación:

-Sentémonos todos en rededor a la mesa para que, al

tiempo en que ingieras un trozo de pan y apures un vaso de vino, sepamos qué ha ocurrido en estos días en Judea, en Samaria y en Galilea.

Las mujeres se sentaron alrededor del *Taoma*. Sin despegar los ojos de él, aguardaron a que, después de dar cuenta de unos mendrugos de pan ázimo (hecho en Samaria) y de unos sorbos de mosto azucarado, tomara la palabra.

-Deseo relataros lo que ha pasado después de la desaparición del cuerpo. El efecto que esto tuvo en Jacobo y en Simón, en Andrés y en Mateo. Los comentarios que han surgido aquí y allá. En una palabra, el tremendo efecto que ha generado el hecho de que los restos de mi hermano crucificado hayan desaparecido inexplicablemente.

Habló entonces de la sorpresa de todo mundo. Del escepticismo irónico de los romanos. De la maledicencia intolerante de los fariseos. Pero más que nada de la idea de los *nazires* y seguidores de su hermano (nacida vagamente en un principio y convertida después en deseo, esperanza y convicción incontenibles) de que había resucitado *al tercer día*.

-Madre, debo confesarte que sin desearlo he puesto mi granito de arena en esta *certeza piadosa* de la resurrección...

-¿Cómo es así?, inquirió Maria de Magdala al ver que Maria Madre no salía de su asombro ni atinaba decir nada.

-No lejos de Jerusalén, en el camino hacia la aldea de Emaús, me hallé de pronto con dos viandantes. Temeroso como estaba por todo lo acontecido, les solicité que me permitieran deambular a su lado. Ellos consintieron sin reticencias. Abrieron incluso su *fardo de jornada* y me convidaron de las frutas, aceitunas y nueces que llevaban consigo. Las rameras de Emaús no podían ocultar su inquietud, su tristeza y hasta podría decir su desesperación. -No sabes lo que ha ocurrido?, me espetó uno de ellos, llamado Cleofas. Y sin aguardar mi respuesta continuó en tono lúgubre -Hace unos días murió Jesús, el Cristo. Fue crucificado. Y muerto. Y sepultado. Nosotros, los que hemos creído y creemos en Él, confiábamos en que salvaría al pueblo de Israel y pensábamos además que el Hijo de Dios, la encarnación única de la divinidad, no podía ser devorado por las fauces terriblemente puntuales de la temporalidad. Nosotros lo conocimos. Nos sentimos orgullosos de haber sido sus discípulos. Mi compañero es amigo incluso de Simón llamado Pedro. Al saber de la traición de Judas Iscariote, de la intervención del sanedrín, de la resolución de los romanos y de la decisión *e ajusticiarlo en la cruz, la espantosa e infamante pena reservada a los rebeldes, los esclavos y los bandidos, supusimos que todo ello no

impediría resucitar a nuestro Señor, dar señales de su presencia a sus discípulos y aparecerse para orientarlos a sus numerosos seguidores judeo-cristianos. Pero, ay de nosotros, nada de esto ha ocurrido o a lo menos los no tenemos conocimiento de que haya pasado. La muerte no ha hecho excepciones. El reloj de arena ha reafirmado su tiranía. Emmanuel no ha podido nada contra Cronos... La aflicción enhebrada en las frases del viajero que discurría, iba acompañada del llanto sin pudores de su acompañante. En los alrededores de Emaus, y al darles a conocer mi intención de continuar la jornada, me invitaron a cenar en casa de uno de ellos. Ya sentados a la mesa, la nostalgia impregnó el ambiente. Fue entonces, Madre, en que, sin desearlo, reproduje al parecer los gestos de Jesús: tomé el pan y lo ofrecí a Cleofás y su amigo. Consciente de la gran semejanza que siempre he tenido con mi hermano, y de que pocas personas y hasta seguidores estaban enteradas de que tuviste gemelos, vislumbré oscuramente el efecto que tarde o temprano ello podría producir en dos personas tan sencillas y deseosas de que viviera o reviviera su Salvador. Cuando los vi perplejos, ensimismados, distraídos, tomé mi báculo y sin hacer ruido me fui alejando de ellos. No sin antes escuchar de la asombrada lengua de Cleofas las siguientes palabras: ¿No le has

reconocido al cortar el pan? ¿Viste su gesto adusto y su sonrisa en los labios? Hermano mío, era Él, era Él. Y mientras yo continuaba mi peregrinar, ellos, según supe, se apresuraron a tornar a Jerusalén, que se halla a sólo sesenta estadios de Emaús, a dar la noticia de la aparición de Cristo resurrecto. Poco después me enteré, ya que decidí volver esa misma noche a Jerusalén, que los seguidores de mi hermano arribaron a la ciudad santa, buscaron a sus cofrades des en el cenáculo y contaron a todos que Jesús, no como fantasma o como espíritu, sino de carne y hueso, viajó, intercambió palabras y cenó con ellos. A medida que relataban los peregrinos tamaña experiencia (haber visto, oído y tocado a su Señor redivivo, los oyentes, el círculo más íntimo de discípulos y apóstoles de Jesús, fue presa de un entusiasmo místico inenarrable. Se arrebataban la palabra unos a otros. Se abrazaban y tomaban de la mano. Los ojos de algunos de ellos -de Pedro, de Juan, de Santiago- se llenaron de lágrimas benditas. Otros se pusieron de hinojos y le dieron un vuelo de incienso a sus plegarias. En no sé quiénes logró abrirse el paso la convicción de que, en ese oscuro lugar donde se hallaban congregados, y en un momento en que se hizo un silencio, se oyó nítidamente el vocablo *shalom*, la palabra que usualmente empleaba mi hermano a guisa de saludo. No cabía la menor duda, Jesús había

resucitado. En unos casos fui yo, Madre, a quien se confundía con el que había muerto y resucitado. La semejanza física que siempre tuve con Jesús y la analogía que guardaban, por lo visto, mis gestos, ademanes y actitudes con los suyos convenció a muchos - que nada o muy poco sabían de mi existencia, *por lo que tú ya sabes*- que habían presenciado al Hijo del Hombre, como se autodenominaba mi doble, resucitado al tercer día tras de su sacrificio y su deceso. Pero, ay Madre, los más fueron presas de su delirio, de sus alucinaciones, de esa ilusión o esa esperanza que, no sé cómo y respondiendo a no sé qué, "pone" su objeto y le presta realidad a sus ansias.

-Y ¿qué sucedió después, hermano Tomás?, preguntó María Magdalena.

-Que en unos apóstoles primero, después en otros y luego en setenta de sus discípulos, fue apareciendo la idea (¿alucinación colectiva?) de que Jesús, pero un Jesús de carne torturada y hueso, citaba a todos sus feligreses en Galilea para verlos por última vez antes de desaparecer entre las nubes y volver a su lugar a la diestra del infinito.

En los momentos aciagos y de excepción que vivían María madre, Tomás, Salomé -la esposa de Zebedeo y madre de los boanerges- y las otras mujeres, María Magdalena se convirtió de golpe en el

alma del grupo. Cuando hablaba, sabía dar voz a lo que las demás cargaban no a flor de labios, sino a flor de corazón. Ella representaba el ánimo, el entusiasmo y, más que nada, el atrevimiento. El brillo de los ojos, el movimiento de los brazos y el flujo de palabras de lógica contundente y pasión desbordante que salía de su boca, la convertían en la pastora carismática de la majada exultante de ovejas. Esta mujer, que había sido pecadora, que había amado como nadie y que, a fuerza de lágrimas, le acercó el mar afectivo a su Señor para que los pies de éste recibieran el bautizo de la pureza, argumentó decididamente a favor de que no era apropiado re velar a *nadie* qué ocurrido con el cuerpo del Rabí. Ni los romanos ni los fariseos deberían de conocer la verdad.

-Y tampoco -dijo con voz intensa aunque entrecortada- resulta conveniente que Pedro, Santiago, Juan, Mateo y los otros apóstoles se enteren de lo acontecido. ¿Por qué? Porque ellos, ilusionados, han dado fe a las supuestas apariciones del Maestro aquí y allá e incluso, víctimas de la esperanza y la alucinación, están seguros de haberlo visto y, oído con esta convicción, han iniciado una prédica tan entusiasta y conmovedora, tan persuasiva y eficaz, que la vida, la muerte y la resurrección del Señor narrada _{por} ellos ha atraído y sigue haciéndolo a

tantos individuos que sería a todas luces insensato develar lo sucedido a la sombra del secreto y de la audacia.

-Pero ello ¿no es un fraude?, pregunto María Madre.

-Si, lo sería... respondió dubitativo Tomás.

-Un fraude piadoso, apostrofó María, la de Magdala. Una mentira de importancia irrelevante si la comparamos con el inmenso beneficio espiritual que concita a su cobijo al convertirse en el punto esotérico a partir del cual opera y seguirá operando victoriosamente nuestra nueva creencia y las prédicas santas de nuestro Mesías.

A continuación, María Magdalena pidió a todas las mujeres y a Tomás que suscribieran, de manera solemne y definitiva, Un juramento excepcional: nadie diría, en ninguna circunstancia, ni bajo ninguna demanda, presión o tortura, lo realmente ocurrido con los restos mortales de Jesús.

-¿lo juran?, preguntó elevando su voz al nivel del grito o del rugido.

-¿Que así sea!, respondió María Madre

-Yo me adhiero también.., dijo Tomás.

-Lo juramos, murmuraron las otras mujeres.

Y así comenzó la crucifixión de la historia.

Capítulo II

Que trata de las mocedades de María Magdalena

En el mapa de Palestina del siglo I de nuestra era, el pequeño poblado de Magdala (o Tariquea) se encontraba, bordeando el Mar de Galilea al sur de Genesaret y al norte de Tiberíades. Esta aldea, de clima extremoso, no se diferenciaba mucho de otros pueblos de Galilea. Las actividades económicas fundamentales eran el comercio, las artesanías, la producción agropecuaria y, sobre todo, la pesca. En los habitantes de Magdala, asentamiento social muy poblado, se descubrían, asimismo, dos preocupaciones centrales estrechamente vinculadas: la política y la religiosa. Los tres conglomerados en que se dividía la sociedad palestina de entonces (saduceos, fariseos y esenios) mantenían; posiciones no sólo distintas sino de común divergentes tanto en relación con las cuestiones sagradas, como con la actitud que, de acuerdo con los intereses y las concepciones de cada grupo, los israelitas deberían mantener respecto a la dominación romana. Es importante hacer notar que en esta población no tuvieron únicamente resonancia e influencia las prédicas reformadoras del gran Hillel, sino que de ella tomó buena parte cíe su "tropa" uno de los grandes rebeldes judíos: el

zelota Judas de Gamma la o Judas Gaulonita, el alma de la insurrección palestina que, protagonizada por los sicarios, estalló en la época del censo (año 6 D. C). En esta aldehuela cálida, feraz y apasionada vio la luz en el año 3 D.C. Maria Magdalena.

Hay quien ha escrito que Maria nació en Betania -pueblo que se hallaba sobre la vertiente oriental del monte de los Olivos a unos 15 estadios de Jerusalén- y por eso en lugar de llamarla María de Magdala, le da el nombre de Maria de Betania. Probablemente esto se deba al hecho de que una buena parte de la vida de Maria transcurrió en Judea (en Engadi, Belén, Lydda, Emaús y, sobre todo, Betania). Se debe decir en realidad que María Magdalena es de Magdala por nacimiento y de Betania por residencia. Aún más, fue en Betania, en el palacete de Simón el Fariseo, donde tuvo María uno de los encuentros más significativos y elocuentes con Cristo. Pero no cabe la menor duda, y hay un número importante de indicios que vienen a atestiguarlo, que Maria es hija de Magdala. Nuestra mujer galilea nació en una familia acomodada y hasta aristocrática en que, de lleno, el padre representaba el ser y la madre la sumisión. El patriarca de la familia era un hombre rico y muy entregado a las prácticas exteriores y ceremoniales de la ley mosaica. Tenla su cuerpo, su

presencia física, su humanidad del lado de los saduceos; pero su alma coincidía más bien con los fariseos. Poseía los ademanes aristocráticos de los primeros, pero rechazaba el colaboracionismo con los romanos de éstos y la prioridad que daban a la moral sobre la religión o a la libertad sobre la predestinación. Para decirlo de una sola vez, se sentía más identificado o más a sus anchas con el culto exterior, los ritos y las ceremonias de los fariseos que con la actitud "académica", no poco oportunista y un tanto escéptica de los saduceos. La madre de María, por más esfuerzos que hizo, no pudo heredarle a su hija la sumisión y el conformismo. Es cierto que fue educada en una "casa de oración" en que la lectura de la Thorá y de otros libros sagrados se hacía bajo las sabias instrucciones y la guía piadosa de la escuela del rabino Hillel, que fundara la orden de Benjamin e influyera poderosamente en las concepciones, palabras, alegorías y giros de Jesús, y hasta se dice, y no tenemos por qué dudar de ello, que el gran Gamaliel, el maestro de Saulo y de Herodes Antipas, y que era menor de edad que María, asistió en diversas ocasiones a las "lecturas comentadas" de la sinagoga y que fue escuchado con em^beleso por la curiosidad tan asombrada como sensible de nuestra joven.

Los primeros años de Maria, como también los de su hermana mayor Marta y de su hermano menor Lázaro, discurrieron de manera tranquila y gozosa a un pelo de ángel de ser felices. Ningún contratiempo serio. Ninguna enfermedad, muerte o tragedia apareció en su entorno. Tenía, sí, divergencias con su padre. Concebía la religión de manera distinta a su progenitor. Su corazón creía haber descubierto un itinerario distinto o un atajo diferente para acceder a Jehová que el establecido por las mil y una prácticas habituales del culto externo farisaico. Pero las desaveniencias con su padre no eran, por entonces, ni extremadamente severas ni mucho menos insuperables. Ella era, además, cariñosa, alegre, optimista y en lo fundamental respetuosa de las ancestrales obligaciones femeninas. No obstante lo anterior, con los años, con el avance de la adolescencia, se fue presentando poco a poco la causa de sus sinsabores futuros y de la infelicidad que la embargó durante tantos años: la belleza.

Oh pluma, quiero alabarte, seducirte, despertar en ti la más alada de las excitaciones hasta lograr que coincidan tu más elocuente derramamiento de tinta, con el más espasmódico orgasmo de tu musa. Acudo a ti tras de dejar la inseguridad a los pies de ese lápiz con timideces de plomo y con la precaria

aptitud de crear letras, palabras, frases que acaban por esfumarse al reiterado soplo del tiempo. Anhele, oh pluma, que me ayudes a describir la hermosura de Maria Magdalena. Que hagas su fiel retrato. Que seas el espejo en que se asoma un trozo congelado de la historia. Que tengas la audacia de describir la luz, sin que venga a perturbar tu descripción el lampo del deslumbramiento. Que te detengas no en la beldad de su rostro o la preciosidad de su cuerpo. No en su frente amplia e inmaculada, en sus brazos armoniosos y en la larga cabellera nigriscente. Deseo mas bien que me ayudes a transcribir los gestos, los ademanes, las actitudes de María ya que sólo en el ejercicio de movimiento se dan la gracia, el carácter y la personalidad de un individuo.

Los ojos eran grandes, ovalados, profundos. Pero lo más inolvidable de ellos era la forma en que miraban. Eran unos ojos con la envidiable capacidad de ver si re el trasfondo, la esencia, lo recóndito del objeto. Al contemplar a otros ojos no se detenían en los párpados, la esclerótica o la pupila, sino que, sin pedir permiso, se introducían de golpe hasta el recinto último y más celosamente guardado de la intimidad. Todo mundo, por eso mismo, se sentía desnudado por los ojos o la doble indiscreción que entre sus párpados escondía la

hermana de Marta y de Lázaro. Sus labios, deliciosos y breves, eran un arca purpúrea hecha ex profeso para guardar la mas espléndida colección de perlas del medio oriente. Mas lo que más atraía de esa boca era la manera en que se desplazaba de la sonrisa a la risa o viceversa sin caer nunca en la estruendosa vulgaridad de la carcajada. Además, se trataba del instrumento musical que utilizaban sus entrañas para comunicarse con el medio ambiente. La voz de Maria era de una musicalidad que a todo mundo agradaba. Quizás no se le enseñó a cantar para que no se transformara en Angel. Pero sabía ser dura, implacable y severa. Maria era una mujer con el enorme tino de saber morderse la lengua cuando era necesario, pero también, si era preciso, con la sabiduría de soltarle las riendas a cuanto bullía en sus pulmones con urgencias de salir a la intemperie. Los senos, las caderas y las piernas de nuestra joven -con el añadido de un vientre que cargaba en medio la huella digital de no sabemos qué demiurgo inspirado- son capitulo aparte. En su conformación habla tenido no poco que ver el dios Eros -si es que una divinidad pagana puede inmiscuirse en el código genético de los judíos. Aquí la geometría había hecho de las suyas. Pero hay que aclarar que nos referimos a una geometría redondeada ya por las cadencias de la sensualidad y la libido y no a aquella disciplina, cara al gran Euclides, inmersa en

la casta abstracción y el helado apriorismo. A pesar, sin embargo, de la bella redondez de los senos, la flexible curvatura de las caderas, la impoluta planicie del vientre y la gracil carnosidad de los muslos, lo memorable, lo verdaderamente memorable de María era el modo en que se movía, en que se levantaba de un asiento, en que bebía de una copa, en que caminaba, apresuraba el paso o corría.

La familia de Marta, María y Lázaro tenía en alta estima a los Macabeos iniciales. Estos luchadores, beneméritos de la tradición sionista, fueron los primeros en arrojar de tierra santa a los conquistadores extranjeros (que por entonces no eran los romanos sino los griegos), fundaron una nación independiente más o menos cuatro siglos después del exilio babilónico y reinaron en Judea. Es de subrayarse que aunque se tenía a los primeros Macabeos -y sobre todo a Judas- como símbolos de la independencia y de la defensa del pacto judío con la divinidad -como lo evidenciaba la reedificación del Templo de Jerusalén-, el reinado de esta familia, durante un periodo que se extiende a lo largo de un siglo, estuvo señalado por una sucesión de emperadores tan vesánicos y corruptos como sus contemporáneos seléucidas. A decir verdad la acción corruptora del poder no respeta épocas, ni

fronteras, ni credos, ni razas. Parafraseando a Shakespeare podríamos decir: "Dennos un gobernante que no se precipite inexorablemente, de manera abrupta o gradual, a la ciénaga de la corrupción, para ponerlo en el centro de nuestro corazón, en el corazón de nuestro corazón". Incesantes acciones guerreras permitieron a la dinastía de los Macabeos expandir el nuevo estado) y hasta obligaron por medio de las armas, como lo harán después los discípulos de Mahoma con su credo, a aceptar por la fuerza el judaísmo a los pueblos dominados. Judea reconquistó, púgil, ufana y orgullosa, la situación que había gozado en los tiempos de David, el león de Judá, de modo tal que el Imperio romano empezó a interesarse y también a sentirse inquieto por el resurgir y el engrandecimiento de una nación tan belicosa como exaltada y de un pueblo que se tenía ni más ni menos que como el pueblo, de todos los que existían en el universo mundo, elegido por Jehová. La nueva Judea, sin embargo, se debilitó bien pronto por una serie de sangrientas guerras fratricidas, como si la belicosa contraposición de Cain y -la primera guerra mundial de la historia- fuera un atavismo hereditario o el castigo del Señor por la depravación que había entrado en el alma de los jefes judíos como Pedro por su casa. En estas condiciones, Herodes el Grande, descendiente de los idumeos, un pueblo de origen

árabe que fue conquistado por los Macabeos, llegó al trono, después de asesinar a dos de sus hijos y a todos los rivales judíos que podrían entorpecer su ascenso.

A la familia de Heredes y, por consiguiente, emparentado con Arquelao, Herodes Antipas, Heredes de Calcis, Herodias, la misma Salomé, etc., pertenecía un joven llamado Aristóbulo que jugó un papel decisivo en la vida de Maria Magdalena. Es de señalarse que, para la familia de los Herodes, una joven como María tenía el suficiente grado de nobleza para poder entablar amistad con el joven príncipe; pero carecía del nivel aristocrático indispensable para contraer nupcias con él. Esta mezcla de autorización y prohibición mantenida en las costumbres de la alcurnia heródica es la causa esencial de las desgracias que hicieron acto de presencia cuando la pareja dio de bruces, de la noche a la mañana, con el **primer amor**.

Capitulo III

Donde se muestran los resultados de una buena estrategia amorosa

La seducción amorosa utiliza de común un conjunto de movimientos similares. La mirada y la palabra sirven de pródromos a la aproximación física. Si la mirada ha servido de anzuelo a la mirada ajena y la lengua ha sabido ganarse el ámbito propicio de la conversación, nos hallamos en el posible preámbulo afectivo para que se lleve a cabo la siguiente secuencia: los dedos seductores que apresan a otros dedos, la boca que se encarama en otros labios un si es no es sorprendidos, las manos que caen como palomas o como buitres en los senos, las yemas acucian tes que enrejan las caderas, y el cuerpo masculino en su conjunto, con todas sus intenciones exaltadas, que busca al otro cuerpo desnudo no sólo de ropaje sino de impedimentos y escrúpulos. Salvo en muy contadas ocasiones, los movimientos no se suceden de manera ininterrumpida. La regla es la discontinuidad. Para pasar del apresamiento de manos, o del pecado venial entre ellas, a la boca agresiva que profana la soledad de la otra, deben transcurrir horas, días y a veces hasta semanas. Se podría decir que hay una serie de Angeles centinelas

que protegen, pundonorosos, el acceso a los labios. Otro tanto hay que aducir cuando tiene lugar un salto que va desde el beso, donde la identidad sufre sus primeras resquebrajaduras, hasta las manos audaces que corren a tutearse con los pezones. Sólo la debida preparación cuantitativa puede darle luz verde al brinco que pasa de una ccualidad erótica a la subsiguiente. Hay en todo esto dos peligros Y el buen seductor sabe cómo sortearlos. El primer riesgo es *estancarse en urn nivel*, hacerse eco de las reticencias que, como moscardones moralistas, merodean las sienes, o tomar en serio los vituperios de los Angeles guardianes del paraíso o de cualquiera de sus estadios precedentes. La segunda amenaza está constituida por el salto mortal. Quien, en efecto, pretende ir desde el apretón de manos hasta el apresamiento del talle y las caderas, sin pasar por la boca y por los senos, o quien, aún más, intenta acceder desde el beso conquistado hasta el edén, sin conocer las estaciones de tránsito de los senos y de las mórbidas curvaturas que se encuentran más abajo, comete errores de cálculo que pueden acarrear la indiferencia, el desdén y hasta el rechazo violento. El joven Aristóbulo, en su relación con Maria, tuvo la intuición exacta de qué hacer y cómo hacerlo. A su tercera mirada de reojo, cuando ella lo veía pasar

frente a su ventana, los ojos de Maria se deshicieron, parpadeando, de la indiferencia. La expresión "ella no tuvo más ojos que para él", aunque tritura luces, paisajes, formas y mundo en aras de la exageración, resulta conveniente para insinuar qué es lo que ocurrió entre pestaña y pestaña de la doncella cuando las cuencas oculares de Aristóbulo le enseñaron no sabemos qué partezuela del paraíso. Luego, pero un luego bastante lejano de lo anterior, se entregaron a las pláticas, al intercambio de letras, frases, suspiros, signos de admiración y de interrogación. El supo calcular el momento. Acuciado por un impulso que hincaba sus raíces en el hondón de la entraña, no quiso estancarse en ese revoltijo insulso de miradas y conversaciones que se llama amistad. Un día, cuando los dos jóvenes charlaban a la orilla del Mar Muerto, Aristóbulo, como quien no quiere la cosa - este "como quien no quiere la cosa" es, según árece, un recurso estratégico de efectividad indiscutible-, le tomó a Maria las manos. Pero, ojo con ello, no interrumpió la plática para tomarle las manos, sino que, al tiempo que continuaba la conversación y hasta la volvía *mías* condimentada y colorida, apresó los dedos de la joven. Ella, imperceptiblemente, entró en la órbita del consentimiento. Algo similar, pero no en una sola ocasión, sino en varias, ocurrió con

los siguientes pasos. Es importante tener en cuenta que, cuando Aristóbulo se atrevía a ascender de un peldaño al otro no dejaba de tener puesto un pie en el anterior: cuando se besaban, y lo hacían en cada encuentro de manera golosa, reiterada, intensa, él, sin retirar sus labios de los de Maria, rozaba con las yemas de sus dedos los senos de la joven, hasta que, en una tarde de privilegio, cuando adivinó que los querubines de la reticencia huían como polluelos desanimados e inútiles, cambió el estado de sitio por la toma de la fortaleza y aposentó sus manos en la turgencia palpitante de los senos. Aristóbulo pasó, finalmente, del penúltimo escalón al último sin titubeos, con paso firme, con una astucia autoconsciente de sus posibilidades. Ella, lejos de sorprenderse y de amurallarse en el "hasta aquí" exigido por la moral y el dedo acusador del farisaísmo, risueña, gozosa, juvenilmente aceptó los requerimientos del joven y le entregó, sin dudas arrepentimientos, la tierra prometida.

Maria Magdalena, tan penetrante, tan receptiva, tan enemiga de la frivolidad, se equivocó irremisiblemente en su juicio sobre el príncipe Aristóbulo. Cuando le vio los ojos, le tomó las manos y le besó la boca advirtió la sincera inclinación del joven por ella; pero confundió -tal

vez por su inexperiencia o por la perturbación que generaba su propio entusiasmo- una pasión que supo enmascararse con pinceladas de ternura y fingida idealidad, con un amor puro, pleno, sin incertidumbres. Cuando descubrió su error ^{ya} era tarde: la niña, convertida en mujer, dio de bruces con un mundo hostil que tenia en el reducido núcleo paterno su expresión mas rígida, intolerante e incomprensiva. Maria, dejada de la mano de Dios, iba a ser presa de las garras untadas de miel del demonio.

Capítulo IV

Donde aparece María Magdalena como testigo de las palabras que Jesús dirigió a la mujer adúltera

Maria empezó a oír hablar del nazareno. En la borrosa información que le llegó inicialmente, iba asociado a Juan, el Bautista. Se decía que Jesús había evaluado en su justa medida la iracundia sagrada del anacoreta; que llamó la atención de sus discípulos hacia esa voz estentórea, pero atemperada por la sordina del afonismo, que, proferida en medio del desierto, hacia estremecerse con un sentimiento de culpabilidad a las mismísimas piedras. Se relataba que Jesús, el Cristo, había reconocido las virtudes purificadoras las aguas del Jordán; que coincidía con el que con el antiguo esenio en que la inmersión y las abluciones ofrecían la oportunidad no sólo de acosar a la suciedad y los malos humores del cuerpo, sino a las llagas y los hedores que las almas habían adquirido en el tráfago de su empeño existencial. Se contaba que el Señor, como un acto de supremo reconocimiento al rabí semidesnudo que se alimentaba sólo de miel y de langostas, aceptó ser bautizado por las manos temblorosas y emocionadas del piadoso energúmeno que se desgañitaba denunciando a la "generación de víboras de fariseos

y saduceos. Se narraba que el Bautista como tenía ojos, supo ver y como tenía oídos supo oír el aleteo del prodigio, tras lo cual, sin pensarlo dos veces, se supo el profeta de la aurora y se situó de manera espontánea y natural en el plano importante pero secundario que estaba reservado: encarnar el vaticinio de la redención del Rey de reyes, del Verbo en su conjugación humana. Como piezas sueltas de un rompecabezas fantasmagórico, a María empezaron a llegar las noticias de un verdadero rosario de milagros: ciegos que encontraban la salida de su gruta, sordos que reanudaban su diálogo con el mundo, parálíticos que ponían en el asombro los pies en polvorosa. María oía y oía hablar del nazareno pero no había tenido la oportunidad, o mejor deberíamos decir la ventura., de verlo, oírlo, tocarlo. Ocurrió, sin embargo, que en una ocasión Jesús, tras de estar durante la noche en el monte de los Olivos, volvió por la mañana al templo. Informado el pueblo de su presencia, corrió a ponerse a su lado y a escuchar las enseñanzas que Él, tras de tomar asiento, gustosamente impartía. Atraída por la fama del Maestro e hipnotizada por su personalidad arrolladora, la Magdalena se había incorporado a la turba sin decir esta boca es mía pero con la atención desorbitada de quien se sabe en vísperas de la tramitación de lo definitivo. En ese momento los escribas y los

fariseos trajeron, arrastrándola, a una mujer sorprendida por sus parientes en adulterio, ejerciendo el tercero de los pecados capitales con el descaro de quien ha recorrido el de la lujuria de tiempo atrás y con ánimo gozoso. Los judíos la pusieron en medio de todos y dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo del adulterio". La pecadora, a todo, no podía olvidar lo acaecido y, amén de sentirse culpable, le era imposible dejar de saborear en su interior la forma orgásmica que había asumido su reciente pecado. Los fariseos y los escribas añadieron: "en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, qué dices". Varios hombres y mujeres, ante el azoro y la indignación de María, buscaron piedras en su entorno y se dispusieron, enfurecidos, orgullosos y vengativos a iniciar el acto moralizante de la lapidación. Jesús, inclinado, escribía en la tierra con el dedo. ¿Qué es lo que escribía? Nadie prestó atención a la palabra que con trazo seguro grabó en la arena. Todos se fijaban más bien, puesto que estaban tentándole para acusarle, en el movimiento de sus labios. María se acercó por atrás al rabí y leyó con claridad la palabra escrita: se trataba de **hipocresía**. Vocablo que Jesús borró a continuación también con ell. dedo. Los judíos insistieron en su pregunta. Entonces Jesús dijo: **"El que de vosotros**

esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella". E inclinándose hacia el suelo volvió a escribir la misma palabra. Los judíos, al escuchar la respuesta del Maestro, y con una parte de su propia conciencia convertida en acusadora, fueron yéndose poco a poco hasta quedar Jesús y la mujer cerca el uno de la otra y Maria Magdalena a unos pasos atrás del Señor. Levantándose Jesús, y no viendo a nadie ya sino a la mujer adúltera, le dijo: **"Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?"** Ella respondió: "Ninguno, Señor" Entonces Jesús añadió: **"Ni yo te condeno; vete, y no peques más"**

Maria se alejó. No podía olvidar lo que había visto. Y lo que había escuchado. Yo que había vivido. El "vete, y no peques más" sintió que estaba destinado no sólo a la mujer adúltera, sino a ella misma. Su mente iba de la palabra **hipocresía** escrita por Jesús en el suelo a la frase **"Ni yo te condeno; vete y no peques más"**. Este ir y venir de su conciencia la impresionó nó a tal grado que se sintió a punto de transformarse, escindir-se, ser otra. Creyó no caber ya en su viejo nombre. Supo que la identidad que había tenido hasta este momento, empezaba a llenarse de cuarteaduras y

no tuvo manos ni impulsos ni deseos de detener el derrumbe.

Capitulo V

De lo que le aconteció a Maria en Cafarnaúm

Cafarnaúm la Marítima amaneció como todos los días. Unos se dedicaban a remendar las redes que se requerirían para La pesca. Otros, segueta en mano, se disponían a proseguir su obra de marquetería que habían empezado días atrás, Varias mujeres acudían al mercado a la búsqueda de los alimentos, las telas, los perfumes o ungüentos curativos que necesitaba la atención hogareña. Los panaderos, los curtidores, los mercaderes, los picapedreros, se hallaban entregados con el fervor de siempre a sus ocupaciones. Sin existir el silencio, la ciudad era presa del ruido cotidiano, inaudible de tan familiar, producido por el funcionamiento de su maquinaria productiva. De repente, en el centro de la ciudad, comenzó a escucharse un lejano rumor que se aproximaba. Al principio, el sonido distante era casi imperceptible, pero poco a poco, no sólo, se hizo evidente sino que, afirmando su inequívoca

presencia, produjo asombro en unos, curiosidad en otros, temor en varios e inquietud en los más. El herrero dejó de golpear el yunque, los pescadores que habían tendido sus redes cerca de la costa abandonaron momentáneamente su faena, los fariseos y saduceos que se hallaban en la sinagoga y que polemizaban sobre el Maligno y el **gehena**, suspendieron la discusión a mitad de un intercambio de argumentaciones que prometía ser extremadamente jugoso, la romana, mujer del centurión, que en su palacete tomaba un baño, mandó a sus esclavas que dejaran de arrojar con los cántaros el agua caliente perfumada de rosas a su cuerpo desnudo. En una palabra, todos los habitantes del centro de Cafarnaum suspendieron de golpe sus actividades y se pusieron a escuchar con atención desmedida el estrépito ambulante que se acercaba. Bien pronto se descubrió que la barahúnda se debía a que Jesús nazareo, seguido de sus discípulos, de las mujeres que siempre lo acompañaban y prácticamente de todos los habitantes de Zabulón y Neftalin -comarcas aledañas de Cafarnaum-, deseoso de atravesar la ciudad de punta a punta, había generado sin desearlo una especie de procesión jubilosa, encabezada por Él, que marchaba como un amasijo ambulante de cánticos, palmas en las manos, oraciones en los labios, lágrimas de alborozo y

una gritería **en crescendo** que invadía todas las calles, callejuelas y plazas de Cafernaum la Marítima.

Maria Magdalena, que se hallaba en la casa de uno de sus amantes, se acercó a la ventana y divisando la figura apenas esbozada en el espacio, pero inconfundible ya, de Jesucristo, bajó desesperadamente la escalera, abrió la puerta, y conmovida se sumó a la batahola que rodeaba al Maestro y dificultaba avanzar. Le costó trabajo acercarse al Señor. Todos querían verlo, oírlo, tocarlo. Y este impulso colectivo -sobre todo de las mujeres- había formado una muralla humana que impedía el paso a todo nuevo intruso. Pero la Magdalena concentró todas sus energías y no escatimando esfuerzos, y hasta usando a discreción el arma de los codazos, logró acercarse a Jesús y pudo tocarle la fimbria de su vestido. El Señor se volvió hacia ella. Se le quedó mirando. La tomó de la mano y continuó caminando con la joven. Cuando hubo terminado su recorrido, ordenó a sus discípulos que dispersaran a la gente y que lo dejaran "aquí, debajo de este árbol frondoso", con la muchacha.

No era la primera vez que una mujer se le acercaba tocándole el límite inferior de su vestidura. En una ocasión anterior, en efecto, una mujer

enferma de flujo de sangre desde hacia una docena de años, se le aproximó por detrás y tocó los bordes de su manto. Ella hizo tal cosa porque se decía a si misma: "Si tocare solamente su manto, seré salva" Jesús, volviéndose a ella y mirándola, murmuró: "Ten ánimo, hija, tu fe te ha salvado". Y la mujer fue curada a partir de ese momento.

María Magdalena había tenido una actitud semejante; pero Jesús respondió ahora de manera más personal, interesada e inquisitiva. Debajo del frondoso árbol le dijo:

-Hija mía, háblame de tu vida y dime tus pecados.

Se podría afirmar que el Señor estaba inaugurando, con esta situación y con estas frases, el sacramento de la **confesión** que tiene la virtud de la remisión de los pecados. Pero en realidad se trataba de algo más que eso. En la confesión habitual el sacerdote actúa como la interpósita persona entre el Altísimo y el pecador; pero en esta plática de María de Magdala con Jesús bajo el árbol frondoso de Cafarnaum, se podría decir que la pecadora -o por lo menos así lo sintió ella- se estaba confesando **directamente** con el Hijo de Dios o con la misma divinidad sin necesidad de un intermediario.

Al principio, María, no encontraba qué decir. Tenía más silencios que palabras en la punta de la lengua. Pero ante la actitud dulce, condescendiente y atenta de su rabí, empezó a hilvanar los vocablos, a soltársele la timidez y a narrar los pormenores de su vida accidentada. Habló de su infancia y de sus padres. No pudo dejar de tener una expresión dura y filosa como estilete contra su progenitor, encarnación para ella del espíritu farisaico de la época o, como había dicho el Bautista en frase cara a Jesús, de la generación de víboras. Habló con entusiasmo de su hermana mayor y con ternura de Lázaro. Contó a Jesús cómo ellos la apoyaron contra viento y marea -"un viento que era el padre y una marea que era la madre", apuntó sonriente-, en todos los sucesos e infortunios de su vida. Se detuvo un momento. Respiró hondo. Clausuró con tenacidad dos lágrimas que en el borde de los ojos pugnaban por arrojarse al vacío. Habló entonces de Aristóbulo, el familiar del tetrarca. Puso entonces al recato en cuarentena. Olvidándose de repente de su interlocutor, empezó a hablar de su pasión humana, de su amor físico y espiritual por el joven. Aludió a su entrega, a su pasión desbordada, a la cuota de placer inmarcesible que obtuvieron, alucinados y perplejos, sus sentidos. A continuación hizo hincapié en su embarazo y en la enorme felicidad que la embargó al

caer en cuenta de ello y al saber a su vientre el santuario santificado por un trámite más de la reproducción humana; pero también contó a Jesús cómo Aritóbulo, presionado por su familia y por su propia irresolución, la dejó de ver para siempre, contrajo nupcias con una princesa asmonea y partió a Roma con el encargo de cuidar los intereses de no importa qué déspota de la familia de los Herodes. Maria siguió narrando que, al verse en esa situación, creyó indispensable dar a conocer a sus padres lo ocurrido, la huida del seductor, el estado de preñez en que se hallaba y demandar de ellos benevolencia y comprensión. Maria sospechaba una reacción negativa de sus padres; pero animada por Marta y por Lázaro y también por su imperiosa necesidad de confiar en ellos, les develó todo lo que había sucedido y les demandó, con todas sus entrañas arrodilladas frente a ellos, su perdón. La madre, a partir de ese momento, asumió a la perfección el papel de cero a la izquierda. No dijo esta boca es mía y si tuvo piedad por su hija supo guardarla a la perfección en la actitud modosa y silente, recoleta y conformista que su señor esposo demandaba de ella. El padre, en cambio, se convirtió de golpe en la encarnación misma de la ley mosaica. Maldijo a la impura, la corrió de la casa y prohibió a sus hermanos que le tendieran la mano y la frecuentaran.

-No quiero relatarte detalladamente, oh rabí, cómo perdí el fruto que cargaba dentro de mí. Baste decir que, pretendiendo salir a la mayor rapidez posible de Betania para dirigirme, a través de Perea y de Samaria, a Galilea, el camello en el que iba se asustó ante una cuadriga de caballos romanos que abruptamente nos interrumpió el paso, se descontroló por completo y dando un paso en falso hizo que diera yo con mi doble humanidad en el suelo. El dolor de la pérdida de mi hijo, estuvo, mi Señor, ubicado en un nivel similar a la alegría que tuve cuando cae supe encinta. Y nada quiero añadir a lo dicho.

-Calmate, María, dijo el Señor. Continúa por donde quieras tu relato.

-Yo había nacido en Magdala, prosiguió la Magdalena; pero mis padres, por razones económicas y sociales, abandonaron Galilea la alegre para ir a residir en Judea la severa. Durante muchos años viví, pues, en Betania con mis padres y mis hermanos. Cuando mi padre me expulsó de la casa, me trasladé al Mar de Galilea, echando mano de un puñado de denarios que me había facilitado Marta. Estuve en Genesaret. Quise vivir en mi Magdala natal y terminé por radicar en Tiberiades, ciudad en que, como sabes, Señor, residía habitualmente Herodes Antipas después de repudiar a la hija de Aretas y de contraer nupcias con Herodias, esposa de su

hermano y madre de Salomé. En esta ciudad, además de los Herodes, no sólo vivían judíos, sino también griegos, romanos, sirios y samaritanos. A diferencia de otras comarcas y pueblos de Galilea, para no hablar de Jerusalén y sus alrededores, aquí las costumbres eran y siguen siendo muy libres, la moral fuertemente relajada y la religión heterogénea y múltiple. No tengo palabras adecuadas para confesar mi culpa, oh Maestro, pero quiero decirte que, acicateada por las necesidades, por el tren de vida al que me hallaba acostumbrada, por el repudio de los fariseos y, cómo callarme esto, por el hecho de que todo lo erótico, sensual y hasta perverso no era rechazado del todo por mi juventud ardorosa y mis sentidos enardecidos, no hallé mejor forma de vivir que convirtiéndome en una **pecadora de la ciudad**, alguien que ponía precio a sus caricias y que vendía al mayoreo sus encantos. Al principio iba de unos brazos a otros, aceptando el requerimiento de todo aquel que aunara a una sólida bolsa de dinero una por lo menos aceptable presencia física. Casi se podría afirmar que me limpiaba los besos de una boca con los labios de otra. Pero después, cuando me fui haciendo de ciertos recursos, decidí, selectivamente, tener un puñado fijo de clientes -que ha terminado por reducirse al número de...

El Señor la interrumpió al llegar a este punto, y, mirándola fijamente a los ojos, le señaló: "siete demonios te han invadido, mi querida niña".

-Si, siete. No puedo ni quiero prescindir de ninguno. Ahora tengo tanto dinero como mi padre. Pero sé, mi Señor; que mi comportamiento no es el adecuado, que mi vida carece de sentido y que mi apetito de verdad, de belleza, de espiritualidad no se halla satisfecha...

Capitulo VI

Que sigue al precedente, y hace algunas reflexiones relacionadas con lo tratado en él

No cabe en este sitio la observación, que se interpretarla como un dislate o como una broma, de que Maria Magdalena fue psicoanalizada por Dios. Pero la verdad es que lo dicho por María, en el "árbol frondoso" de Cafarnaúm, y casi en estado de trance, a un maestro tan atento, comprensivo y paternal, se inscribió, como diríamos actualmente, en una transferencia paterna tan positiva que las inhibiciones desaparecieron un tanto o bajaron sensiblemente la guardia, y la neurosis -gestada por la obstrucción patógena que perpetraba la coraza represiva al libre fluir de las pulsiones- perdió su sustento y se inició, inconfundible y sorprendente, un evidente proceso terapéutico. Cuando Lucas escribe: "Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: Maria, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y

Susana, y otras mujeres que le servían de sus bienes", está aludiendo en realidad a una psicoterapia: en su plática con Jesús, en efecto, María Magdalena, llegó a la conclusión de la futilidad de la vida que llevaba y de la triste y nefanda constelación de valores que arrastraba consigo como un halo espinoso sobre su cabeza. Al confesarse a si misma, mediante la sincera verbalización de su afectividad espiritual reprimida., la falsedad del derrotero por el que habla enderezado sus pasos, decidió dejar para siempre su vida pecaminosa, frívola e insustancial y al mismo tiempo prescindir definitivamente de sus siete amantes. De esta manera, pues, puede afirmarse que el Señor logró sanarla o exorcizarla de los demonios que, convirtiéndola en posesa, habían hincado sus falaces pezuñas en la materia confusa, delicada e ingenua de su alma apasionada.

Mucho habría que hablar de los demonios que subrepticamente se introducían a diestra y siniestra en los pobres judíos, pero también samaritanos y gentiles en la época de Jesús. Quizás se podría explicar esto en términos providenciales, en que el bien y el mal, en paradójica complicidad, colaboraron en el resultado feliz del advenimiento mesiánico. Una de las diferencias esenciales

entre Juan Bautista y Jesucristo estriba en que mientras uno aparece como el "profeta del Mesías", esto es, como el Elías que, de conformidad con Malaquías, ha de preceder necesariamente al **mashiaj**, el Mesías ha de mostrar su esencia y evidenciar su naturaleza mediante una serie de señales, milagros y curaciones, en una palabra, por medio de algunas violaciones espectaculares de lo que llamaríamos ahora leyes naturales y que los filósofos de entonces denominaban la regularidad del mundo tangible. Los demonios se precipitaron, pues, a introducirse en los judíos, samaritanos y galileos **para** permitir que el Mesías pudiera ejercer su divina profesión. Es interesante subrayar el hecho, sin embargo, de que, si hacemos a un lado la **demonización moral** o la introyección de "espíritus malos", los poseídos eran, en realidad, enfermos: epilépticos, histéricos, paralíticos, mudos, sordos y ciegos. No sólo enfermos del cuerpo, sino tullidos del alma. Frente al acto de exorcismo llevado a cabo por Jesús en María Magdalena, la ortodoxia ha creído que la pobre mujer fue víctima no de un demonio, sino de siete -guarismo simbólico que significaba en realidad la totalidad de algo. María estaba poseída, de acuerdo con el punto de vista de los escribas cristianos, o de quienes "se han petrificado en el culto de la letra", como dice

David-Federico Strauss, por **todos los demonios** y ello explicaba su vida licenciosa, su desdén por todo freno moral y su entusiasmo por los lados más turbios de la vida pecaminosa. Unos cristianos más liberales, y por consiguiente menos ortodoxos, han interpretado el séptuple exorcismo, al que prefieren dar el nombre de liberación, como la acción terapéutica del Maestro sobre una paciente -la Magdalena- que padecía alguno de los múltiples padecimientos nerviosos. Tras de operar en este caso como una especie de Mésmer (**con su magnetismo animal**), de Charcot (**con su hipnotismo**), de Bernheim (**con su sugestión**) o, finalmente, de Freud (**con su método psicoanalítico basado en la palabra**), Jesús habría dado pie a que Maria gozase del proceso transferencial indispensable para propiciar una catarsis curativa.

A decir verdad, Maria no fue poseída ni por uno, ni por siete, ni por mil demonios. Ni tampoco fue víctima de una neurosis actual o una severa psiconeurosis. Jesús no actuó con ella, entonces, ni como exorcista ni como médico de las almas. Su papel en rigor fue ir muy distinto: cuadyuvó a que ella entrara con pie firme y con ánimo resuelto a la más drástica de las crisis de conciencia. Renegó de sus valores. Renegó de su existencia. Renegó de sus amantes. Renegó de si misma. Y en este desorden,

cataclismo y naufragio halló en la mirada tierna y esperanzadora de Cristo su tabla de salvación.

¡Cuántas veces la admiración es la forma inicial, niña aún, del amor, de un amor que no se atreve a decir su nombre! La admiración pone en el pedestal, en el ara, en la cúspide del afecto a La persona o al otro a quien no sólo reverenciamos sino al que, de manera comúnmente imperceptible, vislumbramos en la meta del camino por el que deambula, con las manos sudorosas, nuestro deseo. Maria, después de su larga conversación con el Señor, sabía que lo admiraba, que representaba algo especialmente valioso para ella, que lo vivía como líder de sus sentimientos, como un imán sublime; pero no caía en cuenta, no podía, ni quería caer en cuenta de que Jesús empezaba a generar en su carne, en sus nervios y en sus venas ciertas vibraciones, desequilibrios o disfuncionamientos que hoy asociaríamos científicamente con algunas perturbaciones hormonales, para ocultar tras ese eufemismo, los brotes incipientes, promisos todavía, del amor.

Capitulo VII

Del encuentro de Marla de Magdala con Cristo en la mansión de Simón el Fariseo

No volvió a ver Maria a su Maestro durante algunas semanas. Pero ocupó su tiempo en solar con Él, en pensar en su vida, en meditar en sus dichos y parábolas, en saber de su prédica piadosa y en reflexionar en los peligros que le rodeaban...Se enteró, a todo esto, que Jesús había sido invitado por Simón el Fariseo a cenar en uno de los palacios que poseía éste en Galilea.

Jesús y el Fariseo, acompañado de otras personas, conversaron largo y tendido en la terraza del palacete. Ninguno ocultó sus convicciones. En ratos parecía el diálogo entre lo nuevo y lo viejo, entre lo universal y lo judío, entre el Evangelio y la Thora. La conversación era franca, atenta y cordial, basada, por decirlo así, en la tolerancia y un posgrado en el respeto. La suculencia de las viandas, los postres y las bebidas prestaba su colaboración elocuente y exquisita a un intercambio de pareceres, certidumbres y concepciones del mundo que se llevaba a cabo sin disonancias o exabruptos. En eso estaban, cuando María entró en el palacio, trayendo consigo un

frasco de alabastro con perfume, y se hizo presente en la mesa del convivio. Se puso detrás de Jesús, a sus pies. Y, presa de una emoción incontenible, comenzó a llorar y a llorar y a regar los pies del Señor con sus lágrimas, tras de lo cual los enjugó con su larga y sedosa cabellera, los besó apasionadamente una y otra vez y acabó por ungirlos con el perfume proveniente del pomo de alabastro.

Cuando se percató de todo lo precedente, el fariseo dijo para si: "Este Jesús, si fuera el profeta que dicen, adivinaría qué clase de mujer es la que lo toca". Decíase lo anterior porque estaba al tanto de quién era Maria Magdalena y cuál era su profesión. Jesús adivinó, sin embargo, el pensamiento de su anfitrión y le musitó: "Simón, una cosa tengo que decirte". A lo que éste respondió: "Dime, Señor". Jesús prosiguió: "sabia un acreedor que tenia dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Al advertir que ninguno de ellos tenia con qué pagarle, perdoné a ambos. Dime, entonces, ¿Cuál de ellos le amará más?". Simón contestó: "Creo que lo hará aquel a quien perdonó más". Dijo entonces Jesús: "Has juzgado rectamente". Jesús se volvió a ver a Maria Magdalena y continuó hablándole a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me ofreciste agua para los pies; mas ella los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No ungiste mi cabeza con aceite, mas ella ha ungido mis pies con el perfume".

A continuación Jesús le dijo a María que sus muchos pecados le eran perdonados en virtud de que había amado mucho y lo seguía haciendo, ya que "a aquel a quien se le perdona poco, poco ama".

En un pasado reciente, Simón había sido uno de los siete amantes de María. Esta es la razón por la cual los sirvientes del fariseo le permitieron entrar en la casa y acceder a la mesa en que Simón y Jesús se hallaban intercambiando ideas. María, al enterarse de la presencia de su Señor en la mansión de su antiguo amante -con el que había roto definitivamente-, encontró una ocasión favorable para acercarse a Jesús y manifestarle lo que sentía por Él.

Imposible negarlo: María no sólo vivía, sufría y cultivaba una exaltación amorosa por su Señor, sino que ni quería ni podía ocultárselo. Cada una de sus acciones, de sus miradas y sonrisas, de sus lágrimas y suspiros formaban las palabras de una húmeda declaración de amor. Lo amaba espiritualmente: le rendía la devoción que despierta todo indicio o evidencia de lo sobrenatural en el creyente. Pero María era mujer. Y mujer apasionada. Y con una sensibilidad que florecía a lo largo y a lo ancho de su epidermis. Es por ello que también lo amaba físicamente, como carne abierta a las insinuaciones del

pecado. Maria Magdalena tenia, pues, un amor humano, demasiado humano por Jesús, amor humano que es siempre la unión indisoluble de la sensualidad carnal y de la afectividad anímica. La atracción sexual sin ternura es sólo pasión, idea fija de la carne. La ternura sin deseo es amistad, es compañerismo, es relación interhumana en que los cuerpos se limitan a ser espectadores de las caricias que las almas se proporcionan. Ella no tenia deseo sin ternura por su Rabi, ni ternura sin deseo. Lo amaba como mujer; como la mujer privilegiada que soñaba con las nupcias de lo finito con lo infinito. A medida que tal sentimiento se aposentó en el alma de Maria, ella no perdió ocasión para manifestárselo al dueño y señor de sus cavilaciones, tal vez con la vaga, inconfesada y hasta grotesca pretensión de obtener una respuesta, en el entendido de que unas migajas pueden constituir a el hambriento el mas maravilloso de los banquetes. El deseo no sólo anhela al otro, sino que, demandando su deseo, se desvive porque el otro -en el cuento de no acabar de los espejos- ambicione su deseo...

Y Jesús, el Profeta, el Mesías ¿qué sentía por ella? ¿Que significaba su predilección por esta mujer galilea que tanto lo amaba, porque le había perdonado tanto y porque ella,

a diferencia de Él, conjugaba en presente de existencia su irremediable naturaleza humana? Según se nos dice, Jesucristo, aunque era uno con el Padre y el Espíritu Santo, poseía, además, por el misterio de la encarnación, la naturaleza humana. Era Dios y era hombre.

Era absoluto y era relativo, temporal e intemporal, perfecto e imperfecto. Esta unión indisoluble de las dos personas naturalezas de Cristo, no deja de ofrecer dificultades para la mente en su manera cotidiana y normal de ejercitarse. La fusión igualitaria de lo divino y de lo humano implica que, en aspectos esenciales, cada uno de los términos sufra, adaptándose, un radical distorsionamiento de su naturaleza. Si no fuera así, las cosas se complicarían de tal manera, que tendríamos que presenciar el coronamiento del absurdo y la dictadura de las paradojas. Supongamos, en efecto, que Jesucristo, en vez de ser una síntesis de lo divino y de lo humano, fuera solo una suma, es decir, una existencia en la que coexisten dos esencias, sin aclarar previamente sus reglas de convivencia. En este caso es posible imaginar que la esencia divina aplastara, por así decirlo, a la humana. Que no la dejara manifestarse. Que le ofreciera un número pequeño e intrascendente de acciones propias de su idiosincrasia. Pero, aunque más improbable, también es posible imaginar que la esencia humana sorprendentemente se impusiera sobre la divina. Lo

verdaderamente definitorio del hombre es, a qué dudarlo, su capacidad de optar, su libertad de escoger el bien o el mal, en una palabra, la responsabilidad con que actúa. En la suposición de que, acicateada por su naturaleza humana, por sus instintos y requerimientos, Jesús hubiera escogido el mal, y tomando en cuenta que la escatología cristiana reserva al hombre premios y castigos en el allende por el comportamiento en el mundo, Jesús, un supuesto Jesús pecaminoso que hubiera muerto en pecado mortal, habría tenido que pagar su culpa, lo cual acarrearía el drama de los dramas: Cristo arrojado a las Tinieblas a hacer compañía al demonio, Dios en el infierno, en fin, la victoria definitiva e inesperada de Luzbel. Todo esto, sin embargo, no son sino conjeturas, disquisiciones ociosas y sin sentido. Por eso no podemos afirmar ni negar nada de la parte humana de Jesucristo. ¿Estaba en su naturaleza pecar? ¿Le podía ganar el hombre que era, aunque sea momentáneamente, la partida a Dios? ¿Carecía de la pulsión libidinosa? ¿Fue víctima de tales o cuales psiconeurosis? San Pablo y los primeros padres de la Iglesia, previendo la problemática precedente, hablan de que, aun poseyendo naturaleza humana, Jesús era, dentro de la especie, un individuo de excepción. De ahí que, según ellos, naciera sin pecado original y, respondiendo a su divinidad, no podía concebir ni realizar el mal y el pecado. Por todo lo anterior, vamos a insistir, no podemos

suponer que de la misma manera que Maria Magdalena amaba a Jesús, Jesús la amara a ella. No podemos asentar ni negar nada. Pero lo que nos parece más probable, es que al amor humano de Magdalena, Jesús respondió con un amor pura o fundamentalmente espiritual. Jesús comprendía seguramente el amor como ternura de ella. Al aludir a la parábola de los deudores y al sentimiento que se despierta en quien ha sido mayormente perdonado, hacia referencia a ello. Pero también comprendía su amor humano. Cuando hizo mención, así en pretérito, a que Maria **amó mucho**, probablemente se refería al amor que ella, joven, inocente y exaltada, había sentido por Aristóbulo. Pero... quizás también era una alusión al amor humano de ella por Él, amor que Jesús presentó en **pasado** para sugerir que el sentimiento **humano** que la joven sentía, debería transformarse en amor **espiritual**.

Capítulo VIII

Que alude a las diferencias de carácter de dos hermanos

Cuando los padres de Marta, María y Lázaro fallecieron, Marta y Lázaro heredaron la fortuna paterna. La madre de ellos murió unos días después del padre. Mujer acostumbrada al yugo marital y al ergástulo del fanatismo religioso, no supo qué hacer con la independencia y la libertad que, al tiempo que le bajaban los párpados a su marido, le cayeron del cielo. Soñó que su cónyuge la llamaba y ella, obediente, y ayudada por un padecimiento cardíaco, fue detrás prestamente de las voces de su marido: las sombras han de seguir puntualmente a los cuerpos de quienes dependen.

Marta y Lázaro, liberados de las restricciones paternas, decidieron invitar a María a vivir nuevamente con ellos. Aunque María había sido desheredada por su padre, sus hermanos, que siempre la habían comprendido y que coincidían con ella en creencias, actitudes y espíritu resuelto, le abrieron las puertas de su casa y le garantizaron la seguridad de un techo. María llevó al seno familiar la fortuna que había amasado durante su vida como

pecadora y con todo ello parecieron hallarse asegurados los tres hermanos respecto a las condiciones materiales que requiere una vida acomodada y sin zozobras. La única preocupación de Marta y de María era la salud de Lázaro, muchacho dulce, tristón y enclenque que padecía desde muy joven de ataques y desmayos que La familia no sabia a qué atribuir.

En una ocasión, Jesús entró a una aldea y se encontró de buenas a primeras con Marta, la hermana mayor de María. El Maestro, tras de sus encuentros con esta última y con Lázaro, y de las muestras de afecto que los tres hermanos le manifestaran en diversas circunstancias, fue presa de un sentimiento amoroso y tierno por toda la familia. Marta invitó a Jesús a su casa en Betania con la esperanza de que ella y sus hermanos pudieran hallarse con El durante algunas horas y gozar del privilegio de escuchar La dulzura de una voz que nacía, a su entender, de Las entrañas más santas de la historia.

Cuando María se percató de quién era el visitante que, acompañado de su hermana, franqueaba el umbral de su mansión, saludaba a todos con entusiasmo y tomaba asiento, se arrojó a los pies de Jesús para oír su palabra, y convirtió a su alma en el lugar donde se daban cita, para entremezclarse,

la admiración, el frenesí y el enamoramiento. Marta, en cambio, se hallaba preocupada en arreglar la casa, enviar por algunos manjares necesarios, arreglar la mesa, barrer aquí, limpiar allá, crear, en una palabra, las condiciones hospitalarias y el ambiente placentero que deseaba para tamaño huésped. Advirtiéndole la actitud mimosa de su hermana, se acercó a Jesús y le manifestó: "¿Señor no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude". Jesús, de buen talante y con la sonrisa en los labios, le señaló: "Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada".

Marta y María no sólo tenían maneras distintas de ser, sino que, a partir de éstas, como Don Quijote y Sancho Panza, nos han llevado a perfilar simbólicamente dos actitudes existenciales divergentes. Si Don Quijote ha acabado por simbolizar el sueño, el idealismo y la utopía y Sancho Panza, por lo menos hasta cierto punto, el realismo o el pragmatismo de lo cotidiano, si toda idea señera y audaz que salga a desfacer entuertos, debe ir acompañada por un escudero que tenga los pies en la tierra, Marta representa la actividad, la práctica, el servicio, en tanto que María encarna

simbólicamente el misticismo, el éxtasis y la contemplación. En el cristianismo, en la vida conventual, nos hallamos con la misma dicotomía: hay los monjes y las monjas que pretenden ganarse el cielo en y por las obras o por el servicio y se hallan bajo el signo de Marta) y los hay que desean conquistarlo por medio de las oraciones, el flagelo y la meditación (y viven bajo la sombra de María). En los casi dos mil años de existencia el cristianismo ha existido la encarnizada polémica de los partidarios del hacer y los partidarios del meditar, entre los feligreses de la obra y los prosélitos de la contemplación, entre los simpatizantes del aquende y los adictos al más allá. No sabemos cuál de estas dos actitudes sería preferida por Jesús. Parecería, sin embargo, por las palabras que hemos transcrito hace un momento, que sus preferencias están más por el lado de María y la contemplación que por el de Marta y el servicio. Pero esto quizás no es más que una apariencia porque hemos hablado sólo de este pasaje que nos transmitiera Lucas y no de otras manifestaciones a favor de la obra que aparecen en diversos lugares del Nuevo Testamento. Probablemente, nos arriesgamos a suponer, la predilección que muestra Jesucristo en este lugar se deba a que se hallaba conmovido por la devoción, la ternura y el amor humano desplegado en toda su amplitud que le manifestaba María.

Pero tal vez la Magdalena habla sido ganada por el estado de ánimo descrito en un soneto semi-clandestino de un poeta italiano del siglo XIII, contemporáneo y amigo de Dante, Petrarca y Bruneto Latini, y que hemos traducido del siguiente modo:

Has puesto, Magdalena, la mirada
en la huidiza entidad de lo sublime.
Piensas que amando así se te redime,
sin advertir, criatura enamorada,

que la parte no puede ser amada
por el todo. Que lo absoluto oprime
todo afán relativo y lo suprime
al golpe correctivo de su espalda.

¿Es posible advertir en este mundo
las nupcias de lo eterno y de un segundo
que está aun de sus raíces desprovisto?

Maria sueñas ser. No Magdalena.
No una entraña vacía, sino llena
en su totalidad de Jesucristo.

Capitulo IX

De la resurrección de Lázaro

Un día se agravó la enfermedad de Lázaro. Entonces las hermanas buscaron a Jesús y le dijeron: "he aquí que Lázaro, a quien amas, está enfermo". Jesús, lejos de alarmarse, hizo notar que: **Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella**". Tan no se preocupó Jesús por la grave indisposición de Lázaro que se alejó de Betania. Poco después les dijo a sus discípulos: **"Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle"**. Es importante subrayar que los seguidores de Cristo, de acuerdo con los señalamientos de su Maestro, no creían que Lázaro hubiera muerto, sino que dormía o se hallaba en un estado caracterizado por la pérdida de la conciencia y de algunos signos vitales. San Juan, en su Evangelio, asienta, sin embargo, lo siguiente: "Dijeron entonces sus discípulos: " Señor, si duerme, sanará". Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: **Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros de no haber estado allá, para que créais mas vamos a él**".

Frente a los que creen a pies juntillas todo lo narrado por los Evangelios canónicos, hay quien opina que la anterior cita es uno de los muchos pasajes intercalados en los Evangelios por los escribas cristianos del siglo IV. Ante los que no ponen en duda la capacidad todopoderosa de Jesucristo para llevar a cabo toda clase de milagros, hasta los más espectaculares e inconcebibles, hay otros que, aceptando los dones teúrgicos y curativos de Jesús, se hallan convencidos de que este último podía volver la vista a los "ciegos", el oído a los "sordos" y el movimiento a los "paralíticos"; pero que es increíble e inaceptable para la ciencia y el raciocinio la realización por parte de Cristo o de quien sea de interrupciones de la legalidad natural como el que a un cojo le renazca una pierna, el que a un manco le resurja un brazo o el que a un muerto -un muerto de verdad y no alguien a quien se dé por tal a partir del hecho de hallarse inconsciente o de que sufra un estado cataléptico- advenga nuevamente a la vida. No es este el sitio para pronunciarnos por una u otra postura. "Qué clase de filosofía se elige, depende, decía Fichte, de qué clase de hombre se es". A partir, entonces, de ciertas necesidades subjetivas, unos individuos rechazarán el punto de vista de la ciencia, mientras otros depondrán todos sus prejuicios, creencias y deseos a favor de la objetividad.

No vamos a insistir, pues, en el problema de si Lázaro fue realmente **resucitado** por la acción milagrosa de Jesucristo o si, simplemente, **volvió**, ayudado por éste, **de un largo y profundo aturdimiento**. Pero lo que si nos interesa subrayar es que Marta y, sobre todo, Maria creyeron, sin el menor titubeo, que se trataba de una resurrección, de una de esas señales con que Jesús estaba develando a sus seguidores y a los otros que Él no era simplemente un profeta sino el mismísimo Mesías.

Capítulo X

Donde se narra el nuevo encuentro de Maria con Jesús en la casa de Simón el Leproso.

Pasaron los días, las semanas y los meses. Simón, aquel fariseo que invitara hacía tiempo a Jesús a departir con él, había contraído una terrible enfermedad: la lepra. Maria fue a su casa y le dijo: -Simón ¿por qué te ocultas? Tu enfermedad no tiene nada de vergonzoso. Yo sé que la adquiriste cuando te empeñaste en cierta ocasión en ayudar a esos pobres endemoniados que caminaban por las callejuelas

haciendo sonar sus cencerros y que perdían trozos de piel al embate del viento.

-Tienes razón, María. Pero quizás uno de los demonios que habitaban en esa turba famélica y espectral saltó probablemente a mi organismo y ve cómo me estoy poniendo. . .

María advirtió las señales inconfundibles de la afección. Su ex amante empezaba a convertirse en una monstruosa caricatura de sí mismo. Simón continuó:

-Probablemente a causa de mis pecados, he contraído una enfermedad incurable y mortal. La lepra es un padecimiento en que los hombres sufren un proceso de degradación que los lleva a convertirse en criaturas deformes, bestias condenadas fatalmente a anticipar, antes de la muerte consoladora, los rigores del **gehena**.

-Yo sé, Simón, sin embargo, quién podría ayudarte.

-¿Algún terapeuta de Alejandría?

-No, claro que no.

-Entonces ¿quién?

-Alguien que no es gentil, ni saduceo, ni fariseo...

-Ya sé de quién me hablas.

-Sí, de Él.

Simón se quedó pensativo y empezó a acariciar la idea de un nuevo encuentro con el rabí de María, la de

Magdala.

Hallándose nuevamente Jesús en Betania, fue invitado otra vez por Simón el Leproso a sentarse a la mesa con él, en compañía de algunos de los apóstoles y de la propia Maria. El deseo de que Jesús supiera de su mal y, de juzgarlo conveniente, tomara la decisión de arrojar, con la bendita droga de su imposición de manos, al demontre inmiscuido en su epidermis, con el santo flagelo del conjuro exorcista, aunado al anhelo de volver a intercambiar ideas con el Maestro a quien se sentía ahora, en sus momentos de desdicha y aflicción, más cerca que nunca, fueron dos argumentos decisivos que llevaron a Simón a extender la invitación a cenar al hijo de José y de Maria. Estando ya Jesús sentado a la mesa, rodeado de sus discípulos y conversando con su anfitrión, llegó de repente la Magdalena, otra vez con un precioso pomo de alabastro que contenía un perfume de nardo tan exótico y fino como costoso. Se acercó a su Señor, quebró el frasco y suavemente fue derramando la fragancia en la cabeza del rey de los judíos y descendiente de la dinastía davídica, hasta que la casa se impregnó del olor de la esencia: una gota de perfume puede cambiar el estado de ánimo de cualquier alcoba. Al ser testigos de todo ello, los apóstoles, y en especial Judas Iscariote, se irritaron

y murmuraron entre dientes con palabras que tenían un pie en el silencio y otro en el sonido: "¿Por qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Podría haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres". Pero Jesús oyó cómo murmuraban contra María y cómo reprobaban la acción de ella de ungir sus cabellos y declaró: "Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a al no siempre me tendréis. Ésta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella".

Jesús preveía su muerte. Ya la cruz, llamándolo, le abría los brazos. El sabía de su destino y no quiso retroceder. El Maestro le dio la razón a la actitud contemplativa de María contra el practicismo devoto de Marta y estuvo a favor del enorme gasto que implicó la adquisición del perfume de nardos que derramara sobre El la Magdalena, en contra del ahorro en vistas a la caridad que defendían, irritados, sus discípulos y Judas, el tesorero de la comunidad, porque sentía que ella evaluaba en su justa dimensión a alguien que presto iba a desaparecer o que, incluso, se hallaba en

vísperas de dar de pies a boca con su final aliento. Nada le complacía más a Jesús que el amor de Maria porque ella, con un sentimiento tal, podía intuir, ver y prever lo que El adivinaba ya: que sus horas, y sus palabras, y sus sonrisas, y sus innumerables preocupaciones, estaban contadas. Maria era, pues, su cómplice en el augurio, su amiga en la previsión, su compañía en la sospecha.

Ante la situación que se había generado durante la cena (el enojo de los discípulos del Señor por el dispendio del perfume y el disgusto de Jesús por dicho enojo), Simón no se atrevió a sugerir al Señor que se ocupase de su enfermedad. Pensó que ya habría otra oportunidad para tocar a las puertas de la bienaventuranza. Ignorante del itinerario que el destino, la providencia o la necesidad habrían de seguir, no supo entonces que estaba vedada para siempre una segunda oportunidad. El demonio entronizado en el pobre cuerpo de Simón el Leproso no se vió nunca en la necesidad de abandonar una mansión en llamas que incendiase el dedo flamígero del exorcismo.

Capitulo XI

Que sigue al anterior, y da cuenta de los sueños de María Magdalena tras de la muerte de Jesús el Cristo

No es este el sitio para narrar el drama del **via crucis** y la **pasión de** Jesucristo. Para hacerlo se requerirían las plumas de Dante, de Cervantes, de Shakespeare o de Milton. Ni siquiera Klopstock en su **Mesiada**, Renán en su **Vida de Jesús**, D. H. Lawrence en **El resucitado**, para no mencionar sino tres escritores distinguidos y talentosos, pueden estar a la altura de los acontecimientos. Para describir este **momento clave de** la historia occidental se necesitaría que la musa de los aedas o portaliras no fuera cegatona, contrahecha o de baja estatura, o asimismo, superficial, sensiblera y limitada, sino que fuese un artista que conociera el pasaje secreto que va desde el ingenio hasta el genio, que fuese también un músico que saltara de la monodía de los sectarismos a la polifonía del concierto universal, que fuese un poeta, en fin, que no sólo intentara deletrear el infinito sino que supiera leer de corrido el cuento de no acabar de su insistencia.

Conduciendo nuestros reflectores a otro sitio, preguntémosnos: tras la crucifixión y muerte de Jesús ¿qué sucedió con María de Magdala, hermana de Marta y de Lázaro, ex amante de Simón el Leproso, enamorada de Cristo ^y líder de las mujeres que sustrajeron en la mañana del domingo de pascua el cuerpo de Jesucristo para protegerlo de la profanación que los romanos, los saduceos o los fariseos podrían haber llevado acabo.

Jesús fue bajado y desclavado de la cruz el domingo de pascua cuando aún oscurecía. Dos de sus seguidores, de posición acomodada ambos, ayudaron a esta penosa tarea y llevaron el cuerpo del Señor a la sepultura. A partir de este momento es importante subrayar que un conjunto amplio de mujeres, creyentes todas de la misión mesiánica del rabí, apasionadas de las actitudes, la personalidad y los recuerdos aún frescos de su palabra y conturbadas por el cobarde asesinato, pasan a ocupar el primer plano de la escena. Hubo, desde luego, llanto y plegarias, gemidos y dudas hasta exclamaciones que intentaban zaherir al Goliat del firmamento con el aullante fuego de artificio de su blasfemia. Pero, a decir verdad, las lágrimas fueron sólo el telón de fondo de una serie de actividades femeninas, muy dentro del espíritu de Marta, destinadas a acompañar, proteger, embalsamar el cuerpo

de Jesús y a tener al tanto de todo lo que ocurría a los discípulos de Cristo que en el cenáculo se ocultaban del enemigo. Conviene hacer notar que hubo en realidad dos grupos de mujeres: el primero, al que pertenecía Maria Magdalena, que decidió visitar el sepulcro antes del amanecer, y el segundo que se propuso embalsamar el cuerpo de Jesús después de la salida del sol.

El sábado por la tarde, Maria Magdalena, en su casa de Betania, había tratado de conciliar el sueño, y en cierto modo lo logró, pero en un estado de duermevela donde los sueños y la realidad se confundían, se alternaban y hasta se contraponían, poniendo de relieve que hasta una judía tan celosa de la inactividad obligatoria del sábado como Maria no podía impedir, por inconsciente e involuntario, el arduo trabajo de las facultades oníricas del individuo. Apenas puso la cabeza en una manta que le servía de almohada, María soñó lo siguiente: **al clarear el domingo, ella misma, con otras mujeres, se aproximaba al sepulcro de Cristo. Hubo entonces un gran terremoto, y un ángel del Señor, descendiendo del cielo, removi6 la pesada piedra que cubría la fosa y se sentó en ella. Su aspecto era el de un relámpago o de un fulgor inasible y su vestido de una blancura lograda por un jabón capaz de llevar**

a cabo verdaderos estruendos de limpieza. Los guardas que cuidaban el sepulcro se pusieron a temblar como juncos sacudidos por el soplo del arcano y se quedaron inmóviles como muertos, con la mente oscura y con los ojos en blanco. El ángel se volvió a las mujeres y María escuchaba que les decía: *"No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo... Id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí que va delante de vosotros a Galilea, allí le veréis"*.

María despertó en ese momento. Los sollozos de Marta, que se hallaba próxima a ella, la volvieron a sus cabales. Durante un momento no sabía si lo soñado era una mera ilusión o la realidad. Quizás es un sueño, se dijo. Pero le parecía algo tan verídico e irrefutable que sus palpitaciones se multiplicaban en el pecho, las manos se le llenaban de sudor y el temblor que embargaba su cuerpo entero sólo pudo irse calmando cuando María se levantó de su lecho, tomó un vaso de agua, pasó por su garganta sorbos de realidad y tornó a acostarse.

Bien pronto le ganó de nuevo el sueño. En esta ocasión, apenas cerró los ojos, la atmósfera onírica

que de nuevo la invadió le hizo verse con otras mujeres frente al santo sepulcro, las cuales, y ella misma, se hallaban demudadas, sorprendidas y presas de la mayor angustia al descubrir que la piedra que clausuraba la tumba había sido removida y el sitio en el que manos amigas habían colocado a Jesús se hallaba vacío...

María volvió, o casi, a la realidad con la impresión de que alguien podía robar o sustraer el cuerpo de Jesús... Pero a continuación le reclamó de nuevo el sueño. María se soñó llorando y llorando ante el sepulcro y mientras derramaba su llanto, se inclinó para mirar dentro de aquél, y divisó a dos Ángeles con albas vestiduras, que se hallaban sentados el uno a la cabecera y el otro a los pies del lugar donde deberla de hallarse el cuerpo del crucificado. Y los Angeles le dijeron: **"Mujer, ¿Por qué lloras?"** A lo cual ella respondió: **"Porque alguien han sustraído el cuerpo de mí Señor, y no sé, ay de mí, dónde lo han puesto"**. Una vez dicho esto, oyó detrás de sí otra voz que le murmuraba: **"Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?"** Ella, pensando que era el hortelano, le respondió: **"Señor, si lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo llevaré"**. Más que despertar, María tuvo una especie de interrupción o corto circuito momentáneo

del sueño. Cambió de sitio en el camastro, y volvió a sumergirse en ese mundo donde lo maravilloso ocupaba el lugar de lo cotidiano. *Reconoció entonces la voz de Jesús que le decía con, plena nitidez: ¡María!*"... Volviéndose ella a Él, y con voz entrecortada, le dijo: **"Raboni"** (que significa Maestro). Y aproximó al cuerpo glorioso de Jesús una mano pastoreada por las urgencias del tacto... Jesús le dijo entonces: **"No .me toques, porque aún no he subido a mí Padre; mas ve a mis hermanos, y diles que dije: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios"**.

María relató con puntos y señales, con señales y puntos su sueño a Marta y Lázaro. Lo expuso también a algunas mujeres que desde muy temprano se allegaron a Betania para trasladarse al Gólgota en compañía de la Magdalena. Algunas de ellas se separaron del grupo y fueron al encuentro de los discípulos del Señor. Víctimas de la impresión, del ofuscamiento, de las circunstancias que vivían y, sobre todo, de la exaltación mística que las animaba, relataron los sueños de María como si hubieran de verdad acontecido. En ese momento nadie se hallaba en un estado de ánimo en el que cupiera la duda, la sospecha, la incredulidad. Todo lo contrario: el alma de la grey de los discípulos y

seguidores del Señor crucificado y muerto y que ahora empezaban a ver como resucitado, se hallaba de par en par abierta para dar fe a todo lo que se dedeaba profundamente, a todo lo que se esperbaa a corazón entero y a todo lo que se les había prometido. No hubo, pues, recelos, escrúpulos o afán investigador. Sólo hubo lágrimas en los ojos, rodillas en el polvo y creencia y más creencia introyectada en los pechos de esos pobres pescadores, artesanos, mujeres ricas y pobres, jóvenes entusiastas y viejos labradores que tenían los ojos clavados en la magnanimidad de un cielo que habla abandonado de golpe su perpetua lejanía y su sordera secular.

De repente, las lágrimas se agotaron. Las mujeres se vieron unas a otras y supieron de golpe qué deberían de hacer. Las seis, con la ayuda de José de Arimatea y Nicodemo, habían logrado previamente remover la piedra redonda que clausuraba el sepulcro. Sacar el cuerpo de la **fosa infame** no fue nada fácil. Habían tomado la decisión de dirigirse al pequeño poblado de Bétel. Y una vez ahí optaron por inhumar el cuerpo de Cristo.

Capítulo XIII

Que alude a la vasija de Bétel

"La fe en la resurrección de Jesús es de una importancia histórica capital, en el sentido de que no se ve cómo, sin ella, una comunidad cristiana hubiera podido formarse jamás"

(David-Federico Strauss)

Los escrúpulos se fueron adueñando poco a poco, pero inexorablemente, de María Magdalena. La seguridad plena, granítica y sin resquicios que luciera cuando propuso el **juramento** y convenció a la turba de mujeres que le bebía las palabras, se le empezó a resquebrajar. Se podría decir que, incluso, en los momentos extremos y exacerbados de este estado de ánimo, María cargaba en sus sienes una corona de dudas y sentía en el costado la lanzada de la incertidumbre. Pero la zozobra, la vacilación y la inseguridad no desplazaron de su intelecto la convicción de la necesidad de ocultar **para siempre** lo que, impulsadas por ella, habían hecho las mujeres con el cuerpo de Jesús. Si hubiera existido ese desplazamiento, ella no dudaría en comunicar a sus hermanos su acción, declarar su arrepentimiento y pedir humildemente su perdón. Pero los escrúpulos, al clavar sus espinas en su

frente, le hicieron desear de modo simultáneo continuar escondiendo la verdad, pero también decirla. Durante horas, días, semanas, recorriendo su alcoba o paseando por el jardín, buscó la manera de superar la contradicción o, por lo menos, de hallarle una válvula de escape. Pero por más que lo pensó y lo pensó, no halló durante mucho tiempo la manera de dejar a sus espaldas ese laberinto. A veces se inclinaba por el amordazamiento definitivo de la verdad o porque el fraude, justificado por la intención piadosa y sus efectos santos, continuara su marcha histórica de la mano y al mismo nivel de los hechos realmente acontecidos. Pero, en otras ocasiones, recordaba a Moisés y al Sinai, y no podía dejar de pensar que el "no mentirás" es uno de los más importantes y definitivos mandamientos. Todavía más. Recordaba obsesivamente estas palabras de Jesús que oyera de uno de sus apóstoles: **"no hay cosa encubierta que no haya de ser descubierta, ni secreta que no se haya de saber"**. Inquieta, ojerosa, mesándose los nervios, habló a Tomás, a Salomé y a Juana de sus sinsabores y hasta les adelantó su intención de llevar a Qumrán la puntual y minuciosa narración de lo acontecido. Pero ellos le recordaron, con palabras pronunciadas por ella misma, el por qué del **juramento** y, de manera convincente y machacona, le mostraron con Imágenes y

conceptos elocuentes y precisos qué sucedería si se hiciera público (primero; entre los judíos y después entre los gentiles) el engaño de la resurrección. Se podría decir que la condenaron al silencio, a la tortura infernal de morderse perpetuamente la lengua, al suplicio de vivir, como tantas veces sucede, un remordimiento eterno después de un pecado efímero. Como si su pobre alma fuera una barquichuela, Maria prosiguió, durante días y días, yendo y viniendo sin descanso del mar de dudas al mar de lágrimas. De pronto, sin embargo, se le fue redondeando en el hondón del ánimo una ocurrencia. Inicialmente surgió como la vigorosa idea de lo posible y después con la fuerza irresistible de lo necesario: contarle todo, absolutamente todo en un escrito (en un rollo), encerrarlo en una vasija y ocultarlo cuidadosamente al fondo de un montículo de piedras en Bétel. No lo pensó dos veces. Puso manos y culpas y dudas y temores a la obra. No sintiéndose capaz de borrar definitivamente la verdad de la faz del mundo, creyó, en efecto, que debía ser el destino, el futuro, la divina providencia quien tomara cartas en el asunto y dijera la última palabra.

SEGUNDA PARTE

LOS DOS JUDAS

Capitulo I

En que Ialdabaoth habla del mundo y de sí mismo

Muchas son las causas por las cuales la fe -o sea la acción por medio de la cual las almas se adhieren a una estrella fugaz- nace, se desarrolla y pugna a brazo partido por no morir. La ignorancia, el temor, el deseo y un etcétera con delirios de grandeza participan en este proceso. Pero yo me sé que la condición fundamental para que esto suceda es que libren una lucha a muerte en el fuero interno de cada quien dos ángeles enemigos. Ya en la denominación que se da a estas criaturas guerreras ha empezado a triunfar una sobre la otra. Si afirmamos que la colusión se da entre el **ángel custodio** y el **ángel de la muerte**, quiere decir que el primero, ya veremos por qué, ha empezado a vencer al segundo. Si asentamos, en cambio, que el choque tiene lugar entre el **instinto de conservación** y el **instinto de muerte**, significa que el segundo ha empezado a triunfar sobre el primero. No nos detengamos, sin embargo, en el problema de los términos o en el hecho de que toda proposición empleada lleva inscrito en la frente, aunque en ocasiones resulte

ilegible, su origen, su intención o su prejuicio. No nos perdamos en los vericuetos de lo secundario, cuando es necesario recorrer con pie firme la calzada de lo esencial. El individuo, al nacer, no sólo recibe de las manos o, mejor, de la matriz de su madre un cerebro, un corazón y una turbulencia de sangre que tiene a los órganos internos como estaciones de paso, sino que también trae un singular instinto, llamado de conservación, que se dedica de tiempo completo al cuidado del organismo y de la psique. Es un afecto, en lo fundamental inconsciente, que monta guardia a la vera del ser para protegerlo de todos los follones, vestigios y monstruos con que el mundo externo lo amenaza. Este Impulso puede definirse como aquella parte de la vida que odia a la muerte a la muerte. O también como el centinela de la guarda, biopsicológico, que pugna por impedir el paso al peligro, a la enfermedad o a los demonios. El hombre viene al mundo acompañado asimismo de otra pulsión, a la que suele calificarse **de muerte**, que, en oposición franca a la anterior, se entrega de por vida a la ingrata tarea de musitar al oído de su dueño que tiene las horas, y los segundos de sus palpitaciones, perfectamente contados. Se trata de una inclinación insoslayable destinada, si se me permite decirlo así, a velar por que el ser humano no se convierta nunca en eterno, habida cuenta de que tal cosa representaría no únicamente una brutal interrupción del curso que sigue el convoy continuo de la dialéctica, sino algo

quizás más aterrador que la muerte misma: la siniestra posibilidad de no atisbar en el futuro el reposo definitivo o, dicho de manera distinta pero sin que el meollo del asunto sufra en lo más mínimo, la trágica perspectiva de situar, en los ámbitos de la intemporalidad, toda aquella imperfección, con su orquestación de sollozos y alaridos, que es inherente al hombre.

Estos dos instintos, o estos dos ángeles, no conviven en el hondón del Animo de manera pacífica y paralela, sino que hay entre ellos, desde el inicio, una suerte de entrecruzamiento o contradicción intersustentante que conduce a definirse un afecto por otro y, lo que es más decisivo, a hallarse en perpetua rivalidad. El instinto de conservación tiene como su fin superior, en efecto, dejar sin guadaña al ángel de la muerte. El instinto de muerte sueña a su vez en preparar un te con ralees de beleño destinado a adormecer a un ángel de la guarda que, por las virtudes del insomnio, ofrece tan dulce compañía. Esta pugna interinstintiva o interangélica termina, por lo general, con el triunfo, si no total, por lo menos relativo de una de los contrincantes. Si sale victorioso el instinto de conservación, y el amor apasionado por la existencia que lo caracteriza, vence con él una filosofía: el idealismo. Sale triunfante un deseo: que el **ánima** puede existir al margen de la materia. Gana, en fin, una ilusión: que las almas de

uno mismo y de sus seres queridos no se hallan amagadas por el tiempo. Si aventaja en cambio el instinto de muerte a su contrario, se imponen la concepción materialista del mundo, la idea de que el "alma" no es sino el producto de la materia altamente organizada y el convencimiento de que tanto el cuerpo como las facultades psíquicas no pueden escapar a la ley ineluctable del borrón y cuenta nueva.

Este es el momento en que yo, Ialdabaoth, hago acto de presencia. Irrumpo con un discreto olor a bajos fondos. Disimulo mis cuernos en el oleaje de mi cabellera e, hincando mis pezuñas en la mente de los humildes, medrosos e ignorantes, me lanzo a construir con la arcilla de la credulidad un creyente tras otro. Ahí están para demostrarlo los apóstoles. Y Maria Magdalena ((con el alma arrodillada, los ojos encegecidos por las lágrimas y el corazón arrullado por las más grandes expectativas, tras de ver de reojo al infinito) y los setenta discípulos (que acuden a Galilea para asistir al prodigio de la ascensión de su quimera). Ahí está también el primer mártir del cristianismo, San Esteban (a quien la posteridad le irguió, echando mano de las piedras con que fue lapidado, un monumento al heroísmo) y el tarsiota y su odisea ecuménica y piadosa. Y legiones enteras de

crucificados. Y los catecúmenos (que se hacían a la idea de que las puertas del reino de Dios podían hallarse en las fauces hambrientas de los leones de circo).

La **epidemia** es una de las formas en que más me agrada advenir al mundo, implantarme entre los humanos y hacer de las mías en la intimidad de sus almas. Ialdabaoth es en verdad contagioso. Yo gusto expandirme en propulsión de peste. Brinco de un alma ingenua a otra. Me convierto en el común denominador de una secta. Gano a la enfermedad a toda una comarca. Soy la infraestructura de azufre de un imperio.

Y es que cuando entran en colisión el instinto de vida y el instinto de muerte, yo me pongo del lado del primero, lo ayudo a debilitar al segundo, a bocabajearlo, a amordazarlo. Hago, además, que el ángel custodio, olvidando la presencia del ángel de la muerte -que musita en voz tan baja las leyes de la dialéctica que las vuelve inaudibles- invite a saltar al individuo desde la humildad de la vivencia hasta las arrogancias de la supervivencia o le haga creer que lo efímero, por obra y gracia del deseo, cederá su lugar a lo infinito.

Capitulo 11

Donde se habla del escepticismo de Tomás Apóstol

Judas Tomás, el **Didimo**, no tenía escrúpulos por el hecho de haber juramentado, al igual que las otras mujeres, y por iniciativa de María de Magdala, no revelar nunca lo acontecido con los restos de su ilustre hermano, tras la crucifixión y la muerte. Su situación en el grupo más cercano de Jesús era especial por muchas razones. Antes que nada porque era el doble, el sosia, el individuo que casi era copropietario con Jesús de los derechos de primogenitura. Pero además, para no mencionar por ahora sino este otro factor, porque era el único entre todos en quien la duda, la inseguridad y hasta el recelo, predominaban sobre la confianza ciega, la credulidad y la fe. Los discípulos eran o acababan por ser feligreses de los artilugios de la lengua y de los malabarismos fununalbulescos de la palabra, mientras que él desconfiaba del oído y pedía la intercesión dictaminadotra de la pupila. Si los primerios creían ver en el revuelo de las nubes y en la queja de los vientos, aleteos de ángeles y suspiros de potestades, el segundo pretendía que todo o casi todo lo que llegara a su conciencia e

hincara las raíces en el juicio debería pasar por las estrictas aduanas de su sensorio.

Dice la tradición que, en la noche del domingo de pascua, estando las puertas cerradas del cenáculo donde se hallaban los discípulos, congregados por el temor a los enemigos, advino Jesús y puesto en medio les dijo: **"Paz a vosotros"** Y tras de haberles ofrecido su saludo, les enseñó los estigmas de las manos y la herida del costado. Los discípulos se regocijaron sobremanera al ver vivo, resurecto y a la mano a su Señor. Como Tomás no estaba con ellos cuando la aparición, los apóstoles le dijeron después: "Al Señor hemos visto". Judas Tomás los miró fijamente. No pudo ser convencido por su fervoroso convencimiento. La credulidad puede ir contagiando a muchos hasta que tropieza con el lugar granítico de la excepción. La fe de muchos no es un argumento válido para quien decide echar a andar los implacables mecanismos del espíritu crítico. Tomás les dijo: "Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi mano en el costado, no creeré". Es cierto que la tradición afirma que ocho días después, estando de nuevo reunidos los discípulos, y con ellos Tomás, llegó otra vez Jesús y le dijo a este último: **"Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en al costado; y no**

serás incrédulo, sino creyente". Se afirma que Tomás dijo únicamente: "Señor y Dios mío". Y Jesús: **"Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron"**. Pero estas frases de Juan, o de quien haya sido el autor del cuarto Evangelio, están escritas con el doble propósito de exaltar el milagro de los milagros, esto es, la resurrección del Hilo del Hombre y de criticar acervamente al que desconfía de la palabra alible de sus hermanos. En realidad lo que sucedió es que, cuando los discípulos de Cristo, reunidos en el cenáculo secreto al anochecer del domingo, supieron de los sueños de María Magdalena -a los cuales tuvieron por verdaderos-, oyeron la versión febril de los peregrinos de Emaús, creyeron tener frente a si la presencia de Jesús crucificado y redivivo y, ya a media noche, le contaron todo ello a Tomás, el cual había vuelto para entonces a Jerusalén -y que los ola como la dubitación oye a lo apodíctico- , sufrieron un tropiezo y hasta una desilusión al hallar en el hermano gemelo del Señor una gran resistencia en creer lo que ellos, formando parte de un colectivo donde ya para entonces predominaban la histeria y una exaltación encaramada hasta las cumbres de lo superlativo, tenían como lo más trascendental que le había ocurrido al Universo Mundo desde los días de la implantación en el Edén de la dualidad fantasmagórica y conflictiva de la pareja

primordial. Este fue el momento en que el **Tacma** supo que las mujeres se hallaban en Bétel y, sospechando lo que habla ocurrido, corrió a reunirse con ellas.

Capítulo III

Que muestra otros aspectos de la psique de Judas Tomás

El cuarto Evangelio nos presenta a Tomás en otra circunstancia. Hallándose enfermo Lázaro, sus hermanas mandaron llamar a Jesús. Como ya lo recordamos, este último, que se hallaba rodeado de sus discípulos, apuntó: **"Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella"**. Adviértase que Jesús aquí, de acuerdo con la versión de San Juan, se halla profetizando uno de sus mayores milagros: la resurrección del hermano de María. Pero tómese en cuenta, asimismo, que esta profecía nos resulta evidente a todos **a posteriori**, es decir, cuando estamos al tanto de lo que nos relata, gozosa y exaltada, la tradición mística. Pero a los feligreses de Cristo no podía resultarles tan obvia, y en efecto, no lograron captar su significado. Jesús después dijo: **"Vamos a Judea otra vez"**. Esto inquietó de manera notoria a los discípulos, los cuales no pudieron acallar sus pensamientos y temores y dijeron: "Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, y ¿otra vez vas allá?". Jesús adelantó entonces una breve parábola cuyo sentido, si no nos equivocamos, es el de que pase lo que pase es preferible ir por la luz de la

verdad, con lo cual no daremos tumbos ni nos desviaremos, que intentar hacerlo por la noche corriendo el peligro de tropezarnos y perder el rumbo. Jesús exclamó entonces: **"Nuestro amigo Lázaro duerme, mas voy para despertarle"**. Ellos, temerosos de que Jesús tornara a Judea, y tratando de disuadirle de tal decisión, se asieron al contenido aparente de la frase anterior, y replicaron: "Señor, si duerme, sanará". Al decir esto, los discípulos no sólo dejaban entrever su temor, sino que evidenciaban, como dijimos, que no habían comprendido la profecía que había brotado previamente de la boca de su Maestro. El autor del cuarto Evangelio aclara, entonces, y por eso mismo: "Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño". Al parecer, Jesús adivinó la incomprensión de sus fieles porque dijo entonces claramente: **"Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, para que créais; mas vamos a él"**.

Los discípulos eran, en general, hombres crédulos, sobre todo cuando oían la palabra de su pastor. Pero en ocasiones, arrastrados por el sentido común, el juicio realista o la mera incomprensión de lo inusitado y prodigioso, titubeaban y no lograban ocultar los signos de interrogación que se les desbordaban de los ojos. Hay algo que no

suele mencionarse, pero que es un hecho muy digno de tenerse en cuenta: en ocasiones influía en ellos el empirismo testarudo, el agnosticismo rampante o la desconfianza permanente de Judas Tomás. Y en esta ocasión, tal fue el caso. La grey de apóstoles, asumiendo la actitud del Dídimo, no se hizo eco inmediato de la profecía de Cristo y por ello, además de otras razones, Éste tomó la resolución de llevar a cabo el prodigio para salirle al paso a la postura dubitativa de sus seguidores.

Juan escribe a continuación: "Dijo entonces Tomás, llamado el Dídimo, a sus condiscípulos: "Vamos también nosotros, para que muramos con él". En ese momento, Tomás se erige provisionalmente en líder del grupo. Todo hace suponer que este último, tras de oír a Jesús, no ha abandonado la hesitación y la desconfianza. Tomás, entonces, le toma la palabra a su hermano y, con el mandato: "Vamos también nosotros", empuja a todos a trasladarse a Betania, en Judea. Mas ¿qué significado tienen las palabras de Tomás? ¿Por qué hace este reclamo a desplazarse "para que muramos" con Lázaro? Nos parece que el sentido no puede ser sino el de que: "pongámonos en el caso de que Lázaro no duerma, sino que ha muerto. Identifiquémonos o muramos con él. Y veamos qué sucede" La actitud del Taoma era la de

siempre: antes que nada, dudemos, pero mi se nos demuestra lo que nos causa perplejidad y recelo -siendo que el rostro de la incertidumbre palidece ante la aparición de la evidencia-, no tendremos objeciones ni reticencias para aceptarlo San Juan no lo dice, pero la duda de Tomás, encarnada en la frase transcrita, implicaba, por eso mismo, esta conclusión tácita: "Si Lázaro es resucitado, todos nosotros, que hemos muerto con él, gozaremos la gloria de la resurrección".

Hay quien cree, reacciona o actúa sin asegurarse de la solidez de las premisas. . Acepta o hace suyo el árbol de la creencia -y, con él, los múltiples y cambiantes pájaros que, entonando lo prodigioso, adornan su ramaje-, sin investigar, por resultarle innecesario o fastidioso, la sustancia y la estructura de las raíces. Judas Tomás no pertenecía a esa ralea de individuos para quienes la razón queda eclipsada por la deslumbradora afirmación del objeto o el mito ideal que mide el tamaño exacto del requerimiento subjetivo. Cazador de principios, él pretendía asegurarse, antes que nada y en todos los casos, de la firmeza o del carácter indubitable de la base o el **prius** a partir del cual se generaba una convicción. Hay que aclarar, no obstante, que cuando el arranque, la premisa o la suposición le

resultaba probada, evidente o, por lo menos, probable, deponía su **dubito** y abrazaba con entusiasmo y parabienes el edificio conceptual o afectivo que se levantaba sobre el fundamento que había logrado sortear sus escrúpulos cognoscitivos. Tomás era más un cartesiano que un pirrónico. Su duda no operaba como el péndulo que se tiene a sí mismo vedado detenerse en un punto, y apuntalar un dogma; sino como una estación de tránsito incierta y oscura, pero llena de promesas, **que lleva** inexorablemente a la terminal de lo verdadero. Su aceptación de la verdad era, por otro lado, tan radical y definitiva, que todo fin relacionado con esa certidumbre justificaba los medios. Por eso no titubeó ante la propuesta de María Magdalena en lo que hace a los **hechos de Bétel**. La finalidad de acrecentar la fe en el Mesías, en su Evangelio, en su filosofía, en su moral salvadora y en su promesa del advenimiento del reino de Dios, justificaba el engaño, aún más, lo tornaba **defraudación pía**, falacia filtrada y purificada por la santidad. Por todo esto, en él no cabía una tortura mental como la que llevó a María Magdalena a relatar lo acontecido en el rollo de la vasija. No existía ese escrúpulo; pero si había en su espíritu otro factor que podía conducir a Judas Tomás a romper, involuntariamente, con el **juramento de**

Bétel: hablamos de su pasión o exaltación exagerada en defender sus puntos de vista.

Capítulo IV

De una conversación convertida en disputa

Hacia la segunda mitad del siglo I D.C. se instaló en Efeso, proveniente de Egipto, un filósofo y místico que parece haber tenido relaciones con el enigmático Simón el Mago y el legendario Apolonio de Tyana. Usaba indistintamente el nombre de Cerinto o de Meriton, en todo caso, un apelativo que conservaba las vocales (e-i-o), aunque difirieran las consonantes. A semejanza de Cerinto había nacido en una familia judía, y antes de conocer, compenetrarse y aceptar la **buena nueva**, había estudiado y dominaba suficientemente la filosofía judeo-alejandrina en general y los opúsculos y las prédicas del gran Filón de Alejandría en particular. No nos interesa en este sitio hablar de las tesis de Cerinto, sus concepciones sobre el bautismo, sus afirmaciones gnósticas, sus coincidencias con el docetismo, sus discrepancias con Pablo o la influencia poderosa que tuvo en pensadores como Cerdón, Marción o Carpócrates.

Pero si nos importa subrayar el hecho de que nunca pudo coincidir con las tesis que, bajo una evidente influencia paulina, fueron consolidándose en Roma y acabaron por gestar, a partir del siglo III y, sobre todo del IV -con el Concilio de Nicea-, una férrea ortodoxia **desde la cual** todo lo diferente era visto, no sólo como falaz y embustero, sino como obra del demonio. Cerinto era, pues, un pionero de la herejía. Un hombre con la manía de discutirlo todo, de cuestionar hasta las más orgullosas evidencias, de usar la "balanza de la cordura", como él la llamaba, y que consistía en poner en un plato unos argumentos y en el otro los contrarios para ver cuál de ellos tenía más peso y, con ello, dónde residía la verdad. Queremos, asimismo, hacer hincapié en que, varios años después de los **hechos de Betel**, Judas Tomás estableció una amistad profunda con Cerinto. Antes de iniciar su labor proselitista hacia el este, Tomás pasó unas semanas en Éfeso, en el Asia Menor, en donde conoció a Meriton, y en donde lo pasó a visitar en varias oportunidades. Es un hecho, entonces, que no una vez, sino muchas, intercambiaron ideas, experiencias, infames y hasta dudas. Esas conversaciones generalmente se realizaban de manera tranquila, atenta y respetuosa. Pero un día, la plática se fue caldeando y devino franca discusión.

Discusión acalorada. Polémica furiosa en que cada quien, lanzando tarascadas teóricas a su contrario, decía tener la verdad, y en que mientras Cerinto sacaba a relucir sus conocimientos de Heráclito, Platón y Epicure, de la Thora y el Talmud, del demiurgo y los arcontes y, desde luego, que su maestro Filón, Judas el Taoma, más que nada, externaba el conocimiento que había obtenido **in situ** durante en ministerio de Cristo en Palestina. Cerinto llegó a poner en un aprieto tal a Tomás que éste, exaltado, como producto de la ofuscación, y sin medir las consecuencias, tuvo una doble indiscreción con su camarada de disputa: Le reveló qué es lo que había sucedido con el cadáver de su hermano -o sea que lo puso al tanto de los **hechos de Bétel-** y de quién él, Judas Tomás, era mellizo. Una vez dicho esto, Tomás se arrepintió. Pero la confesión estaba hecha y no había manera de desdecirse. Optó entonces por hacerle prometer a Meriton no decir nada de ello a absolutamente nadie. Cerinto, ya calmado, y profundamente pensativo, se lo prometió solemnemente, con la condición de que el Didimo le relatara con detalle su vida, la de su divino hermano y la de sus padres. Tomás aceptó hacerlo y durante varias horas le regaló a su amigo filósofo algunos datos inapreciables de su biografía. Cerinto, ya en la noche, momentos antes de conciliar el sueño, tomó su **Diario de un filósofo gnóstico** y apuntó, como lo hacía con frecuencia, lo importante, o digno de permanecer en la memoria, que le habla

acaecido durante la jornada. Cómo iba a dejar de anotar las revelaciones -¡y qué revelaciones!- que le habla hecho Tomás. Describió minuciosamente la discusión mantenida con el Doble y el desenlace revelador de la misma...

Cerinto fue fiel a su palabra: no dijo a nadie lo que se le reveló aquella tarde única. Pero cometió un "error": se lo confesó todo a su **Diario** y allí quedó, como la vasija en que, bajo el polvo del tiempo, Maria Magdalena ocultó la verdad, a la posible vista del que profanara el secreto. El **Diario** de Cerinto se hallaba escrito en general con las intimidades ingenuas e insulsas de un pobre filósofo y religioso; pero, a partir de este momento, se halló con la bomba de tiempo de las revelaciones más increíbles, por ignoradas y espectaculares, que registra la historia de nuestro Occidente cristiano. Las cosas, sin embargo, no quedaron ahí. Ocho días después de lo sucedido, Cerinto falleció inesperadamente y todos sus bienes, y con ellos, el **Diario de un filósofo gnóstico** fueron a parar a una de las innumerables sectas, en este caso valentiniana, que proliferaban por entonces y con la cual Cerinto se hallaba vinculado estrechamente. La verdad entonces quedó oculta en un doble sitio: en una vasija sepultada y en el **Diario de un filósofo gnóstico** en posesión de una secta heterodoxa marginal de nula o raquítica relevancia.

Capítulo V

Que habla sobre dos hermanos gemelos, y hace unas reflexiones sobre el tema

Judas Tomás, está por demás decirlo, nació el mismo día que Jesús. En rigor, habría que asentar que aquél era unos minutos y sólo unos minutos más pequeño que su hermano. El autor del tercer Evangelio escribe que, estando en Belén, la ciudad de David en Judea, "se cumplieron los días del parto, y (María) dio a luz a su primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, pues no había lugar para ellos en el mesón". Esta frase es importante en un doble sentido: un lado, nos dice con toda claridad que Jesús, el hijo de María, era su primogénito, esto es, el primero de varios hermanos. No era su hijo único, la sola muestra, aunque beatífica y excelsa, de su don reproductivo. Era más bien el arranque de una familia, el peldaño primero de una escalera ° el atrio de una comunidad familiar formada por hermanos y hermanas. Por otro lado, nos obliga a pensar que, aun teniendo Jesús un "camarada de gestación y alumbramiento", un compañero entrañable - en el sentido más profundo de la expresión- durante la maravillosa jornada de nueve meses que lleva a un embrión a salvar varias fases, a cual más sensacional

y maravillosa, hasta dar con un **nombre** que habla de su individualidad y un apellido que testimonia la pertenencia a una familia, Jesucristo seguía jugando el papel de primogénito por haber sido, de los dos gemelos destinados a nacer el mismo día, el que llegó antes que el otro al nuevo continente del oxígeno.

Cuando en la actualidad se conciben unos gemelos, pueden preocuparse por los problemas económicos u otros que supone o puede suponer el nacimiento de tales hermanos. Pero dados los conocimientos contemporáneos de la genética y de la herencia, los progenitores no quedan arrobados y sorprendidos, con extrañeza y sin control, ante la doble presencia o la criaturita al cuadrado (que patalea en busca de camino) arrojada al interior de una cuna duple o sencilla tras el aletear huidizo de una cigüeña. Pero en Palestina y en el mundo entero, en la época del nacimiento de los **taomim**, el nacimiento simultáneo de dos seres idénticos o de dos entes que sólo se diferenciaban, por lo menos en apariencia, por ocupar dos lugares distintos en el espacio, resulta un acontecimiento prodigioso e incomprensible. No se veía como una arbitrariedad de la naturaleza o como una mable expresión de la teratología, ni mucho menos como el producto de ciertas leyes bioquímicas, sino

que existía la tendencia a considerar dicho nacimiento como el producto de la divinidad, como fabulosa materialización de ciertos fines inescrutables de la providencia o como la aparición, en fin, de un milagro encapsulado en la placenta. Cuando, además, se perteneció a un pueblo -el judío-, a una secta -la esenia- y a una familia -descendiente de David-, en que la idea de la necesidad de un Mesías y de la inminencia de su advenimiento, era una idea fija y una convicción permanente. Y cuando se pensaba, como se pensó, que el Mesías -como rey de los judíos y profeta mayor de su Evangelio- había de nacer de esa familia y no de otra, el advenimiento prodigioso, inesperado e inquietante no de un hijo sino de dos, no de un sólo "ungido" sino de un par de Mesías, produjo en María y su esposo, y en todos los parientes y amigos, un estupor inquietante y un cúmulo de preguntas que quedaron sin respuesta.

La vida de estas Tomás, como la de Jesús, como la de Saulo-Pablo están inmersas en la bruma, el misterio, la incertidumbre. En el siglo XIII un poeta perteneciente, como Guido Cavalcanti y el propio Dante Aligheri, a la generación del **Dolce stil novo**, y a quien, dadas sus acusadas pero ocultas herejías (no en la poética sino en materia

religiosa)) se ha olvidado por completo, escribió este soneto que traducimos al español:

No sé, Jesús, quien fuiste, si es que fuiste.
Siglos de niebla dan a tu figura
la imagen más incierta y más oscura
que en nuestra historia occidental existe.

No sé dónde naciste, si es que hubiste
de nacer. Y no sé si tu locura
divina era verdad o la impostura
fue la cruz donde a todos nos pusiste.

No sé nada de ti. Ni en mi existencia
yergo una antena en busca del sonido
que ha de entonar el **trino** de tu esencia.

Tu imagen tan presente y tan velada
¿será sólo un engaño producido
por la más tierna forma de la nada?

Si esto se puede afirmar de Jesús, otro tanto **mutatis mutandis** se puede aducir de San Pablo. Bruno Bauer, en efecto, después de investigar por años la biografía histórica del gran misionero de la **buena nueva** en el mundo occidental del año I D.C., llegó, fastidiado y escéptico, al convencimiento de que

San Pablo era, en lo fundamental, una ficción, un invento, un personaje estructurado por la imaginería mística de no sabemos qué escribas o frailes impostores. La misma dificultad, o tal vez mayor, rodea a la figura histórica del Gemelo. Olvidémonos, sin embargo, y por un instante, de la posible imposibilidad de saber algo, documentado debidamente, del Tomás histórico, y examinemos lo que se ha dicho sobre este personaje, para mostrar a continuación algo verdaderamente importante que nosotros **si sabemos de él** y que es ignorado por la casi totalidad de los investigadores, por los hombres cultos en general y por los cristianos comunes y corrientes.

Capitulo VI

Donde se habla pormenorizadamente de un extraño silencio

Es muy extraño e interesante, y también asombroso, que los cuatro evangelios canónicos y el Nuevo Testamento en general hablan tan poco de José, el padre de Jesús. Salvo al inicio de los Evangelios -a la hora de la concepción, del viaje a Belén, del nacimiento y la niñez de Jesús-, no se vuelve a mencionar a este José, de oficio carpintero, que no sólo pertenece o debía pertenecer a la familia noble de David, sino que era el progenitor de Jesús, el Cristo. Tanto Mateo como Lucas nos hablan, aunque con grandes diferencias, de la genealogía de José, para mostrar su filiación con David y, más antes, con Abraham. Pero ¿es posible creer que en medio de la dominación macedónica, de la de los Macabeos y de la romana se hubieran conservado los títulos de un humilde carpintero? Además, como lo refiere Julio Africano, Herodes, molesto con su extracción plebeya o falta de nobleza, destruyó los registros genealógicos... El tema del origen de José, si resulta digno de tratarse por los evangelistas. Y ello responde a las necesidades de la mesianidad. Pero muy pronto los Evangelios dejan de ocuparse del padre real o putativo de Jesús. Y es entonces que aparece el extraño **silencio** al que aludimos y que no deja de ser inquietante e inusitado. No

pasa lo mismo con Maria madre, la cual aparece y reaparece constantemente en los libros sagrados. Tampoco hablan de José algunos de los primeros padres de la Iglesia y su nombre no aparece ni en Papías ni en Eusebio de Cesarea que, al parecer, se hallaban bien informados de la vida y las obras de Jesús. Este sorprendente **silencio** ha llamado poderosamente la atención a varios investigadores desde la época de Schleiermacher en el siglo XIX hasta algunos que existen y trabajan y cavilan hoy en día.

Robert Ambelain, uno de estos historiadores, ha formulado hace algunos años una hipótesis tan atrevida como singular: la de que Jesús no fue hijo de un humilde carpintero de Galilea llamado José sino el primogénito del gran Judas de Gamala o Judas Gaulonita. Suposición que conducía a esta otra: la de que el pesebre de Belén no era sino el sentimiento de culpabilidad de un nacimiento aristocrático y/o el idóneo producto de un ocultamiento. Recibida inicialmente con desdén y escepticismo, esta tesis ha ido ganando terreno y en la actualidad hay no pocos estudiosos que le han dado crédito o que, por lo menos, están dispuestos a analizarla con seriedad. Antes de mencionar las razones que han llevado a plantear esta conjetura, conviene recordar que a Judas de Gamala o Judas el Galileo, descendiente del rey David, generalmente se le

considera el organizador del movimiento zelota, también el más conspicuo caudillo que encabezó, auxiliado por Sadok, el gran levantamiento de los judíos contra los romanos del año 6 D.C. y, finalmente, el héroe judío que, al frente de los sicarios -u hombres armados con la **sica**- ofrendó su vida en dicha ocasión. Se le recordaba, asimismo, como el guerrillero que, no admitiendo más autoridad que la de Jehová, y considerando a su pueblo, el de Israel, como el pueblo elegido, no podía consentir en que los romanos y sus representantes, hombres impíos y venales, pretendieran gobernar a Palestina.

Una vez que tuvo en cuenta lo anterior, el investigador que mencionamos advirtió dos hechos dignos de reflexión: por un lado, de acuerdo con Mateo, que Santiago (llamado Jacobo o Jaime) y Simón (llamado Cefas o Pedro) eran hermanos de Jesús; por otro, de conformidad con las **Antigüedades Judaicas** de Flavio Josefa, el de que Jacobo (o Santiago) y Simón (Pedro) eran hijos de Judas el Galileo. Si estas dos afirmaciones no mienten, si se ha filtrado en ellas, machacona y obcecada, la verdad de lo ocurrido, pueden transmutarse en las dos premisas que, una a continuación de otra, sirven como trampolín para llevar a cabo la más sorprendente de las conclusiones. En efecto, si y sólo si

Santiago y Simón eran hijos de Judas de Gamala (como lo asienta Josefo) y si y sólo si ambos eran hermanos de Jesús ((como lo declara Mateo)) entonces -y este entonces es la trinchera desde la que levanta cabeza el escándalo- Jesús no fue hijo de un humilde carpintero -José-, sino de un revolucionario aristócrata -Judas de Galilea.

Naturalmente que toda la ortodoxia cristiana, que se proclama y se siente representante en la tierra del Reino de Dios, pone el grito en el cielo, como demandando ayuda... Dice, por ejemplo, que ese "silogismo de conclusión" adolece de la grotesca falla de no advertir que, para Mateo, Santiago (Jacobo) tiene otro hermano -que es Juan- y un padre distinto -que es Zebedeo. Los hijos de Zebedeo son, efectivamente, aquel par de pescadores que, a las orillas del Mar de Galilea, oyeron la voz de Jesús, dejaron su barca y a su padre y decidieron alimentarse con las bocanadas de luz del evangelio. El investigador aludido, después de oír, de esperar o de tener en cuenta lo anterior, hace énfasis en que marcos (6,3) nos dice algo distinto que Mateo, al declararnos, con todas sus letras, que son hermanos de Jesús: Santiago (Jacobo), José, Judas y Simón (Pedro). El autor moderno hace notar que no sólo hay esta discrepancia entre Marcos y Mateo, sino que en el Evangelio de este último se aduce una cosa en un sitio (4,21) y otra diferente

en otro (13,55): en un lado se afirma, como dijimos, que Santiago (Jacobo) y Juan son hermanos e hijos de Zebedeo y en otro lado se dice, hablando de Jesús: "¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas?". Como, por otro lado, no sólo Santiago y Juan son hermanos, sino que, de conformidad con la segunda cita de Mateo, Pedro) y Santiago (Jacobo) lo son también, luego Simón, en buena lógica, sería asimismo hermano de Juan, el discípulo bienamado del Señor. El dilema sería entonces el siguiente: Santiago (Jacobo), Juan y Simón (Pedro) son hermanos entre sí e hijos de Zebedeo, o Santiago (Jacobo), Juan y Simón (Pedro) son hermanos de Jesús e hijos del padre de éste... Por lo menos, en lo que se refiere a Santiago, es importante señalar que San Pablo lo llama "hermano del Señor" en su **Epístola a los Gálatas** y parece inclinar la balanza del lado de la segunda posibilidad. Pero Ambelain es consciente de que la existencia de Zebedeo es un "gran argumento" o una "coartada de escape" para la ortodoxia que desearía de todo corazón no sólo que Jesús careciese de hermanos -y la virginidad de María quedara como un mérito bienaventurada en la biografía eviterna del Arcángel Gabriel-, sino que José fuera el padre adoptivo del Señor. ¡Que a nadie se le ocurra mover una de las piezas importantes de la construcción canónica -como la del auténtico progenitor de Jesús- porque todo el edificio podría venirse abajo

como un castillo de naipes que pierde la jugada con la ley de gravedad!

Hay que analizar, sin embargo, otro aspecto. El investigador al que hemos hecho referencia, pone de relieve que, además de todas las contradicciones, enigmas y oscuridades precedentes hay otra igualmente significativa. Juan dice, a diferencia de los sinópticos, que Simón (Cefas) es **barjonna**, o sea hijo de Jonás (bar, hijo; jonna, Jonás). Salta a la vista entonces la contradicción entre Mateo (4,21) que lo considera hijo de Zebedeo, y Juan (21,15) que lo llama hijo de Jonás. Si de José Padre no sabemos casi nada, de Zebedeo o de Jonás lo único que conocemos es el nombre. Ante todo esto Ambelain escribe, respecto a Simón que: "De hecho, no era hijo ni de Zebedeo ni de Jonás, era huérfano de padre, y ese padre se llamaba Judas de Gamala". Para el crítico iconoclasta de la tradición dogmática cristiana, la razón por la cual los judeo-cristianos o la familia del Señor silencian la identidad del verdadero padre de Jesús y sus hermanos e inventan los nombres de José o de Zebedeo o de Jonás o de... estriba en el hecho de que si los romanos no respetaban en general la vida de la prole de los rebeldes, cómo iban a hacerlo con los hijos del gran revolucionario Judas de Gamala...

Capítulo VII

En que se pone de relieve cómo una indiscreción puede ser una de *las fuentes de la verdad histórica*

Hemos de confesar que las opiniones de Ambelain y de otros historiadores contemporáneos no pasan de ser hipótesis más o menos atractivas, más o menos escandalosas, más o menos inquietantes; pero también hemos de señalar que estas conjeturas no están debida y suficientemente probadas y aunque conllevan un reto para la prosecución de la investigación objetiva del Cristo histórico, no logran anular de modo incuestionable las probables mentiras de los escribas católicos y la manipulación de masas que trajo consigo, para vergüenza del hombre de Occidente, el cristianismo en ascenso.

La verdad de lo ocurrido, sin embargo, no se esfumó del mundo ni se evaporó de una vez para siempre de la historia. Los borradores, por poderosos y dogmáticos que sean, carecen del don de ubicuidad. Como muchos otros hechos, la verdad quedó velada, conocida por unos cuantos, perdida entre los pliegues del hermetismo o clausurada en la caja fuerte de las ciencias ocultas. Pero ¿quién podía conocer mejor lo que realmente ocurrió en esos oscuros años de la génesis del cristianismo que Judas Tomás? ¿Quién podía aclarar que él, en efecto, era o no el gemelo de Jesús? ¿Quién tenía la

oportunidad de esclarecer definitivamente que tanto Jesús como él, el Didimo, eran o no eran hijos de Judas de Gamala, el héroe de la resistencia palestina? ¿Quién podía, en fin., relatar lo acontecido en los **hechos de Betel** además de Maria Magdalena? La **indiscreción** de Tomás con Cerinto implantó, pues, la verdad en el mundo; pero, al mismo tiempo, la arrojó a los escondrijos o espeluncas de una secta gnóstica casi desconocida, y el mundo y la historia y las creencias y las falsedades siguieron su curso como si no existiera...

Capítulo VIII

Que habla del Didimo y de su presencia en la literatura dogmática y apócrifa

A Tomás se le cita en muchas partes como uno de los doce. En **Marcos** (3,18), **Lucas** (6,15), **Hechos de los Apóstoles** (1,13), etc. se hace una clara y contundente mención de él. También se le atribuye la frase "ver para creer", lo cual lo convierte en lo que podríamos llamar un **empirista religioso**, posición que no deja de ser extraña y paradójica porque de la **empiría** no aparece derivarse en buena lógica ninguna **teofanía** y lo natural, sin distorsionamiento o adulteración, no puede empollar, por así decirlo, a lo sobrenatural.

El empirismo de Tomás difiere de lo que, al paso de los siglos, será el empirismo racional. Si Locke afirmaba: "no hay nada en la conciencia que antes no haya pasado por los sentidos", Tomás dice, o dicese que dijo: "no hay nada en la creencia que antes no haya pasado por los sentidos". Tomás se halla en el polo opuesto, entonces, no sólo al **empirismo racional** -aquel que discierne las raíces de la maleza ideológica **en** la experiencia sensible-, sino también, y de modo más directo, al **espiritualismo**

místico -la concepción para quien el acceso a la trascendencia lejos de apoyarse en la **correlatio** sensorial del individuo y el mundo externo, se funda en una evidencia dada en el hondón del Animo con independencia de lo natural y hasta de lo lógico. Cuando Tertuliano, que es, en este sentido, un anti-Tomás, afirma "**credo quia absurdum**" (creo porque es absurdo), se está pronunciando resueltamente por suprimirle a la fe los "pies de barro" de lo sensible y de lo lógico. La verdad última, para el célebre Padre de la Iglesia, no se obtiene escudriñando -como recomendaría la filosofía peripatética- los datos objetivos del **factum** extramental, sino escarbando en los diversos pliegues de la vida psíquico espiritual del individuo hasta dar con esa luz-de-luciérnaga-amaestrada que es el plexo de evidencias sentimentales y afectivas que constituyen la fe.

Los Sinópticos nos hablan de un Tomás apóstol y de un individuo que pone a sus ojos como garantes de la **verdad en propulsión de incienso** de su creencia. Hacen alusión, entonces, a un **apóstol escéptico**. El cuarto Evangelio, amén de lo anterior, nos dice que este apóstol empirista y dubitativo tiene un curioso sobrenombre. El alias de Tomas que nos brinda el supuesto autor del cuarto Evangelio y del Apocalipsis, resulta en verdad extraño: **Didimo**, palabra que en griego significa

doble. Tomas, llamado el **Didimo**, quiere decir, por consiguiente, Tomás, llamado el **Doble**. Pero ¿qué significa Tomás? Tomás viene del hebreo taoma que puede traducirse como **doble**. La frase "**Tomás, llamado el doble**" equivale, pues, a "**el doble (hebreo), llamado el doble (griego)**" Es conveniente aclarar, a continuación, que si **taoma**, en singular, significa en hebreo **el gemelo; taomim**, en plural, designa **los gemelos**. Un **taoma** implica la existencia de otro, y ambos forman los **taomim** o sea la **pareja de gemelos**. Una vez que, por indicación del cuarto Evangelio, sabemos que Tomás es un gemelo o un caute, la pregunta que nos jala imperativamente la manga es: ¿gemelo de quién?

Si somos ortodoxos, si sólo aceptamos como verdadero o como producto de la revelación el conjunto de Evangelios, epístolas y otros escritos que integran el **corpus** del Nueva Testamento, la pregunta anterior carece de respuesta. A lo más que podríamos llegar, a partir de esta literatura canónica, es al convencimiento de que si a Tomás se le daba el sobrenombre de gemelo es porque debería de tener un hermano o un doble del que no sabemos su identidad. Y nada más. Pero para los historiadores sin ideas fijas y para la curiosidad sin ataduras, el primer mandamiento de su **decálogo de la objetividad** es: "No escucharás las voces

absolutistas del dogma, los prejuicios y la autoridad". A la sombra de este imperativo, cada vez hay más hombres de ciencia que estudian, evalúan, pretenden desentrañar el sentido no sólo de la literatura oficial sino de la literatura apócrifa; no sólo de los escritos hebreos o arameos de la época, sino de los romanos, los griegos, etc., no sólo de la literatura, sino de la arqueología, la numismática y otros recursos historiográficos. Quienes se han lanzado a esta investigación, alentados por una verdadera bulimia de verdad histórica, han obtenido apreciaciones, puntos de vista, hipótesis y pautas novedosas, apasionadas y sugerentes, aunque en ocasiones, también hay que decirlo, dudosas y hasta disparatadas.

A la pregunta que nos hacíamos anteriormente ¿Tomás es gemelo de quién?, algunos de estos historiadores han respondido, como se sabe, con la siguiente frase lapidaria: "es gemelo de Jesucristo". ¿Por qué sostienen tal cosa? ¿En qué se basan? Existe algún apoyo serio para lo que aducen? Hay por lo menos cuatro textos apócrifos significativos de donde se desprende la idea de que Tomás y Jesús son **taomim**, esto es, hermanos gemelos; ellos son: la **Historia Eclesiástica** de Eusebio de Cesárea, el **Evangelio de Bartolomé**, los **Hechos de Tomás** y el **Evangelio de Tomás**.

En la **Historia Eclesiástica**, atribuida a Eusebio de Cesárea, se habla de la función misionera de Tomás después de la muerte de Jesús. Se dice, por ejemplo, que emigró al nordeste y evangelizó a los pueblos partos (que se extendían desde la cuenca del Tigris y el Eufrates hasta lo que es en la actualidad Irán). A partir de estas informaciones empieza a hablarse de que los dos grandes misioneros del cristianismo no son Pablo y Pedro, como lo señala la tradición, sino Pablo y Tomás. Pablo -como apóstol helenizado-, sería el misionero de Occidente y Tomás -como apóstol judeo-cristiano- sería el misionero de Oriente. En el Evangelio de Bartolomé, manuscrito copto, aparece esta frase atribuida a Jesús: **"Buen día, mi venerable obispo Pedro)** Y a continuación: **"Buen día, Tomás, mi segundo *chrestos*"** (Schalom, Taoma, shem messiah). En los Hechos de Tomás se puede leer: "Jesús apareció entonces bajo la forma de Tomás, y se sentó sobre la cama"... Y también, aludiendo a Tomás: "Gemelo de Cristo, apóstol del Altísimo, iniciado también tú en la enseñanza oculta de Cristo, has recibido instrucciones secretas"... Se cuenta también en este texto que Jesús se le apareció a un hombre joven y le dijo: **"Yo no soy Judas que es también Tomás, yo soy su hermano. El os ha encomendado a mí para que os guarde de todo mal... Escuchad, pues, mi consejo. Abandonad todas las preocupaciones del siglo, y creed en el Dios vivo que os predica mi hermano Tomás"**... Más aún, en este mismo

escrito apócrifo se alude al parto gemelar de María. Y se dice: "¡Ven, oh santo poder del Espíritu! ¡Ven, santa paloma que das a **luz a los dos gemelos!** ¡Ven, oh Madre oculta!". En el **Evangelio de Tomás**, obra muy antigua, se identifica a Tomás con el nombre *e Judas Tomás. En realidad Tomás no es un nombre, sino un sobrenombre, de ahí que, a partir de este texto, se le denomina al **taoma** frecuentemente con el apelativo, efectivamente, de Judas Tomás.

*Donde se recoge un fragmento del **Diario de un filósofo gnóstico***

Los teólogos cristianos -católicos, ortodoxos y protestantes- afirman contundentemente que esta literatura apócrifa no significa nada. En el mejor de los casos son dislates y fantasías descabelladas, y en el peor, escritos dictados por el demonio para sembrar la confusión entre los feligreses y para escandalizar a las almas ingenuas y devotas. Dichos teólogos -que son muy críticos, muy rigurosos y muy severos cuando se alude a la literatura apócrifa, pero que encierran a siete llaves su espíritu crítico cuando se trata de la literatura dogmática-, subrayan que, salvo el **Evangelio de Tomás** - texto muy primitivo que data probablemente de las postrimerías del siglo I-, y, desde luego, el IV Evangelio, los textos en que se habla de Tomás y de la supuesta relación de gemelo que mantiene con Jesús son muy tardíos y carecen, por tanto, de credibilidad. En efecto, el **Evangelio de Tomás**, la **Historia Eclasiástica** de Eusebio y el **Evangelio de Bartolomé** fueron escritos, al parecer, en el siglo V y los **Hechos de Tomás**, incluso, en el siglo VI. Varios autores modernos, críticos e iconoclastas, argumentan que lejos de poder afirmar en todos los casos que la **cercanía** temporal de los manuscritos

con los hechos a los que aluden conlleva un mayor margen de confiabilidad, con frecuencia es lo contrario debido a una serie de hechos que conviene no dejar de lado: prejuicios, intereses, supersticiones, etc. Los ortodoxos responden... Como puede verse, nos hallamos en el corazón de una de esas discusiones, de las que existen por millares en el mundo de la historiografía, en que no se puede llegar a nada claro, en que la incertidumbre lleva la batuta y en que los partidismos dogmáticos reafirman sin cesar su petulancia. Las cosas hubieran seguido así, o de modo más o menos similar, por los siglos de los siglos, si Cerinto no hubiera anotado detalladamente en su **Diario de un filósofo gnóstico** las revelaciones que Tomás le hiciera un día y que, al menos potencialmente, traen consigo la posibilidad de poner las cosas en su sitio y fumigar las nubes negras del ocultamiento, el engaño y la ignorancia. De aquí se desprende la importancia que tiene transcribir el siguiente: FRAGMENTO DEL DIARIO DE UN FILÓSOFO GNÓSTICO (redactado por el filósofo Cerinto después de las revelaciones que le hiciera Judas Tomas).

CAPÍTULO XXII

Donde se recogen algunas partes del Diario de un filósofo gnóstico

Judas, conocido como **El gemelo**, me dio a conocer entonces el por qué de ese sobrenombre. La revelación me dejó estupefacto, y lo que para mí eran sólo rumores, mentiras y maledicencia, resultó que se asentaba firmemente en la realidad: Judas Tomás era el hermano mellizo de Jesús, el cristo. Tomás me dijo: "Se me conoce con el nombre de **El doble**, mi querido Cerinto, porque soy el taoma de Ieshua. Ieshua y yo fuimos los primeros hijos que tuvo mi madre. Nuestro verdadero padre, oh Cerinto, no fue el humilde carpintero de Galilea que tanto tiempo nos acompañó y que, construyéndonos la mesa, las sillas, las camas y otros muebles, nos brindó un hogar pobre aunque acogedor y el fundamento material y espiritual de nuestra familia: Mi auténtico progenitor no fue otro que el gran Judas de Gamala, héroe que sucumbió durante la gran insurrección del censo en contra del Imperio y sus títeres herodianos".

Algunos estudiosos han puesto de relieve que el mote dado a Judas el Galileo -el cual participó no sólo en la **rebelión del censo** en el año 6 D. C. , sino en el ataque al Templo ocurrido aproximadamente entre los años 2 y 3- era el

de "Héroe de Dios" o, lo que tanto vale, **Gabriel** (Geber-aël). La idea de que María no fue fecundada por José, sino que debió su preñez a la intercesión de Gabriel arcángel, adquiere, con todo esto, un nuevo sentido: hay Angeles que son, cómo dudarlo, terriblemente hunos...

"María, nuestra madre, quedó viuda y desprotegida a raíz del fallecimiento de Judas Gaulonita, nuestro padre. Ella sabía que su esposo, hijo de Exequias, era descendiente directo de la casa de David y conocía también que uno de sus hijos, el primogénito, era el heredero de la ley y la corona. Ella fue poco a poco sospechando, por otra parte, que ese hijo -esto es, Ieshua- podía no sólo ser un profeta sino, uniendo el carácter de rey y sacerdote, el mismo Mesías".

A decir verdad, amplios sectores del pueblo judío, ante tantas derrotas, dominaciones y arbitrariedades acarreadas a los hebreos por sus múltiples enemigos -el último de los cuales era el romano-, luchan secularmente por reconquistar su territorio e implantar en él una teocracia monoteísta. No pugnan por conducir al poder a la **aristocracia del Olimpo**, sino para encumbrar a la **monarquía del Dios único**. Van configurando, pues, una **teocracia en la oposición**. Sus acciones, a veces

violentas, heroicas y desesperadas, no sólo responden a la búsqueda del poder "nacional", sino a la emancipación de un credo religioso pujante, original y profundamente atractivo para un sin número de personas. El pueblo elegido tiene necesariamente que mandarse a sí mismo. Ezequías, Judas, Jesús son monarcas davídicos de la teocracia opositora en busca del poder. Si sus enemigos inmediatos son los Herodes (Herodes el Grande, Arquelaos, Herodes Antipas, etc.), los mediatos, pero no por ello invisibles, son los romanos. El letrero con las letras INRI que pusieron los romanos sobre la cruz, y que significa, como se sabe, Jesús Nazareno Rey de los Judíos, no es una burla (o no sólo es una burla), sino el reconocimiento de que Jesús, como antes Judas el Galileo y antes aún más Ezequías, era tenido por los judíos como su rey. Rey **en potencia** respecto al territorio palestino, pero rey **en acto** en relación con el pueblo **de** Israel.

..."Mi padre juzgó, con razón, que el censo decidido por Augusto e instrumentado por Quirino, representaba una nueva vejación al pueblo judío porque, obligando a la declaración de bienes, etc., llevaba implícita la idea y la realidad del despojo y la dominación. Ante este estado de cosas, y en contra no sólo de los saduceos y los fariseos sino de los esenios y los *ebionim*, mi padre se lanzó a una lucha violenta y armada de *sicas* contra el

águila romana. Una vez que sucumbió nuestro padre, los enemigos romanos y sus cómplices idumeos empezaron a buscar a su progenie (principalmente a sus primogénitos) para deshacerse de la "mala hierba" del espíritu nacionalista judío. No querían que sucediera con nosotros lo que aconteció con nuestro padre: que, pudiendo escapar de la persecución de los enemigos siendo niño, sustituyó en la lucha, al ser ya mayor, a mi abuelo Ezequías"...

La historia nos cuenta, en efecto, que los diversos estratos cívico-religiosos en que se hallaba dividida la sociedad palestina de los inicios de la era cristiana, mantenían relaciones diversas con el poder. Los saduceos, en términos generales, eran o acabaron por ser colaboracionistas. Su máximo enemigo era el desasosiego. Su valor fundamental, la comodidad. Su deseo inextinguible, que se les permitiera divagar, discutir, reflexionar como siempre lo habían hecho. Los fariseos, con franca supremacía en el Sanedrín, se caracterizaban, en general, por su posición tibia y ambigua. Eran corteses y hasta serviles con los poderosos, pero: no dejaban de farfullar en voz baja contra ellos y no pocas veces veían con agrado los estallidos de rebeldía que nacían, impetuosos y coléricos, de

las oscuras entrañas del pueblo. Los verdaderos luchadores a favor de la teocracia judía eran los esenios y los zelotas. Los esenios eran francamente enemigos de los gentiles y de sus aliados; pero, conscientes de la debilidad del pueblo judío frente al imperio, optaron, la mayor parte de las veces, por una diferenciación pacífica respecto al enemigo -y también de los fariseos- y eso los llevó a un tipo de vida basado en la reclusión y el aislamiento, que resultó novedoso y original en el mundo hebraico: se refugiaron en monasterios y, alejados del mundanal ruido, se dedicaron a una vida de reflexión religiosa, depuración moral y organización fraterna. Los zelotas representaban el movimiento armado, la violencia organizada, la opción definitiva en contra del poder pagano. El creador de este partido o, por lo menos, su más activo, entusiasta y valiente promotor fue, ya lo sabemos, Judas de Gamala, conocido también con el nombre de Judas Gaulonita.

... "Aconsejada por correligionarios y familiares, decidió ocultar quién era nuestro padre. Después de darle muchas vueltas, decidió buscar a alguien que fuese de su confianza y que, coincidiendo con nuestros ideales y comprendiendo nuestro infortunio, aceptara hacerse pasar por su cónyuge y nuestro progenitor un mozo al servicio

de nuestra familia, de nombre José y de oficio carpintero, aceptó jugar el papel de nuestro padre y lo hizo con el cariño, la abnegación y el entusiasmo de un patriarca compenetrado con los valores del judaísmo y los principios de una familia zelota como la nuestra. Este es el momento en que, con nuestra madre y con nuestro "padre" José, los galos huimos a Egipto ante el peligro de que se victimara a 'los inocentes'.".

Capítulo X

Que es una continuación del anterior

El Taoma me explicó reiterativamente que la historia de la huida a Egipto de padre, madre e hijos se ha convertido, desfigurada, en leyenda: José no fue ni el padre de Jesús (o de los mellizos) ni descendiente de David. Aún más, los celos y el enojo que mostró en un momento no coincidieron con el embarazo de María sino se debieron a que, en cierto momento, alimentó el deseo de no sólo ser esposo formal sino real de ella... y según Judas Tomás, fue severamente puesto en su lugar y no volvió a tener nunca pretensiones similares.

"A pesar de ser *taomim*, como Jesús nació unos minutos antes que yo, o como tuvo antes que mi personita un amor a primer olfato con la atmósfera, fue considerado el primogénito, esto es, el heredero de la casa de David, lo cual, durante mucho tiempo, despertó mi envidia. Mi madre, *José*, mi tía Isabel -la madre del Bautista- y muchos otros familiares y amigos gustaban de recordar, como un antecedente o a lo mejor como un anuncio de lo acontecido con nosotros, que Rebeca, la mujer del patriarca Isaac, fue también madre de los dos

gemelos (Israel y Edom) que debían ser el origen y el arranque de dos pueblos: los israelitas y los idumeos".

Tomás se quedaba pensativo a veces. La niñez se le revolvía en las entrañas Y le impedía continuar. Luego volvía a verme, recordaba su decisión de relatarme algunos acontecimientos de su vida y, con algún esfuerzo, proseguía:

... "Fuimos educados juntos. A jai madre le gustaba vestirnos igual, peinarnos del mismo modo y hasta ofrecernos idénticos alimentos: éramos como dos gotas de agua o como un espejo y su reflejo. Si Jesús no parecía preocuparse de todo esto, yo, en cambio, rechazaba, indignado y colérico, esa identificación. Quería conquistar mi personalidad y huir de la indistinción. Pugnaba por abandonar el nosotros y recuperar mi yo"

Judas Tomás soñaba, por lo visto, en el movimiento inverso a Simón el Mago quien, en su gramática gnóstica y metafísica se ilusionaba en suprimir las categorías del **yo**, el **tú** y del **él** para transformarse en **nosotros**.

"Como Ieshua era confiado y crédulo, yo me hice reflexivo y escéptico. Como Ieshua se inclinaba por el bien y la dulzura, yo opté por el rencor y la agresividad. Él era desprendido y generoso y yo díscolo y posesivo. Mi madre y mi "padre" José decían que habíamos resucitado el conflicto cainita".

El carácter universal de la lucha fratricida -entre Caín y su hermano- aparece y reaparece en la historia y literatura de siempre. Un autor moderno nos entrega, verbigracia, el siguiente texto que resulta ilustrativo: "Como perro sabueso, detrás de unos pies en polvorosa, Caín corría en pos de Abel. Éste huía despavorido, sabiendo que su propia agonía le pisaba los talones. Arribaron finalmente a la ciudad. La persecución prosiguió. El persecutor y el perseguido llegaron por último al callejón sin salida. Pasaron lista a su resuello.

"Abel divisó el muro, advirtió los estertores del camino, palpó la claudicación del porvenir. Se

detuvo. Giró sobre sus pasos. Y aguardó la llegada puntual del infortunio. Un ave de rapiña, allá en el cielo, se dedicó a exhibir las formas todas que luce la impaciencia.

"Cain, blandiendo el arma, clavó los ojos en su víctima, en su pecado mortal. Hojeó las vivencias de su hermano. Descifró el jeroglífico del miedo en las provincias del aullido. Sufrió un transplante, entonces, de cerebro. Vivió el terror de una sentencia a muerte, de un brazo con el pulso marchito. Titubeó entonces. Y dejó caer la quijada de burro.

"Abel miró a su hermano. Creyó ver la mirada de siempre: la vista sanguinaria y fratricida del enemigo de su oxígeno. Tomó por los cuernos la mirada, el parpadeo del odio. Lágrimas que eran un verdadero compendio del rechinar de dientes. Y levantó del polvo la quijada del asno.

"Qué cambio de papeles: de un lado, la iracundia cambiándose de cuarto, cuitada en compasión, remordimiento. Del otro, la ternura mutada en pie de cólera, gatillo de la rabia. Qué trueque de contrarios. Qué forma de engendrar la tesis y la antítesis su síntesis de sangre".

Alguien podría preguntarse si, de la misma manera que a lo largo de la magna obra de Cervantes somos testigos de una paulatina sanchización de Don Quijote y de una gradual qui jotización de Sancho, en todos los casos en que Cain convive con Abel no hay una cainización de Abel y una abelización de Cain, y, de ser ello cierto, tendríamos que preguntarnos si hubo una cristización de Tomás y una tomización de Cristo

Pero la verdad sea dicha. Si Tomás acabó siendo arrastrado por las prédicas, los ejemplos y el carisma de su excepcional hermano, Jesús se mantuvo siempre, o casi, en su posición y no recibió la menor influencia de la manera errónea y ambigua de ser, de pensar y de actuar de su gemelo.

"Por otra parte, debo aclarar que al madre y los demás me cuidaban con esmero y exagerado tremor, pensando que si algo le pasaba a *Ieshua*, si lo apresaban o, inclusive, si lo vicia n, yo podría reemplazarlo como Mesías. Este pensamiento se velo reforzado por el hecho de que Él era el primogénito sólo por unos minutos, también por la gran semejanza que manteníamos entre ambos y finalmente porque yo, cuando fui cediendo poco a poco

al encanto y la sabiduría de *Ieshua*, empecé a hablar bien y pensar mejor y a encarnar la promesa de un profeta, un apóstol o un misionero".

"Algunos creen que al hermano estuvo, durante su juventud, en Egipto e, incluso, en el Oriente, y que allí, en las cofradías judías de la diáspora, aprendió el Pentateuco y los otros libros sagrados, y en los centros herméticos y taumatúrgicos los principios curativos hipocráticos y tradicionales y la gnosis de las ciencias ocultas. No. Definitivamente no. Mi hermano convivió fundamentalmente con los esenios y con ellos aprendió todo lo que sabía y algo más emanado de su propio genio creativo. Mucho hay que decir de Irán, Engadí y otros lugares de reunión de los esenios porque el Bautista, *Ieshua*, Judas Iscariote y el mismo Cefas -que sabía blandir la espada y no sólo la sica cuando era menester, pasaron por sus enseñanzas, su forma de vida, su deslinde del judaísmo corrompido y se instalaron en el sano espíritu de rebeldía que, enclaustrado en una concepción conventual, separatista, contemplativa y depuradora, necesitaba el impulso de gentes como mi padre que consideraba el cruzarse de brazos como una herejía y la pasividad como una afrenta a Jehová".

Algunos historiadores sostienen la hipótesis de que hubo una estrecha relación entre Jesús y los

egipcios -esencialmente los de Alejandría, esa **tierra de nadie** en lo que a las creencias se refiere o, si se prefiere, esa **provincia del eclecticismo**, si se nos permite decirlo así, en donde convivían, codo con codo y prejuicio con prejuicio, la gentilidad, el cristianismo, la filosofía helenístico-romana, las cofradías barbelognósticas y sus prácticas escandalosas -espiadas por San Epifanio- en donde sexo, cohabitación y una eucaristía basada en la ingerencia del esperma y hasta la fetofagia, constituían la perversión nuestra de cada día, aunque **no, desde luego, con el sentido** que le atribuían Filón de Alejandría, Clemente y, desde luego, los papas horrorizados por los avances de Lucifer en el terreno de una sexualidad -libido con corona de espinas- que a gritos se rebelaba a continuar hallándose recluida en las mazmorras del ocultamiento, la prohibición y la hipocresía. Algunos han supuesto -lo que día a día a sido corroborado- que hubo una relación estrecha entre los esenios y los egipcios, esos alejandrinos en que Ascolapio, Hipócrates y el gran Galeno poco a poco fueron ganando terreno o que la ciencia médica rompía con los curanderos que escudriñaban las entrañas de los animales y el vuelo de los pájaros sin hallar en ello más que el desmenuzamiento maloliente de un prejuicio o las formas aéreas de una superstición; pero en que imperceptiblemente se procesaba el mensaje idóneo

para una **sugestión** del paciente que -oh inolvidable Mesmer- operaba en el sentido de la "curación por si mismo", acicateada por una acción exterior, que encuentra en ella la requerida confianza benefactora y halla **en la transferencia positiva con el augur** el proceso hipno-catártico que puede conducir a la "normalidad" y al "irla pasando" sin el nudo en la garganta de las psiconeurosis más renuentes. Algunos han supuesto, en efecto, que hubo una relación real entre los alejandrinos y los esenios. Filón llama a estos últimos **terapéutas**; y ese nombre fue dado con frecuencia a los esenios, tanto por los antiguos, como por ese capitoste positivista, preclaro e imprescindible -aunque ahora ^{ya} notoriamente superado- del autor del **Origen de la historia del cristianismo primitivo** o séase el gran Ernesto Renán. Por ese jefe indiscutible de la escuela cristológica francesa que fue, para nuestras abuelitas ((persignadas, medrosas y "purificadas" a fuerza de los permanentes duchazos de agua bendita) la encarnación misma -no en vano colgó los hijos- de las mil y una formas que Mefisto, en el vals lizstiano de la existencia, supo asumir. Se sabe, por otro lado, y Bárbara Thiering lo ha venido a demostrar recientemente, que Teudas -o sea Tadeo apóstol- pasó una larga temporada entre los egipcios, adueñó de los

conocimientos esotéricos, herméticos y adivinatorios de ellos, y, más que nada, de la medicina tradicional allí imperante y, a su vuelta al monasterio de Qumrán, dio a conocer a los esenios no sólo los misterios de Hermes Trismegisto y otros secretos de la ascesis gnóstica, sino sus conocimientos terapéuticos naturales y sobrenaturales, razón esta por la cual durante tanto tiempo a los esenios se les confundía con los terapeutas y se les endilgaba dicha denominación.

..."Yo me quedé con mi madre en Galilea. Jesús había tornada de su permanencia con los esenios. Fue entonces que nos vimos en la necesidad de trasladarnos a Jerusalén con motivo de la pascua. Como se ha dicho en varias ocasiones, mi hermano se nos perdió cuando tornábamos a Galilea y, al volvernos a buscarlo, cuál no sería nuestra sorpresa -de José, de mi madre y de mi mismo- que lo hallamos en el Templo en una acalorada discusión con los doctores de la sinagoga quienes quedaron verdaderamente sorprendidos no sólo del dominio o de mi gemelo de las sagradas escrituras, sino de la elocuencia, el ingenio y la sabiduría que demostraba. Sí se pudiera decir así, mi hermano era un especialista en las artimañas piadosas, las argucias argumentales con olor a santidad, los silogismos que se fraguaban entre el pecho y la

espalda de lo sublime. Me atrevería a decir, aunque tal vez, Cerinto, me juzgues parcial y un tanto enloquecido y desquiciado, que ni hermano usaba en la discusión la dialéctica que emplearla el Espíritu Santo si se dignara a discutir con los simples mortales"...

"Tomás, tú mencionas sólo a tu verdadero padre -Judas el Galileo- y a tu padre adoptivo -José el carpintero. Mero yo te he oído hablar de que Jesús tuvo varios hermanos, por ejemplo, Santiago el menor, conocido también con los nombres de Jacobo o de Jaime ¿es esto cierto?", le pregunté entonces. Y él me respondió: "Se me ha olvidado decirte que mi madre, de manera un tanto secreta, contrajo nupcias con un fariseo convertido en judeocristiano: Zebedeo. El matrimonio fue oculto por lo que tú ya sabes: porque hacerlo público, ante las autoridades judías y, más que nada, frente a las romanas, era denunciar que el matrimonio del buen Pedro y de mi madre era falso y que los hijos de tal pareja eran hijos de otro `padre... Santiago, Juan -el discípulo amado de mí hermano- y varios más son 'pues medios hermanos nuestros o, lo que es igual, hermanos sólo de madre, ya que si nuestro padre fue el gran Judas Gaulonita, el de ellos fue el pescador Zebedeo..."

..."Cada día que pasaba peligraba más nuestra seguridad. La amenaza parecía una persona más de la familia. Como yo, con mí sobrino Judas Iscariote, hijo de Cefas, me hice zelota para seguir los pasos nobles y reivindicativos de mi padre, y se empezó a rumorear en contra mía, Jesús, mi madre y Pedro -el viejo José, a decir verdad, no tenía ni voz ni voto en nuestras decisiones familiares- urdieron una estratagema para salvar el cerco herodiano en torno a Galilea: me vendieron como esclavo a una buenas personas que estaban al tanto, y habían accedido a ello, de que alguien fuera de Palestina me volvería a cobrar. Y así fue. Por eso estuve mucho tiempo alejado de Ieshua y mis otros seres queridos"...

*Todo lo que narra Tomás en el **Diario** de Cerinto es relatado puntualmente, en efecto, en el **Evangelio de Bartolomé**. Los estudiosos del cristianismo primitivo habían puesto en duda, y lo continúan haciendo, la mayor parte de este evangelio apócrifo -lo mismo la clara alusión a que Tomás era el sosia de Jesús, como la anécdota de la "venta liberadora" del Taoma por parte de Jesús y Simón (Cefas)- porque data del siglo V D.C. y todo en él, puede haber sido inventado, tergiversado, invertido. Pero el **Diario de un filósofo gnóstico**, que es un texto sumamente primitivo y, aunque oculto a los*

ojos profanos y encerrado bajo las siete llaves del esoterismo más estricto, de una autenticidad indiscutible como lo probará la posteridad, coincide punto por punto, en los hechos de referencia, con el Evangelio de Bartolomé

*..."A todo, mis diferencias con Jesús se fueron limando. ¿Qué pueden el rencor y la envidia contra un Amor que no desconoce las provincias del respeto y de la comprensión? Ieshua me ganó con su generosidad y su dulzura. Pero también porque cumplía a la perfección el papel histórico, mesiánico, que se le tenía. Yo no sé, ni lo afirmo, ni lo niego, si hizo milagros, si estaba en su mano pastorear a los vientos, jalarle la rienda a los huracanes o hacer que el sol se desviara por unos cuantos milímetros milagrosos de su itinerario forzoso. Pero me consta que muchos creían sin el menor asomo de la duda en sus prodigios. No sé si fue el más grande profeta de nuestro pueblo, elegido e, incluso, como se cree por ahí, que fue el hijo de Dios o, como ustedes, los filósofos gnósticos insisten "un eón del supremo Verbo. No lo sé, mi estimado Cerinto. Pero si he visto cómo la creencia en su carácter sobrenatural y en la maravilla de su resurrección ha ayudado a que nuestra *nueva buena sea acertada con fruición por cada vez más personas*".*

Me rellanó entonces Judas Tomás los pormenores angustiosos y terribles del juicio, la crucifixión y la muerte de su gemelo y, colocado ya en el carril de la sinceridad locuaz en que habla decidido ubicarse, no se mordió d la lengua para soltarme lo más sorprendente: que la pretendida resurrección de su hermano era una superchería.

"Las mujeres llevaron el cuerpo a Bétel. Y yo corrí a reunirme con ellas. Ararías Magdalena nos hizo jurar que a nadie diríamos lo que acabábamos de hacer. Y yo me comprometí a ello. Ahora, sin embargo, he cometido, venerado filósofo, una enorme Indiscreción y te he revelado todo. Por lo que más quieras, júrame, como yo lo hice con las mujeres en Judea, que no vas a revelar nunca, ni bajo ninguna condición o amenaza, lo que has escuchado. Júramelo, por favor"...

No sé, debo confesarlo ante mi conciencia, si estoy en lo correcto y si actué acertadamente. Pero, ante el requerimiento de Tomás, accedí a hacer tal juramento. Y nunca he de revelar, salvo en este Diario, un secreto de tal magnitud.

Capitulo XI

Algo más sobre el Diario de Cerinto y sobre la muerte del filósofo.

En las páginas del **Diario** que vienen a continuación, Tomás empieza a hablar de Marta, la hermana de María Magdalena. La describe como una mujer bella -los hermanos de los ángeles siempre pre lo son-, aunque más maciza, más fuerte, más carnal que Maria. Ambas hermanas, pese a las diferencias, se parecían físicamente y en ocasiones ciertas personas, ayudadas por las pinceladas oscuras de la tarde o por los brochazos caliginosos de la noche, solían confundirlas. Tomás cuenta que Simón Cefas, que había enviudado y que era el padre de Judas Iscariote, se enamoró perdidamente, durante la época inicial de la misión del Maestro, de la hermana de María. Al principio ella, entregada por igual a la devoción y a los trabajos cotidianos del hogar, no quiso responderle. Lo consideraba muy grande, además de tosco y demasiado serio. Pero él era terco y audaz. Una vez que se proponía algo, lo llevaba a sus últimas consecuencias, y estaba dispuesto a poner en juego todas las aptitudes de su psique y todas las facultades de su personalidad para adueñarse del espléndido blanco entrevisto a través de la mira de su deseo.

Insistió, pues, una vez y otra. Rogó. Se rebajé hasta niveles en que el orgullo sufre graves raspaduras y en que los ojos embadurnados de lágrimas dejan salir a escena al niño autoritario y chantajista que exige su juguete. Finalmente tuvo buen éxito, y el noviazgo de la hermana de Maria y de Cefas hubiera terminado en enlace formal de no ser por la traición perpetrada por Judas, el hijo de Simón Cefas, y que, tras de costarle la vida a Jesucristo, hizo que Marta rechazase al padre del traidor, a pesar de quien era y de la actitud amorosa que en todo momento conservó respecto al Maestro.

Tomás narró todo esto a Cerinto diez años después de haber fallecido su hermano gemelo. La razón por la cual trajo a colación a Marta en su plática es porque deseaba poner al tanto al filósofo gnóstico que, poco antes de la conversación que estaban teniendo, él también se había enamorado de Marta, ella de él y ambos, siendo pareja, participaban en la actualidad de idénticas ideas y aspiraciones. Tomás relató asimismo, o dejó mejor entrever, qué los llevó a ambos a aproximarse uno al otro y después a unirse amorosamente. Ella lo vio con simpatía porque, independientemente de la manera de ser de él, no podía dejar de ver en Tomás una réplica **humana** de su Señor. Él porque (aunque

en un proceso de acercamiento y hasta de identificación con su divino gemelo, se sintió atraído inicialmente por Marta Magdalena -y no dejó de tener esa confianza consigo mismo), comprendió que Maria nunca lo podría haber aceptado, y ni siquiera le habría permitido acceder a los aledaños de su corazón. Consciente, pues, de todo lo dicho, volvió los ojos a Marta, la encontró de su gusto, se entusiasmó con su espíritu diligente y bondadoso, se enamoró de ella y, como dijimos, fue correspondido con entusiasmo por la hermana de Maria.

Varias son las etapas de mi vida, querido Cerinto. De joven, y sobre todo de niño, mi impulso fundamental estaba orientado a diferenciarme, como ya te dije, de mi extraordinario hermano. La etapa de mi exilio, después de que se me "vendió" como esclavo, y que abarcó mucho tiempo, me sirvió para meditar en quién era mi hermano y quién era yo, en qué consistía el evangelio que salía de su boca y de sus actos y en qué actitud debería yo mantener frente a esa prédica excepcional y esa moral humana tan esperanzadora. El siguiente periodo de mi vida corresponde a mi regreso a Palestina en general y a Judea en particular y a mi transformación gradual, pero firme, en seguidor, confidente y

partidario de Jesús hasta formar parte del grupo de los doce apóstoles que, tributándole pletesia, seguía continuamente a mi hermano. Tras la muerte de Jesús, yo me he sentido, ignoro por qué, pero probablemente ha de influir en ello el que fuimos taomim, cada vez más identificado con mi hermano, sin desconocer, claro está, las enormes diferencias que hay entre Él y tu humilde servidor.

Tomás pasó enseguida a relatar a Corinto los motivos que tuvo Judas Iscariote para denunciar a Jesús, y que hablan llegado a su conocimiento porque Marta, que los conocía a la perfección por Simón Cetas, se los habla contado en varias ocasiones.. Pero eso es harina de otro costal.

A los pocos días murió Cerinto. Y murió en ese olor ambiguo a santidad con que fallece un hereje que fue siempre fiel a sus ideas. Es dudoso que, de haber vivido más tiempo, hubiera sabido y aun querido guardar el secreto. Pero la muerte no sólo le cerró los ojos, sino le selló los labios. Y el secreto, incontrolado ya, fue pasando, a partir del círculo al que pertenecía Cerinto, y a manera de estafeta clandestina, por una serie de comunidades heréticas que en su inicio podían ser identificadas como gnósticas, pero que mucho después se redefinirían como cataras, valdenses o templarias.

Capítulo XII

Que recoge la extraña historia de Judas Iscariote acompañada de ciertas circunstancias históricas memorables aunque desconocidas.

Sarah, la mujer de José de Arimatea, tuvo de pronto escasez de leche. Se diría que sus senos - botón de muestra de que la perfección puede darse por partida doble- había nacido más para el amor y las manos que para la maternidad y la boca. Los labios del bebé succionaban y succionaban persiguiendo a la blancura tibia hasta sus últimos escondrijos, pero el grifo de sus ensueños infantiles sufrió no sabemos qué avería y empezó a ministrar su ambrosía a cuentagotas.

-Este niño necesita una nodriza -dijo el padre. Y Sarah, apenada, refunfuñando un poco, pero convencida de tal necesidad, sugirió que Esther, la consorte de Judas Iscariote, seguramente estaría dispuesta a dar del pecho a su bebé ya que, como era bien sabido por todas las mujeres de la fraternidad, después de haber dado a luz al pequeño Simeón, se habla manifestado como poseedora de un manantial inagotable del alimento con que se inicia el menú de la existencia. La decisión de José y de Sarah resultó beneficiosa en grado extremo para su hijo. Una leche de buena calidad y abundante

empezó a regar de manera satisfactoria y constantemente renovada la maravillosa planta del organismo en ciernes. Pero tal decisión fue más que nada una verdadera bendición para el hermano de leche del hijo de José y de Sarah, esto, es, para el pequeño Simeón Judas, por las razones, verdaderamente trágicas, que pasamos puntualmente a relatar.

En muchas ocasiones se ha puesto de relieve que el Evangelio de **Mateo** y los **Hechos** de Lucas nos dan dos versiones distintas de la muerte de Judas. Mateo nos dice, en efecto, que "Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que (Jesús) era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú! Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó. Los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre. Y después de consultar, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual aquel campo se llama hasta el día de hoy: campo de sangre (27, 3-8) En **Hechos**, en cambio, Pedro se yergue en medio de los discípulos, y declara: -"**Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la**

escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue gula de los que prendieron a Jesús, y era con todo con nosotros, y tenía parte en este ministerio. Éste, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, Acéldama, que quiere decir, Campo de sangre" (1, 16-19).

En las dos versiones se destacan algunas similitudes, pero también aparecen hondas diferencias. Empecemos por las analogías. Judas Iscaeriot es, para ambos textos, el que ha entregado o traicionado a Jesucristo. Lo ha hecho a cambio "de las treinta piezas de plata" o "del salario de la iniquidad". Esas treinta monedas (o denarios) sirvieron para adquirir un campo que se llama campo de sangre. Una vez mencionadas las similitudes, saltan a la vista las desemejanzas. En **Mateo**, Judas se arrepiente ("Yo he pecado entregando sangre inocente"). Devuelve arrepentido el dinero (que se le ha pagado por su traición) a los sacerdotes y ancianos. Arroja al templo las monedas. Y (supuestamente invadido por la culpabilidad) se ahorca. En **Mateo** se habla también de la reacción indiferente de aquéllos ante el remordimiento de Judas. Y se precisa que ellos no creen lícito guardar

unas monedas que eran "precio de sangre" en el "tesoro de las ofrendas" (o de las limosnas) y deciden emplear ese dinero en la compra del campo del alfarero, destinado a servir de camposanto para los extranjeros. En **Hechos** no se habla para nada de contrición. Ni de que Judas decide retornar el dinero. Ni que, sintiéndose en extremo culpable, procede a ahorcarse. En este libro se nos dice que Judas, tras de la traición, y con las piezas de plata obtenidas por su perfidia, compra un campo (llamado Acéldama) y, tras de ello, cae de cabeza, reventándose por la mitad y derramando sus entrañas. Al poner de relieve las disimilitudes que aparecen en dos libros canónicos que forman parte del Nuevo Testamento, no nos interesa por ahora hacer énfasis en las contradicciones que sin pudor saltan a la vista al cotejar un texto con el otro -como ocurre en muchos otros pasajes de los **Evangelios**, los **Hechos** y las **Epístolas-**, sino que hemos hecho tal cosa para poner de relieve que el carácter, la conducta y la "moralidad" de Judas, aun siendo en ambos textos un traidor, difiere ostensiblemente en la versión que nos da Mateo que en la que nos ofrece Lucas: La tradición se ha inspirado más en los **Hechos** que en **Mateo**. Judas, a partir de esta lectura, no sólo es un delator, sino la encarnación misma de la felonía y el símbolo de la traición. Poco a poco, Judas, a quien Mateo rechaza

y anatematiza, pero arroja una cierta mirada de conmisericordia, se ve transformado en la mentalidad del cristianismo primitivo en un instrumento del demonio y sus ardidés de azufre, en la personificación del mal, en la malignidad pura, acendrada y sin restricciones. A esta idea ayudó enormemente el cuarto Evangelio, en que podemos leer lo siguiente: *"Dijo entonces Jesús a los doce: **¿Queréis acaso iros también vosotros? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabra de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Jesús les respondió: "¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón, porque éste era el que le iba a entregar, y era uno de los doce"** (7, 67-71).* Y en otro pasaje, Juan hace ver que Jesús, que ha estado conversando con Tomás, Felipe, Judas (no el Iscariote) interrumpe su plática y dice: **"No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el Príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí"** (14-30). Deja de hablar, entonces, porque se acerca Judas Iscariote, el traidor potencial, el diablo, el príncipe de este mundo (que es el nombre habitualmente dado a Satanás). La satanización de Judas comienza, pues, en el **Cuarto Evangelio** en **Los Hechos de los apóstoles** y en el **Evangelio de Lucas** donde puede leerse: *"Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era*

uno del número de los doce (22-3,), es retomada por las figuras más relevantes de la patrística y acaba de tal modo de convertirse en el símbolo de la delación y el engaño que en la parte final del "Infierno" de su **Comedia**, Dante describe de esta guisa a Lucifer: "**¡Ah!** ¿Cuánto asombro me causó, al ver que su cabeza tenía tres rostros! Uno por delante que era de color bermejo: los otros dos se unían a éste sobre el medio los hombros, y se juntaban por detrás en lo alto de la coronilla, siendo el de la derecha entre blanco y amarillo, según me pareció; el de la izquierda tenía el aspecto de los oriundos del valle del Nilo. Debajo de cada rostro sanan dos grandes alas, proporcionadas a la magnitud de tal pájaro; y no he visto jamás velas de buque comparables a ellas: no tenían plumas, pues eran por el estilo de las del murciélago; y se agitaban de manera que producían tres vientos, con los cuales se helaba todo el Cocito. Con seis ojos lloraba Lucifer, y por las tres barbas corrían sus lágrimas, mezcladas de baba sanguinolenta. Con los dientes de cada boca, a modo de agramadera, trituraba un pecador, de suerte que hacía tres desgraciados a un tiempo. Los mordiscos que sufría el de adelante no eran nada en comparación de los rasguños que le causaban las garras de Lucifer, dejándole a veces las espaldas enteramente desolladas"²⁴.

²⁴ Traducción de la edición de la **Divina Comedia** editada por la UNAM en 1921.

Los tres pecadores condena^dos a sufrir mordidas y zarpazos son Judas, Bruto y Casio. Pero:

"Quell' anima lassú, c' ha maggior pena
disse `l maestro, e Giuda Scariotto,
che `l capo ha dentro, e fuor le gambe mena"²⁵.

Es posible, sin embargo, hacernos una idea distinta de **Giuda Scariato**, y huir de la satanización con que la ortodoxia y el canon lo ha rodeado y maldecido, si partimos del Evangelio de Plateo. Según éste, en efecto, Judas delató a Jesucristo y recibió a cambio de ello treinta piezas de plata. Pero pronto se arrepintió, ante los rabinos, de haber entregado sangre inocente, devolvió el dinero y se suicidó. En esta versión de su muerte (que, al parecer, es anterior a la dada por los **Hechos**), Judas no, encarna la maldad absoluta, pura y simple. No acoge en su cuerpo al "Príncipe del mundo", ni es el instrumento de una vesania sin límites. Más bien es un hombre que ha cometido la falta imperdonable de entregar a Cristo y traicionar a sus camaradas. Pero que, tras ello, tiene la valentía de reprocharse a sí mismo su conducta y hacerlo de verdad y sin hipocresías como lo muestran la devolución de los denarios impuros y, más que nada, el acto de

²⁵ "El alma que está sufriendo la mayor pena allá arriba -dijo el Maestro- es la de Judas Iscariote, que tiene la cabeza dentro de la boca Pie Lucifer) y agita fuera de ella las piernas' (Traducción ^{de} La edición de la UNAM).

ahorcarse. Este suicidio, en el caso de haber tenido lugar, es altamente significativo: Judas da fina su vida porque no soporta seguir siendo quien es, porque quiere hacer desaparecer definitivamente a quien inflingió tanto mal a su Maestro y porque no admite que siga con vida el individuo a quien Jesús entregó su confianza y que, en cambio de ello, le pagó con la traición. No se trata, pues, de un ente insensible que peca, destruye o aplasta sin arrepentirse o sin sufrir de remordimientos, sino de alguien que, a continuación de su fechoría, no se tolera a si mismo, siente que el dinero de la traición le quema los dedos y decide aniquilar, en él y con él, la encarnación de la ignominia. Es, pues, un hombre pecador. Ni más ni menos. Un hombre que... Pero vayamos más al fondo y analicemos otros aspectos de la conducta de este hombre.

Hay algo que resulta evidente: no todos los discípulos de Cristo le creyeron en vida Hilo de Dios. Pedro, Juan y Santiago fueron poco a poco ganados por esta convicción. No así Judas Iscariote. Si Judas hubiera accedido al convencimiento o a la fe de que el Maestro no sólo era un profeta, sino el Mesías -entendiendo por Mesías tanto el Hijo del Hombre como el Hijo de Dios- no habría podido delatarlo. Nadie podría traicionar a Dios

a sabiendas. Quizás se podría argüir que Judas, creyendo traicionar a un hombre -aunque un hombre elevado a la dignidad de profeta-, traicionaba a Dios. Pero, aun suponiendo tal cosa, Como Judas no creía que Jesucristo fuera la segunda persona de la trinidad -para decirlo con un lenguaje canónico posterior-, no es responsable moralmente del sacrificio del Cordero de Dios. La moral de las intenciones lo ubica, si, del lado de los traidores a sus semejantes, pero no de un individuo que hubiera realizado perfidia contra el Dios hecho hombre. Judas, además, no era el habitáculo permanente del demonio. El diablo no se arrepiente del mal que ha hecho. La idea de un demonio que, tras de pecar o hacer pecar, se arrepintiera -no sólo que tuviera remordimientos, sino que literalmente se arrepintiera- es contradictoria en si misma porque nos presentaría al Príncipe de las Tinieblas como teniendo devaneos con la bondad o como haciendo concesiones al cielo. Judas Iscariote no es un instrumento del Diablo -o no lo fue en todo momento- porque al arrepentirse, dejó testimonio, en la cuerda que oscilaba con su cuerpo inanimado, de su repudio al mal cometido. Más que instrumento del Maligno parecería serlo de la Divina Providencia, porque, en efecto, en el plan cosmológico e histórico representado por la creación del mundo, la rebelión de los Angeles, la creación de los primeros hombres, el surgimiento del pecado original y la redención del hombre en y por la muerte y crucifixión de Cristo, la traición de Judas es

un eslabón indispensable: sin él la cadena providencial se hallaría averiada y el proyecto mirífico de la Divinidad sufriría un percance inconcebible. Alguien podría pensar que Judas fue simultáneamente instrumento de Lucifer (para llevar, con su delación, a Cristo al sacrificio); e instrumento de Dios (para realizar el prodigioso plan de la Divina Providencia). Pero esta manera de ver las cosas, además de basarse en la paradójica suposición de la colaboración de Dios y del Demonio en la caída y en la recuperación del hombre, atenta, al parecer, contra la idea del libre albedrío de Judas, porque, seamos sinceros, si Luzbel arrastra a este último a una traición excepcional, y si la Divinidad cuenta con esa felonía sin nombre para que se realice el plan providencial emanado de su inefable designio, al libre arbitrio de Judas le queda un radio de acción extraordinariamente precario, si es que, a decir verdad, algo le queda. Ciertamente podemos suponer que cuando Judas, con su delación, servía inconscientemente al propósito demoníaco de perjudicar al Mesías y a la intención suprema de realizar sin tropiezos el proyecto divino de la redención (que abarcaba la muerte, la resurrección y la parusía), optó por algo, puso en juego su libertad y resulta responsable de su conducta. Pero no es el culpable de culpables o el lugarteniente del infinito, sino, de

manera más humilde, y aunque la víctima de su beso agusanado haya sido el Dios hecho hombre, el delator de un semejante; y aunque la entrega de Jesús constituya un episodio necesario de la obra histórica del Hacedor del Mundo, el traidor de su Maestro.

Capítulo XIII

En que, con nuevas reflexiones, se continúa lo tratado en el capítulo precedente.

Judas Iscariote era el tesorero del grupo. Cuidaba las monedas que entraban al erario apostólico como un cancerbero. Diligente, minucioso y ahorrativo, se preocupaba también de los gastos y del destino del dinero. Recordemos una famosa escena, a la que hemos aludido ya, donde se devela con claridad meridiana la actitud de Judas al respecto y el modo en que Jesucristo reaccionó ante las palabras del Iscariote. San Juan, en el cuarto Evangelio, nos dice: "Entonces Maria tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjuagó con sus cabellos, y la casa se llenó del olor del perfume. Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote hijo de Simón, el que le había de entregar: *'¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?'*. Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella. Entonces Jesús dijo: **'Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, mas a mi no siempre me tendréis'**. En Mateos y en Marcos aparece el

mismo episodio ocurrido en Betania; pero con una diferencia importante. En Marcos leemos, por ejemplo: "Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: '*¿Para que se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella. Pero Jesús dijo: 'Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mi no siempre me tendréis. Ésta ha hecho lo que podía, porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura'*'.". La diferencia que presentan Marcos y Mateo respecto a Juan es, como puede verse, la siguiente: en tanto que para el último, Judas, el hijo de Simón, es quien critica a Maria de desperdiciar el perfume en lugar de venderlo y donarlo: conseguido con la venta a los pobres, para los otros son algunos de los discípulos los que "se enojaron dentro de sí" por la misma razón. Para Juan, entonces, ya no son "ciertos discípulos", dicho con indeterminación y vaguedad, quienes protestan por el perfumado dispendio de la hermana de Marta, sino que es el mismísimo Judas. Lo cual es probable que corresponda a la realidad histórica porque, de no ser así, carecería de sentido que, en el episodio de marras, el autor del cuarto Evangelio -tan enemigo de Judas- destacara de los

discípulos nada menos que al Iscariote para llevarlo a decir **lo que dice**. Probablemente Juan le hace jugar a Judas este papel protagónico en la escena del perfume, porque fue testigo ocular de que así ocurrieron las cosas o -si es que el redactor del cuarto Evangelio no es Juan apóstol- porque a dicho autor le llegó tal noticia a través de alguno de los discípulos directos de Cristo. Sea lo que fuere, la protesta de Judas Iscariote en el Evangelio de Juan está lejos de ser superflua o disparatada, sino que es un reclamo que conlleva una legítima **preocupación económica** en contra del dispendio y una sensata **preocupación moral** a favor de una mayor acción caritativa con los indigentes. Consciente Juan de la valía y la pertinencia de las palabras de Judas contra la actitud (que podría calificarse de superficial y hasta de frívola) de María Magdalena, pasa inmediatamente a descalificar a Judas ("dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella") para que el lector no vaya a cometer el yerro de considerar como dignas de atención las palabras de Judas y de dudar, por ende, de la pertinencia de la respuesta de Jesús. Juan trata entonces a Judas, en este pasaje, no sólo como "el que había de entregar" a Cristo, sino como falaz y ladrón. Judas, tan falso como hipócrita, estaría criticando el despilfarro y

el erróneo encauzamiento del dinero, no para beneficiar a los pobres y santificar a la comunidad apostólica, sino para seguir robando, porque Judas, invadido por el diablo, no sólo era un delator en potencia, sino un individuo falsario y estafador. Sin embargo, si tomamos en cuenta que en ningún otro sitio de los Evangelios se habla de que Judas, en su función de tesorero de la comunidad, haya cometido sustracciones ilícitas, parece ser que el pasaje anterior fue intercalado por el autor del cuarto Evangelio con el único propósito de desacreditar las expresiones del Iscariote con el desacreditamiento de la persona. resulta importante, por otro lado, subrayar que Jesús no le responde a Judas como lo hubiera hecho con un mero ladrón que oculta sus oscuras intenciones en un reclamo justo, sino como a alguien que, a diferencia de María, no toma en cuenta la efímera presencia de quien tiene Las horas contadas. La frase de Judas es, a decir verdad, y desde el punto de vista cristiano, moralmente irreprochable. Quizás lo que explica la defensa que hace Jesús de la conducta de María en contra de la protesta de Judas -coreada a lo mejor por algunos otros de los discípulos- es la presencia en su psique de dos vivencias destacadas con nitidez: una notoria preferencia por "su" María Magdalena y un progresivo sentimiento reticente y desconfiado

respecto a Judas. Tal vez a ello se deba su actitud comprensiva y entusiasta por las muestras de veneración de su discípula y la incomprensión del reproche, tan pertinente como caritativo, de Judas. Es posible suponer que si el reparo hubiera salido de labios de otro apóstol -de Juan por ejemplo- muy otra habría sido la reacción de Jesús. No es difícil imaginar que si la observación "*¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?*" hubiera sido pronunciada por el discípulo amado, Jesús habría respondido algo como: **"Tenéis razón, no hay mejor manera de amar a Dios que servir al prójimo. Pero debemos comprender a María porque ella se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura"**. Decíamos con anterioridad que la frase de Judas es moralmente irreprochable. Y ahora deseamos añadir que, aunque sea pronunciada por alguien que va a convertirse en traidor, sigue siendo válida. La validez de un principio no reside en la calidad moral de quien lo enuncia o propone, sino en el contenido intrínseco que lo conforma. Su valía no queda quebrantada por ningún comportamiento negativo que haya tenido lugar en el pasado ni por ningún otro que vaya a realizarse en el futuro. Para una mentalidad actual -con inclusión de lo cristianos modernos- Judas, en el pasaje mencionado, se

pronunció de manera más clara, más justa, más caritativa, que el mismo Jesucristo.

Capitulo XIV

Donde se da cuenta y razón de la forma en que verdaderamente vivió y murió Judas Iscariote, a partir de las palabras de "Abisag, la camellera".

Los nudillos tocaron la puerta como queriendo derribarla. Unos pasos tan firmes como decididos no se hicieron esperar. Y pronto apareció en el umbral la figura tosca y desgarrada de Judas Iscariote. Rápidamente, tres de los discípulos del Señor lo tomaron de los hombros y le sujetaron los brazos. A todos llamó la atención la actitud del hijo de Simón Cetas. Esperaba¹ que ofreciera resistencia o que intentase huir. Pero no hubo el menor signo de que pretendiera hacer una cosa o la otra. En su rostro predominaba la serenidad, algo así como si la tormenta facial tenida hace poco -un rostro en verdad desencajado- se hubiera resuelto en un remanso de facciones. Los discípulos no lo tuvieron que empujar. É se dejó conducir. En el "campo de sangre" que hablan adquirido los rabinos con las treinta monedas o siclos de plata que

devolviera Judas, lo colgaron de un árbol y, ya agonizando, le produjeron con la **sica** una profunda eventración que hizo que se le desparramaran hacia el suelo las entrañas. Esther, carente de la entereza de su marido, cuando oyó tocar a los discípulos la puerta, corrió a esconderse en el último rincón de la casa. Se puso en cuclillas, se imaginó invisible y se pudo brutalmente a rezar. Bien pronto descubrieron dos de los discípulos su inútil escondrijo. La hicieron levantarse, le cubrieron los ojos con una venda y le hundieron dos o tres veces la espada hasta la empuñadura. Con la muerte de Judas y de Esther quedó saldada la cuenta. La traición fue también crucificada, muerta, sepultada.

El "rito de venganza" indefectiblemente se enderezaba no sólo contra el traidor, sino contra su familia en pleno. Los discípulos no se conformaron, por eso mismo, con liquidar a Judas, sino que, Abriendo las esclusas a la sangre, ejercieron su acción punitiva contra su esposa. Pero después de haber ahorcado a Judas en el árbol de la venganza y de haber ejecutado a Esther con su espada, cayeron en cuenta de que les faltaba alguien: el pequeño Simeón. Lo buscaron por todas partes, pero el bebé no se hallaba al alcance de las manos nerviosamente sanguinarias del destino. La venturosa razón por

la cual el infante no se encontraba al lado de sus padres a la hora en que la muerte tocó a las puertas de la casa del tesorero de los doce, no fue un acto de buena suerte -como el que hubiese tenido lugar si el pequeño se hallara ausente de su casa de manera fortuita-, sino una acción premeditada y misericordiosa. José de Arimatea, dueño del cementerio en que se sepultara a Cristo y sabedor del "rito de venganza" -y aún más, coincidiendo en la necesidad de ello- convenció sin dificultades a Sarah, su mujer, de que, poco antes del acto sangriento, se llevara a escondidas al pequeño Simeón Bar Judas, con el pretexto de conducirlo a jugar con su hijo y con el compromiso interior de que en adelante desempeñaría el papel de madre. Él desde luego fungiría como el padre y se encargaría de la crianza y la educación del pequeño. De la noche a la mañana, por consiguiente, el chiquillo sufrió un, por así decirlo, violento trasiego de padres sin ser consciente del vuelco espectacular con que empezaba su historia.

La religión de Cristo es una religión del amor. Pero éste no era el caso, en muchas y variadas ocasiones, de la ley. Aludimos no sólo a los preceptos rabínicos -saduceos y fariseos-, sino a las normas de los gremios, talleres artesanales y otras comunidades de trabajo o de entonces. Los discípulos de Cristo pertenecían a tres gremios distintos, pero asociados voluntariamente las más de

las veces: el de los carpinteros, el de los pescadores y el de los talladores de piedras. San José, por ejemplo, era carpintero, los bonaerges pescadores y Simón, el hermano de Andrés, cantero -de ahí su no lo s re de "piedra". Aunque Cristo predicaba la **buena nueva** -una religión escatológicamente mesiánica y moralmente amorosa-, sus discípulos no lograron, por lo menos a raíz de la crucifixión, "cristianizar", por así decirlo, sus organizaciones laborales. Esta es la razón por la que, al saberse traicionados por Judas Iscariote -traiccción que habla apuntado antes que a nadie a su Rabí-, echaron mano, instintivamente, de sus reglas tradicionales no cuestionadas hasta el momento, y el "rito de venganza" fue la respuesta lógica ante la oprobiosa actitud del malhechor. Jesús, por otro lado, ya no se encontraba ahí para aconsejarles la no violencia, como lo hizo con Simón Cefas después de que éste, en defensa de Jesús y sus discípulos, can un certero espadazo lanzara al aire la oreja de Malco y el reguero de sangre natural.

José y Sarah, por una serie de consideraciones que no viene al caso desmenuzar en este sitio, decidieron a continuación trasladar su residencia desde Jerusalén hasta Siquem en Samaria. Lo hicieron, entre otras razones, para proteger al chiquillo, ocultarle sus antecedentes y brindarle una vida provechosa y bien orientada. A partir de ese momento narraron a todo mundo que eran

progenitores de dos gemelos no semejantes, como suele ocurrir. Los hermanos de leche aparecieron, tras de tales declaraciones, como hijos de una misma madre. Y Simeón creció con la idea de que José y Sarah eran sus padres Pero...

La viuda de Felipe apóstol tenía un negocio de camellos. Muchas personas que deseaban trasladarse en caravana desde Jerusalén hacia el norte, el sur, el este o el oeste hacían un contrato con Abisag -que no hay que confundir con la sunamita- mediante el cual se les garantizaba un viaje placentero y puntual. Cuando Simeón cumplió dieciseis años, toda la familia -José, Sarah, Efraín y el propio Simeón- se trasladaron de Siquem -que hasta ese momento no había sido el centro de operaciones mercantiles del próspero José de Arimatea- hasta Jericó, al norte de Qumrán, donde José creyó, mal aconsejado por algunos mercaderes, que podría llevar a cabo jugosas especulaciones y boyantes negocios. No fue así. La prometida bonanza se hizo ojo de hormiga y una apretada lluvia de problemas económicos, estrecheces e inseguridades empapó las cabezas de los integrantes de la familia. En estas condiciones, Simeón, con el consentimiento de sus padres, se trasladó de Jericó a Jerusalén, a través del desierto de Judá, para buscar un trabajo, ganar un sueldo

regular y poder prestar ayuda a sus padres. Simeón tuvo suerte porque, a muy pocos días de haber llegado a Jerusalén, conoció a un muchacho que trabajaba con "Abisag, la camellera" -como se la conocía en la ciudad-, la cual en ese momento estaba demandando fuerza de trabajo ya que en tal época -inicio del invierno- mucha gente quería trasladarse a Ascalón o Gaza en Judea 0, a Beerseba o Malata (en Idumea) o a Filadelfia (en Perea). Enterado Simeón de los requerimientos de Abisag -que resultó ser la viuda de Felipe, como dijimos-, corrió a entrevistarse con ella. Simeón se plantó frente a la mujer y le dijo:

-Mi nombre es Simeón, soy hijo de José de Arimatea, tengo los brazos fuertes, el corazón aguerrido y puedo realizar cualquier actividad.

Ella le vio de arriba abajo. Desde el principio le atraieron del adolescente su complexión robusta, la armonía de sus extremidades, su desparpajo y el gracejo y la excelencia de sus facciones. Pero más que nada la hipnotizaron sus ojos profundos que no podían ocultar las horas de meditación a que se dedicaba su dueño ni tampoco la inteligencia, la perspicacia y la astucia de un cerebro privilegiado.

Abisag contrató al mozalbete. Lo vio trabajar.

Escuchó sus reflexiones. Se rió de sus ocurrencias y celebró las narraciones y leyendas que salían de sus labios al atardecer y que congregaban a todos los trabajadores de "Abisag, la camellera" a su alrededor. Y entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir.

Lo que tenía que ocurrir se parece extrañamente a lo que habría de suceder varios siglos después. Como se sabe, una mujer árabe madura -cuyo nombre era Jadiya- que había estado casada dos veces y tenía varios hijos, tomó a su servicio a fines del siglo VI D.C. al joven Mujamad (Mahoma). Ella poseía una fortuna considerable y organizaba caravanas que iban de Macca (Meca) a Siria en búsqueda de mercaderías bizantinas para revenderlas después en su ciudad. La actividad de Mujamad al servicio de Jadiya hizo surgir en la mujer madura -pero hermosa y deseable- el deseo de desposarlo. Ella tenía cuarenta años pero, como Penélope, se hallaba sin cesar bajo el asedio de varios pretendientes. Mujamad alcanza por aquel entonces veinticinco. Ella tendió la telaraña de sus argucias y acabó por ser la primera esposa de Mahoma...

Abisag concibió ideas semejantes a las de Jadiya. Y el macebo no fue renuente a lo que traía entre ceja y ceja la viuda de Felipe.

Un día, al tornar él de un largo viaje a Decápolis y llegar con las alforjas repletas de preciosos productos - mirra, aceitunas, dátiles, esencias orientales y, más que nada, unas tinajas repletas de un delicioso vino proveniente de Antioquía-, Abisag decidió que ella y todos sus empleados, Simeón incluido, debían festejar el espléndido éxito obtenido por la caravana en la que había participado, con eficiencia, ingenio y valentía, el hijo putativo de José de Arimatea. La euforia no se hizo de rogar. Los relatos, los chascarrillos y la poesía festiva -a los que era muy dada Abisag y cuyo arte dominaba el hijo de José y Sarah con sorprendente precocidad- saltaron a diestra y siniestra e introdujeron en los corazones de todos una oleada de placer y regocijo.

A media noche, se quedaron solos la viuda y el adolescente. Ella enmudeció de pronto, rozó suavemente con el dedo índice la mano del joven y espetó:

-Simeón, ¿tú eres virgen?

El muchacho se sonrojó. Buscó alguna respuesta ingeniosa. Pero su mente había sido ganada en ese momento por la perplejidad y no atinó sino a decir:

-Si, soy virgen, pero...

-Pero, ¿qué?, volvió a la cargada la matrona.

-Pero -asentó armándose de valor el antecedente de Mujamad-

me gustaría ver a una mujer desnuda...

Abisag no pudo reprimir una carcajada. Se levantó del asiento. Se alejó unos pasos del mozalbete y le soltó:

-Eso tiene remedio, hijo mío.

Simeón, astuto y mal pensado como era, se Imaginó que Abisag le estaba declarando que ella estaba dispuesta a desvestirse frente a él y sintió que un enigmático cosquilleo le atravesaba desde la columna vertebral hasta la cabeza. Abisag continuó, sin embargo, de esta guisa

-Eso tiene remedio, mi hijo. Zoila, mi sirvienta - quien en otro tiempo fue esclava de mi familia- puede cumplir, aquí frente a los dos, tu deseo. Mas dime ¿por qué anhelas ver a una mujer desnuda?

-Porque, para perder la virginidad -puntualizó el muchacho- hay que estar desnudo...

Abisag volvió a reírse, añadiendo a continuación:

-Sí debe estar desnuda la mujer, pero también el hombre...

Como suele hacerse después de un gran esfuerzo, Simeón se sintió agotado, respiró con profundidad y guardó silencio. Abisag respetó su mudez. Se levantó de su asiento, acarició la cabellera del adolescente,

sirvió vino en el vaso de él y en el vaso de ella y grito a todo pulmón:

-¡Zoila!, ¡Zoia!

Abisag, de familia acomodada, se había casado con Felipe (o Philippos en griego)) -quien era un hombre serio, trabajador y muy dado a las cavilaciones religiosas- cuando sólo tenía catorce años. Nunca existió demasiada intimidad entre ellos. Ella fue, desde luego, despojada de su florida doncellez en un acto que vivió más con miedo y dolor que con beneplácito. Al principio del matrimonio no escasearon los requerimientos masculinos y las aceptaciones, más resignadas que gustosas, de la joven. Cuando ella empezaba a tomarle gusto a esos acoplamientos nocturnos, desaparecieron abruptamente: Felipe había tenido la oportunidad de escuchar a Jesús, el Cristo, y decidió abandonar a los suyos para seguir al Maestro. De esto hacia dieciocho años. Abisag era creyente hasta cierto punto y veía con simpatía la figura, las prédicas y las promesas de Jesús, pero a decir verdad -como muchas otras personas de su medio ambiente- nunca se sintió ni demasiado entusiasmada con el nuevo profeta ni compartía la pasión -o lo que ella llamaba "el fanatismo"- de su esposo. No obstante su despego, estaba al tanto de la misión de Cristo y conocía, si no a todos, a la mayor parte de los discípulos más cercanos del descendiente de David. En su casa habían

estado frecuentemente los hijos de Jonas y los hijos de Zebedee. Y había conocido a la perfección al Iscariote, quien, antes de Matías, se encargaba de los dineros de la agrupación. La casa de Felipe y Abisag era, en efecto, uno de los sitios en que, de manera discreta y hasta clandestina, se reunían los apóstoles para comentar las palabras de su Rabí y para planear sus actividades. Jesús en persona no se presentó nunca en la casa de Felipe; pero Abisag lo escuchó de lejos dos o tres veces y, sin compartir el entusiasmo de una Marta o la devoción de una Maria, sentía una atracción vivida, pero no desorbitada, por Jesucristo. Cuatro años después de la muerte y crucifixión de este último, Felipe se dedicó, al parecer, a una actividad misionera compulsiva. Si Felipe apóstol se identifica con el diácono Felipe -lo cual es puesto en duda por algunos historiadores, empezando por Renán, pero es aceptado por muchos otros-, se puede afirmar, sin temor a equivocarnos, que en Felipe tenemos al primer misionero propiamente dicho de la religión judeo-cristiana. Echando mano, en efecto, de su trato directo con el Señor, de su conocimiento de las Escrituras e incluso de su iniciación, como Teudas (Tadeo), en la teurgia predominante en Alejandría, evangelizó, predicando y haciendo milagros, a Samaria (en particular a Sagaste, su capital, donde se dice que convirtió a Simón el Mago), al país de los filisteos, a Ashdod (Azote) y

Gaza. De Aschdod, Felipe volvió al norte y propagó la **buena nueva** por toda la costa hasta Cesárea. Víctima de un esfuerzo desproporcionado a su constitución física, murió, asténico y agotado, cuatro años después de la muerte y crucifixión de su Dios. Abisag quedó viuda, por consiguiente, a los dieciocho años. Viuda y con ciertos recursos económicos. Viuda y en la flor e la edad. Viuda, en fin, y con un corazón despierto y pujante en que las creencias y la devoción religiosa ocupaban un lugar secundario frente al deseo de vivir, amar, gozar de la existencia y desplegar todas y cada una de las potencialidades encerradas en su juventud. Tuvo algunos amoríos, mas fue discreta. Tomo conciencia de sus deseos. Oyó la voz estentórea de sus instintos. Y hasta entrevió, sin arredrarse, una cierta tendencia hacia la perversidad que luchaba a brazo partido para abrirse paso en su fuero interno. Pero supo controlarse con la elegancia y la discreción de una gran señora.

-¡Zoila!, ¡Zoila!, gritó de nuevo Abisag

Y una preciosa negra -proveniente de Abisinia a través de la Arabia feliz- se presentó ante los ojos de "Abisag, la camellera" y de Simeón. No era alta y sus pies y manos no eran hermosos. Tenía además otro defecto: sobre el labio superior no podía ocultar

un bozo que afeaba quizás el trazo inmejorable de su boca. Pero, excepción hecha de lo dicho, no era posible encontrar otra falta en la arquitectura voluptuosa de su cuerpo. Piernas contorneadas y armoniosas que habían hallado el difícil punto equidistante en que, rehuyendo los extremos, se hospedaba la belleza. Senos enhiestos, como dos esculturas de basalto que erguían, orgullosas, la esplendidez de sus pezones. Cintura breve que los brazos de un adolescente de 16 años podía abarcar con creces en la circunvalación de su atrevimiento. Cadera amplia pero ceñida, dura pero grácil, escultórica pero excitante. Nalgas, en fin, en que la palabra sensualidad ejercía su tiranía y en que el vocablo escrúpulo sufría de un síncope cardiaco, rostro que no se quedaba atrás: ojos profundos, con grandes pestañas rizadas, guarecidas por los tolduelos curvos de las enmarañadas cejas. Nariz pequeña, remangada y rectilínea. Mentón duro y afilado. Labios ligeramente carnosos pero realizados con la gloriosa línea de la exactitud, rostro que no se quedaba atrás, pequeña obra maestra que natura había logrado cuajar al interior del continente negro.

-Zoila -dijo la maestra de ceremonias-. Acuéstate en este diván cubierto de piel de camello y almohadones hechos con plumas de ave.

Volvió los ojos a su joven empleado:
-Acércate y ayúdame.

Empezó a desnudar a Zoila. El joven se acercó a su patrona, pero, hipnotizado y confundido, quedó inmóvil l y a la expectativa. Abisag desprendió las prendas exteriores de su ex-esclava y, con ayuda de la misma Zoila, el vestido intermedio. Al cabo de unos segundos, Zoila únicamente estaba protegida, como una diosa con su nube, por su ropa interior que mostraba ser una cárcel sin convicciones, blanda y floja, sin un solo resquicio insobornable.

Simeón puso manos a la obra. Y en un abrir y cerrar de ojos apareció, en toda su mórbida esplendidez, el cuerpo descrito.

Abisag pasó las diez yemas de su concupiscencia por los senos de la muchacha hasta sacar de su lánguido sueño a los pezones. Zona evidenció un tenue aceleramiento en la respiración, retorció felinamente su cuerpo y exhibió sin pudores el tamaño exacto de su voluptuosidad.

-Simeón, pon la mano aquí -ordenó Abisag señalando el vientre de la niña.

El muchacho lo hizo.

Y ella preguntó:

-¿Qué sientes?

-Está tibio, suave. Siento que...

Abisag lo interrumpió:

-Ahora desvistete tú.

Simeón estaba en verdad excitado, pero era pudoroso. Tenía ese recato que a los 16 años es el verdadero Ángel custodio del tronco corporal en cueros. Tenía ganas de seguir la orden, pero no se atrevía. La voz estentórea de su vergüenza acallaba el apitar de sus instintos. Abisag, sin embargo, le tomó la delantera y lo empezó a desnudar sin hacer el menor caso de los celos y remilgos del joven.

Cuando Simeón se halló tan desabrigado como Zoila, Abisag dijo:

-He aquí que en el Edén de mi casa he creado a Adán y a Eva. Volvió los ojos a continuación a Zoila y después a Simeón, y añadió:

-ahora la serpiente, después de haberles dado a conocer el sabor de la manzana, se retira a sus habitaciones y los deja solos para que, si quieren, porque no es obligatorio, inmolen sus respectivas virginidades en el vívido fuego del pecado.

Abisag sabía que esta era la última noche que Zoila pasaba en casa y a su servicio. Estaba al tanto, porque en ello estaba implicado su consentimiento, de que la muchacha, requerida por sus padres, iba a partir al día siguiente a Yemen, como estación de paso para ir a África. No le preocupaba, pues, que, si algo sucedía entre los jóvenes, él se quedara prendado de la doncella bruna, dócil y sensual. Abisag, por otro lado, se hallaba en los días del mes en que los judíos pensaban que la mujer era ganada por la impureza y en los cuales la conducta aceptada y promovida era la abstinencia. Además, y esto era en verdad lo esencial, juzgaba que Simeón era demasiado tierno y falto de experiencia. Era un fruto deseable. Lo quería retener en su huerto. Pero deseaba verlo sazonar, adquirir los colores de la madurez y el sabor de lo que se halla **en su punto** para hincarle el diente.

Capitulo XV

Continuación de l precedente

Dos años después contrajeron nupcias, y tras eso llegó la hora en que la viuda de Felipe juzgó pertinente dar a conocer a su joven esposo cuál era en realidad su origen, quién fue su verdadero padre y cómo transcurrieron la vida y la muerte de Judas Iscariote. Una noche, después de las actividades cotidianas, Abisag se dirigió a su esposo, a la hora de la cena, y le soltó a quemarropa:

-Sabes, Simeón, yo conocí a tu padre.

-¿Conociste a José de Arimatea?

-Si, conocí a José de Arimatea, pero también a tu padre...

-No te comprendo, José de Arimatea es...

-tu padre adoptivo. Pero no tu verdadero padre.

Simeón, sorprendido, creyó que era una broma, y además de mal gusto. Se ocultó detrás de una amargosa sonrisa y enmudeció a la espera de que ella esclareciese sus palabras.

-Supe quién era desde el primero momento. Te pareces extraordinariamente a tu progenitor, aunque notablemente mejorado.

-A quién me parezco? -balbuceó Simeón.

-No puedes ocultar tu parentezco con...

-¿Con quién?

-Con Judas Iscariote.

Simeón quiso pensar de nuevo que se trataba de una broma pero ahora ya no le fue dable hacerlo. Quién sabe qué cabos ató con esta información, el caso es que se quedó como si se le hubiera propinado un golpe en la cabeza.

Abisag decidió narrar de un golpe al asombrado adolescente todo lo que ella se guardaba, para evitar que el acíbar se le suministrara con el sadismo de un cuentagotas. Comenzó por el sobrenombre e de Judas. Le explicó que Iscariote no significaba, como pudiera pensarse, **hombre de Karioth** (de Ishi, hombres, y Karioth, nombre de un poblado) porque ese pueblo no existía en todo Israel. Karioth quería decir más bien **sica** (el arma punzo cortante que usaban los **zelotas** o **lestai**). Iscariote quería decir, entonces, **hombre de la sica** (de Ishi, hombres, y Karioth, sica). Judas compartía el ideario y la estrategia de los zelotas -o "individuos celosos de la ley"- por una sencilla razón: por que era hilo de Simón Cefas (o Pedro) también conocido como Simón el Zelota, quien era, a no dudarlo, hermano de Jesús y -según un rumor muy digno de tenerse en cuenta- vástago de Judas de Gamialla o Judas Gaulonita a quien se tenía como

fundador de esa ala extremista del movimiento esenio que eran los zelotas. Tanto Judas como su padre Simón el Zelota procedían, pues, no de una fantasmal población llamada Karioth, sino de Cafarnaúm en Galilea, y eran partidarios de una lucha armada sin cuartel contra el imperio porque eran judíos profundamente antirromanos y enemigos de la dinastía idumea de los Herodes. Abisag le dijo a Simeón que en algunos discípulos y simpatizantes había dos hipótesis extremas de las razones o motivos que habían llevado a Judas a traicionar a Jesús y a sus discípulos, aunque ambas, por lo menos desde el punto de vista de su finado esposo Felipe, carecían de base. La primera se fundaba en el supuesto de que, como Simón Cefas era hermano de Jesús y perteneciente también a la dinastía davídica, al desaparecer de escena el Cristo, recaería en Pedro el mando de la facción mesiánica y Judas Iscariote, su hijo, aparecería como heredero o el delfín. La segunda era más abstrusa y complicada, porque se acercaba más a una comedia que a una traición. Jesús habría escogido deliberadamente al Iscariote, incluso con disgusto de éste, para que llevara a cabo, como un deber desagradable, una traición que resultaba indispensable en el drama de la Pasión tal como lo predicen las profecías del Antiguo Testamento. (En una extraña coincidencia con esta segunda hipótesis,

diremos entre paréntesis, muchos siglos después el escritor griego Nikos Kazantzakis es su **La última tentación** escribe este diálogo:

"-Lo siento, Judas, hermano mío -dijo Jesús-, pero es necesario.

-Ya te lo he preguntado antes, rabí... ¿No hay más remedio?

-No, Judas, hermano mío. También a mí me habría gustado que lo hubiese. También yo albergaba esperanza hasta ahora..., mas en vano. No, no hay más remedio. El fin del mundo ha llegado. Este mundo, este reino del Demonio, será destruido y vendrá el reino de los cielos. Yo lo traeré... ¿Cómo? Muriendo. No hay más remedio. No tiembles, Judas, hermano mío. Dentro de tres días resucitaré.

-Me dices esto para consolarme y darme valor para traicionarte sin destrozarme mi propio corazón. Dices que puedo resistirlo..., lo dices para darme fuerza. No, cuanto más nos acercamos a ese momento terrible... No, rabí, ¡no seré capaz de resistirlo!

-Si lo serás, Judas, hermano mío. Dios te dará fuerza, tanta como la que te falta, porque es necesario..., es necesario que a mí me maten y que tú me traicionen. Los dos debemos salvar al mundo. Ayúdame.

Judas agachó la cabeza. Al cabo de un momento preguntó:

-Si tuvieras que traicionar a tu maestro, ¿Lo harías?

Jesús reflexionó durante un largo rato. Finalmente, dijo:

-No, me temo que no sería capaz. Por eso Dios se apiadó de mí y me encomendó la tarea más fácil: ser crucificado" Aquí, como puede verse, la Pasión implica dos mártires: el que muere en la cruz de madera y el que muere en la cruz de su traición).

A continuación Abisag dio su punto de vista - que, en el fondo, no era otro que el de Felipe- acerca de las motivaciones reales de Judas.

-Judas Iscariote -dijo la camellera- tuvo dos discrepancias políticas serias con Jesús: la primera se desencadenó después de que Jesucristo, en el Tabor, tuvo una reconversión espiritualista y desdeñó la lucha armada. Judas en ese momento era partidario del empleo de la **sica**, era todo un **lestai**, y aceptó a regañadientes el planteamiento del Maestro. La segunda, tiempo más tarde fue la decisiva: cuando Judas había ya aceptado los planteamientos pacifistas de Jesús, cayó en cuenta, como Caifás y Anás, que todo estaba perdido de antemano, que era necesario detener la masacre y que no había otra manera de hacerlo que mediante la traición. Cuando llegó a tal

convencimiento, no lo pensó dos veces y puso manos a la obra.

Durante mucho tiempo, Simeón no se cansó de hacer preguntas sobre su padre. Acosó de tal manera a su mujer que se podría decir que exprimió a las manos el cerebro de Abisag en busca de respuestas. Llegó un momento en que ella ya no tuvo nada que decir. Los interrogantes que el muchacho dirigió, por otra parte, a su padre adoptivo, no lo sacaron de muchas e infinitas dudas que lo embargaban. Había una afirmación, sin embargo, que ella, por la razón que fuese, se habla reservado. Mas él, con su preocupación inquisitiva y su insistencia, logró arrancar finalmente el secreto: se trataba de la sepultura de su padre.

-Sabes, pues, en dónde está enterrado mi padre? - preguntó un día Simeón.

-Sí, lo sé.

-¿Me podrás decir en dónde?...

Ella lo pensó un poco y dijo:

-Se halla en el lugar llamado Acéldama, aquí en Jerusalén.

-¿Acéldama?

-Sí, o "campo de sangre". Mañana vamos allí, para que te muestre el sitio en donde, al parecer, reposan

los restos de tu verdadero padre.

Bien temprano, al día siguiente, se desplazaron hacia el "campo de sangre", que era un cementerio amplio y plagado de sepulturas. Después de un largo recorrido, Abisag se detuvo debajo de un árbol frondoso y mostró, con el índice dirigido al suelo, una tumba cubierta por una lápida humilde en que sólo había talladas dos letras: J. I. Se quedaron un buen rato en silencio. Probablemente Simeón empleó el tiempo de su mudez o de su meditación en planear lo que haría durante las semanas siguientes: el cambio de la sencilla lápida por una más sólida y de mejor calidad, la grabación del siguiente epitafio (redactado por él mismo): AQUÍ YACE JUDAS ISCARIOTE, QUIEN VENDIÓ SU ALMA AL DEMONIO, PARA SALVAR AL 'PUEBLO JUDÍO', y el entierro en el mismo sitio de un pergamino donde él, el hijo de Judas, sin exculpar a su padre, porque no tenía perdón de Dios, pero tratando de ser objetivo, dio su opinión, coincidente con la de Abisag y La del finado Felipe, el apóstol de Betsaida, acerca de la angustiosa vida y la torturada muerte de Judas Iscariote, hijo de Simón Cefas y sobrino del Maestro.

Capítulo XVI

Monólogo de Judas Iscariote

¿Seré, pues, un deicida?

Cuando cierro los ojos soy testigo de una guerra civil en mis entrañas.

Algunos de mis órganos internos se encuentran complacidos de lo que hice y hasta me dan palmadas en la astucia.

Otras se alzan en ruina.

Tienen como bandera mi delito.

Y cargan a su culpa como un tábano, como la idea fija de un insecto.

Estas vísceras, muertas de vergüenza querrían como aliado al corazón y sueñan que el cerebro

se ponga finalmente a su cabeza.

Pero en el corazón y en el cerebro también hay dos partidos

y una guerra intestina entre el orgullo por mi acción delictiva y los escrúpulos, entre el deseo efímero de sangre y su hedor sempiterno.

¿Hice bien? ¿Hice mal?

Algo me muerde y muerde aquí en la carne,

y este remordimiento me enloquece,
me coloca en los brazos y en el pecho
la camisa de fuerza del delirio.
Yo creí que Jesús era un profeta:
alguien como Ezequiel o Jeremías.
No pensé, ni lo pienso
que Jesús fuera el Hijo de Dios Padre,
otro modo de ser del infinito.
Mas qué sentido tiene, Dios, ahora
ponerme de rodillas o de lágrimas,
delante de mi culpa,
pidiéndole perdón,
rogándole que cesen sus rigores,
suplicándole, en fin, que no prosiga
hablándome y hablándome
de que se halla, a la vuelta de mi muerte,
la llama vengativa y azufrosa,
cuando no puedo ya conmigo mismo,
cuando me duele el ti
cuando mi enfermedad es la existencia.

¿Hice mal? ¿Hice bien?

Con mi acto pretendí que los judíos
seguidores de Cristo
dejaran de ascender y de ascender
hasta dar con la cumbre resbalosa de su
despeñadero.

Esa fue mi intención y aquí lo digo,
o, mejor, me lo digo, y os lo digo
tratando de cortarle las espinas
al insistente erizo de mi culpa.
¿Pero olvidé a mi Cristo?
quien ayer quería
servir de tesorero
de la enorme riqueza que brotaba
-oh Cordero Pascual y sus balidos-
de la veta elocuente, santa, pura,
que en el divino rostro se entreabría?

Es cierto que Jesús cambió de pronto de
estrategia. También
que amordazó las voces de venganza
y el rechinar patriótico de dientes.
Rechazó las virtudes de la **sica**.
Hablo mal de los puños.
Le dijo a la violencia sus verdades.
Espetó a los zelotes,
hambrientos de heroísmo
que no comieras ansias
ni fueran feligreses de la sangre.
No se. Pero hasta estaba decidido
a invitar a los ángeles del cielo
a las marchas y mítines
que ayer organizábamos.

No se cansaba de gritar: **"judíos,
no respondáis al odio con el odio.**

Contestad a la cólera que hiere
**vuestra mejilla izquierda
con el ofrecimiento jubiloso
de la mejilla hermana"**

Yo le puse reparos.

Eché mano de toda mi facundia
para hacerle aceptar los silogismos de
sangre de mi lógica.

Pero acabó mi lengua naufragando
en su mar borrascoso de saliva.

Jesús estaba sordo a todo canto
de sirenas vilentas.

Había que luchar; pero la pugna
no era contra el Imperio o los Herodes,
sino contra de un mundo administrado
por Luzbel que lucía, como siempre,
su carisma con alas

frente a nuestros instintos
ante su majestad arrodillados.

El sueño de mi Cristo
ya no era, como ayer, una sequía
de este Valle de lágrimas,
sino asediar al cielo,
sitiarlo, combatirlo, derrotarlo
con el audaz relincho de madera

que en la guerra de nilón cantó victoria.
Yo estaba reticente, mas su lengua,
nunca dada a torcer,
me convenció de todo.
Los ojos de Jesús llegaban lejos:
bordeaban, parpadeando, lo infinito.
Yo, en cambio, me encerraba en la miopía,
oh ceguera en pañales.
que es inherente al hombre,
a esta percha de huesos que nos sirve
para cargar la carne de lo efímero.
Aunque me puse entonces de su lado,
comencé a percibir que las reuniones
en público, la unión de multitudes,
el mar, en fin, de gente
congregado en rededor de su isla santa,
conllevaba el peligro
de una nueva masacre
perpetrada otra vez por un destino
feroz y antisemita.
Sin saberlo, Jesús nos arrastraba
al punto en que el Imperio y sus aliados
buscaban roturar una celada,
una porción hipócrita de tierra.
Jesús no me atendía.
El oía las voces solamente
de no sé qué garganta de lo eterno,

de no sé qué rumor
que produce al moverse el absoluto.
No me escuchaba, no. Y ya era el día
en que la represión y el genocidio se
encontraban a punto
de cruzar su empedrado amenazante
de puntos suspensivos.
Por eso le entregué mi alma al demonio.
Por eso hay un olor de azufre en cada
movimiento de pies y manos mío.
Yo sé que los apóstoles retienen en sus dedos
el ábaco
horas mis horas contadas.
Oigo un revoloteo de nudillos.
Siento que el corazón me cae de bruces,
pidiéndose perdón,
ante el horror, Dios santo, que se acerca.
Han llegado los hombres justicieros.
Vienen a ahorcar al ser traidor, infame,
que se halla aquí en mi cuerpo
torpemente escondido.
-Acude Esther a abrir.
Nuestro último momento está allá afuera
demandando posada.
Acude, Esther, acude.
Mi mujer no responde.
Quizás la pobre corre en este instante

a ocultarse en el último
rincón de su silencio.
Y yo, por fin tranquilo,
armado del valor que necesita
mi suspiro final para esfumarse
del mundo dignamente,
tengo abiertos los brazos y la puerta
cuando tocan Dios mío, los verdugos.
No voy a huir. Huiría
si me hallara seguro de lío que hice.
Si en este mar de dudas en que me hallo
el amor por mí mismo
fuera como una tabla salvadora,
o un ápice de barco en que se salva
un pedazo de tierra.

Sé que voy a morir. Llegó la hora.
Los ojos me remuerdo con los párpados.
Tomo la decisión. Avanzo y pongo
en las manos de aquellos que me buscan
para hacerse justicia
mi voluntad, mi culpa, mi suicidio.

Capitulo XVII

Donde Ialdabaoth, el Angel de las tinieblas subjetivas, nos habla de Judas Tomas.

Yo. Ialdabaoth... No sé si así debo iniciar mis reflexiones, señalamientos, relatos sobre los últimos años de Judas Tomás y de María Magdalena. Hacerlo así me trae a la memoria el **"Yo, robot"** de Isaac Azimov, el **"Yo, Claudio"** de Robert Graves o el **"Yo, Pablo de Tarso"** de Jesús Torbado, que son textos que no me entusiasman especialmente. Pero ya lo hice... y buscar otro comienzo me cuesta trabajo y no estoy en disposición de jugar a las escondidillas con ninguna palabra. Insisto entonces: Yo, Ialdabaoth os puedo contar con lujo de detalles o con la sobriedad de la sinopsis, como queráis, los últimos años de Judas, llamado el Didimo, que era el sosia de Jesús, y los de la mujer galilea volcada amorosamente a este último. Os puedo prender a los oídos esas dos **historias** que son tenidas erróneamente como **leyendas** por la mayor parte de quienes han oído hablar de ellas. ¿Deseáis que os cuente una y otra? Pues bien. Fijad la atención en el culebreo de mis frases y seréis recompensados.

Según la tradición, una vez crucificado, muerto y resucitado Jesús el Cristo, los discípulos de éste, sin mencionar a Felipe, se dividieron el mundo para llevar su prédica. A Juan le tocó el Asia y murió en Meso. A Andrés la Escitia. Pedro predicó en el Ponto, Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia. Mateo lo hizo en Etiopía y Bartolomé la India anterior. Y a Tomás se le adjudicó en esta distribución el país de los Partos (hoy Irán). No voy a hablar aquí, porque ello no me interesa y tal vez tampoco a ustedes, qué tanto hay de verdad en esta tradición. Pero sí quiero dejar constancia de que la afirmación "a Tomás se le adjudicó el país de los Partos" es rigurosamente cierta, aunque con una salvedad: Judas, el Dídimo, no llevó a cabo esta tarea evangelizadora a continuación de la ejecución de su hermano, sino algún tiempo después. Tras la desaparición de Jesucristo, Tomás y Marta -con la que terminarla por desposarse- se dirigen desde Tierra Santa hasta el noroeste: Siria, Asia Menor (en donde tiene lugar su primera entrevista con el filósofo gnóstico Cerinto), Turquía, Persia, etc. Parece que recorrió también partes de Rusia meridional y (lo que tiene especial importancia porque aquí vivirá sus últimos días y fallecerá) en algunos sitios del subcontinente indio. Tomás no viajó a Egipto, ni entró en contacto con la filosofía y la teurgia

alejandrinas. Pero su enseñanza si salvó las distancias, las razas, las fronteras y las culturas y se internó en el país de los faraones y las pirámides, como lo evidencia el que fue en Egipto donde se halló el **Evangelio de Tomás** (uno de los Evangelios apócrifos más significativos) y el que, ya en el siglo XX, se encontraron en el mismo lugar -en Naj Hamadi, alto Egipto- unos papiros tomasianos que constituyen uno de los descubrimientos más importantes tenidos poco tiempo antes del hallazgo histórico de los rollos del Mar Muerto en Khirbet-Qumran. No es mi propósito hablar con pelos y señales de los últimos años de Tomás, de sus entusiasmos y sus recaídas en el **dubíto**, de su afán proselitista y de las avenencias y desavenencias que tenía con su consorte cuando se hallaba en Korasán o en Edesa. Sí deseo poner el acento en que, aunque lo quisiera, el Taoma no podía dejar de recordar a los judeo-cristianos y de dar a conocer a los nuevos felígrees ganados por su prédica o por la de otros de los discípulos ahora convertidos en misioneros, que él era no un hermano más de Jesús, como Santiago el Justo o Simón Cefas, sino su gemelo. Es cierto que muchos de los viejos y nuevos cristianos lo consideraban tan sólo como el "hermano mellizo" del Dios viviente. Pero algunos, influidos tal vez por las leyendas mitológicas de los Dióscuros (Castor y

Pólux), se deslizaron hacia la herejía de una Díada suprema (idea de prosapia platónica". Ignorantes de las leyes biológicas y del código genético que nos pueden explicar la concepción de los gemelos, para los antiguos el nacimiento de dos hermanos idénticos era un hecho prodigioso que implicaba la intervención de la mano fantasmal de Dios. En un mundo en que empezaba a fraguarse, para escándalo del monoteísmo ortodoxo de los **cohanim** judíos, la idea de que el mismo Dios, sin perder su unidad, podía desglosarse en tres personas distintas, estaba lejos de resultar escandaloso que un solo Mesías verdadero encarnara en dos personas distintas: Jesús y Tomás. Si se lee con atención la literatura apócrifa, gnóstica y judeo-cristiana más antigua, se tiene que concluir en que la idea de un "gemelo del Señor" lejos de ser blasfematoria les parecía natural a los cristianos primitivos y a muchos otros hombres religiosos de la época. La idea de los dos Mesías o, por lo menos, la de que el Mesías tenía un hermano mellizo, fue no sólo anatematizada y silenciada sistemáticamente por la Iglesia, echando mano de todos sus recursos, sino erradicada de manera prácticamente total de la mentalidad media de los cristianos. Esto no quiere decir, sin embargo, que la noción y hasta el culto de los "gemelos de María" no se hubieran propagado en otro tiempo a buena parte

de la cristiandad y que hubieran llegado no sólo a Egipto y Siria, sino también a España y hasta la misma Irlanda. En la Turquía del siglo XX existe un pueblo, llamado Urfa, que reviste una importancia especial para el tema que os voy explicitando. Guardad silencio, lectores. Sintonizad debidamente vuestra atención. Escuchad lo que voy a deciros. Urfa, en el remoto pasado, lucía el nombre de Edesa, y era una ciudad próspera con un profundo sentimiento religioso. En ella estuvieron Judas Tomás y Marta, la hermana de Lázaro y de Maria Magdalena. No sólo pasaron por ahí, como dicen ciertos autores, sino que se instalaron durante algunos años en tal ciudad. Llevaron consigo la buena nueva. El Didimo habló incansablemente de su excepcional hermano: Tras de convencer al rey Abgar, y volverlo partidario de la nueva filosofía, sembró en todo el reino la semilla de la moral cristiana. Anunció para fin de siglo el apocalipsis. Propaló en todas partes las parábolas de Jesús. Las explicó. Las llenó de comentarios. Y acabó por ganar a la mayor parte de la población a la nueva creencia. En todo esto -del mismo modo en que Helena lo había hecho con Simón el Samaritano- Marta fungía como el ángel custodio o la compañera imprescindible del predicador. Me veo tentado, incluso, a deciros que detrás de cada Mesías hay una gran mujer. A la pareja Tomás-Marta se debe, en consecuencia, que

el cristianismo accediera y se implantara en Edesa. Pero algo más. A tal pareja se debe el que, al principio de manera embrionaria y casi imperceptible, y después (cuando Tomás dejó este mundo) de manera entusiasta y fervorosa, Edesa se convirtiese en una ciudad única en el Medio Oriente. Única, porque fue una ciudad que poco a poco fue consagrándose al culto de los gemelos divinos. Desde tiempo inmemorial, Edesa, ganada por el mazdeísmo, rendía culto a dos deidades gemelas: Nomim y Aziz. Dada esta creencia vernácula, y volcado el pueblo a la adoración simultánea de una pareja primordial, no le fue difícil llevar a cabo la sustitución de los gemelos de la religión idolátrica tradicional por los "Mesías mellizos" concebidos en Galilea pero nacidos en Belén. Las plegarias de Edesa eran distintas de modo sorprendente a las que se pronunciaban en los sitios evangelizados por Saulo Pablo, por el diácono Felipe o por San Bartolomé. En ellas se aludía, con veneración, al par de hijos que Dios Padre había arrojado al mundo con el objeto de redimir a los hombres de la mancha aparentemente imborrable del pecado original. También eran asaz diferentes sus templos, la totalidad de ellos destruidos en la actualidad. En dichos templos no se permitían sino dos figuras: la de los "dióscuros" cristianos. O también: la imagen de Dios Padre sosteniendo en la mano derecha a Jesús,

el Cristo, y en su mano izquierda a Judas Tomás, el Dídimo²⁶. Es aquí, en Edesa, en este centro del culto a "Jesús y su divino sosia", donde, de acuerdo con cierta tradición, fueron escritos los **Hechos de Tomás**, texto que los escribas ortodoxos redujeron rápida y nerviosamente al carácter de apócrifo.

Al llegar aquí, deseo detenerme un tanto, respirar hondo, y prepararme para continuar con el relato que os estoy poniendo enfrente. En las postrimerías del siglo IV, cuando, con la ayuda de los amanuenses de Constantino, vigilados por Eusebio de Cesarea, la Iglesia naciente acabó por estructurar el canon, tuvieron nuevamente un auge inesperado las creencias tomasianas. Veamos por qué. Una de las personalidades más importantes del cristianismo antiguo en la Península Ibérica fue el seglar Prisciliano de Ávila. Aunque el movimiento religioso y místico encabezado por él arrancó del sur de España, se propagó, como un reguero de pólvora espiritual, hacia el occidente y el norte, hasta asentarse finalmente en Galicia. Prisciliano, de espíritu inquieto y poco dado al

²⁶ Supuestamente fue en Edesa donde se construyó la iglesia cristiana más antigua de la que se tiene noticia. Se hallab^a, al parecer, al servicio de los gemelos divinos. Se sabe que, quizás por la escandalosa herejía que guardaba dentro de sí, fue derruida en el año 201 de nuestra era.

"culto de las ideas fijas" y a las "rodillas hincadas ante la ortodoxia", se propuso adquirir material apostólico y judeo-cristiano que, mediante el deslinde entre lo revelado (canónico) y lo humano (apócrifo), había sido expulsado del **corpus** doctrinario de la Iglesia romana. Entre 381 y 384, una mujer llamada Egeria, que contaba entre sus principales seguidores, viajó a Medio Oriente a la búsqueda de textos primitivos (nestorianos y maniqueos). Visitó Edesa, la ciudad tomasiana ya conocida por nosotros y trajo, a su vuelta a España, una documentación abundante que fue absorbida si deseamos decirlo así, por el maestro. La oposición de Prisciliano de Ávila a la ortodoxia paulina era múltiple. No os voy a fatigar hablandos de las múltiples sutilezas teológicas en que se enredó el heresiarca español en su pugna contra la patrística ortodoxa y el cristianismo en acelerado proceso de institucionalización. Sólo quiero poner el acento en que Prisciliano hacía uso de los **Hechos de Tomás**, como de los demás textos sagrados, con extrema liberalidad y espíritu sincrético, lo cual le condujo inexorablemente a la heterodoxia y al convencimiento de que Judas el Taoma era el hermano gemelo de Jesús. Son hechos importantes y significativos el que Prisciliano y algunos de sus discípulos fueron los primeros herejes que -aunque aún no existía la Inquisición- fueron ejecutados en el año de 386, y el

que el santuario de Santiago de Compostela (erigido en honor de Santiago apóstol, o sea Jacobo o Jaime) es en realidad la de este gran hereje español nacido, como Teresa de Jesús, en Ávila. Pero no me voy a detener en ellos, ya que el interés que me anima al escribir esta retahíla de vocablos, frases y puntualizaciones es aludir a las supervivencias (con el recuerdo de Santo Tomás apóstol) de la idea, que a lo mejor puede parecer a muchos tan limpia como extravagante, de que Jesús tuvo un hermano mellizo...

La subrepticia influencia de los "gemelos divinos" aparece, según algunos, incluso en la pintura y la literatura de diversas épocas. Contémplese, por ejemplo, dos cuadros famosos: "La última cena" de Leonardo de Vinci y "La institución de la eucaristía" de Nicolás Poussin. Dirijase, en ambos cuadros, la vista al segundo apóstol, yendo de izquierda a derecha, y se advertirá la enorme semejanza física con el personaje central de la composición que no es otro que Jesucristo. Ciérrese los ojos para tomarse el tiempo necesario que permita reflexionar en que esa analogía no es fortuita, sino que responde a una tradición continua y más o menos consciente: la de que uno de los apóstoles guarda un enorme parecido con el Señor... Actualmente hay novelistas, como Michel

Tournier, que han resucitado el tema de "los dos Mesías". Y en las decoraciones realizadas para la iglesia de Renne-le-Chateau, los padres de Jesús aparecen, uno a cada lado del altar, llevando a un Cristo niño en los brazos.

No insistiré más. Ciertamente la idea de que Cristo tuvo un hermano gemelo palidece frente a la tradición canónica de Cristo como Hijo único de Dios Padre. Pero es una idea que, de manera más o menos subrepticia, más o menos velada, más o menos oscura, ha sobrevivido **durante siglos...** La permanencia secreta, pero indiscutible -de que en Judea fueron dados a luz dos "gemelos divinos"- se debe a que tal hecho coincide más con la verdad histórica que con una mera lucubración legendaria. Yo, Ialdabaoth, os lo digo. Creed me.

Capitulo XVIII

En que Ialdabaoth continúa su relato

Luego de desaparecido Jesús, los hermanos de Betania se separaron: Maria Magdalena, acompañada de Lázaro, partió para la **Provence**, y Marta, en compañía de Judas Tomás, se dirigió al país de los Partos. Después de hecha esta aclaración, y tomando en cuenta que ya estáis enterados de otros aspectos de la vida, las ideas y la influencia del hermano gemelo, os quiero ofrecer la narración de la muerte de Tomás apóstol acompañada de algunos sucesos extraordinarios y memorables que tuvieron lugar a continuación de ello. Antes de nada voy a comunicaros escuetamente lo que dice la leyenda sobre la muerte de Tomás, en un relato recogido de un texto del siglo III, y a continuación os contaré de manera más minuciosa y precisa, menos abstracta e insegura, qué es lo que sucedió en verdad y las causas reales que explican los acaecimientos. En los últimos meses de su vida, Tomás y Marta sintieron la necesidad de extender a la India su prédica mística. Aquí, en plena actividad evangelizadora, muere Judas Tomás atravesado por unas lanzas. La comunidad cristiana lo sepulta. Pero al poco tiempo su tumba es hallada vacía, como si el segundo Mesías hubiera también

resucitado. Se dice, en fin, que Tomás falleció en Milapore, en las proximidades de Madrás.

Las cosas sucedieron, entonces, de la siguiente manera: Tomás y Marta creyeron conveniente, hacia el final de la del primero, difundir en la tierra de los vedas y de los brahmanas la **buena nueva**. El verdadero pueblo de aquí, esto es, los **vaisyas** y los **sudras**, lo recibieron bien, lo escucharon atentamente y meditaron en sus palabras. Pero las castas superiores, los **brahmanes** (o sacerdotes) y los **satrias** (o guerreros aristocráticos), les pusieron malos ojos y peores puños.

En cierta ocasión, en que Judas Tomás, trasladando su natural escepticismo desde algunas cuestiones del credo judeo-cristiano a la literatura védica y brahmánica, puso en entredicho resueltamente, entre otras creencias, la de la **samsara** (o trasmigración de las almas) hizo que los sacerdotes, inquietos que inicialmente, montaran en cólera después. Los brahmanes se enfrascaron en una violenta discusión con él, discusión en que salieron a relucir no sólo nociones y creencias indias o hebraicas sino también helénicas ("su samsara -dijo Judas Tomás- es el equivalente de la **metempsicosis** órfica sustentada por el gran Pitágoras". El acaloramiento subió de

punto, como cuando Judas Tomás discutía infatigablemente con el filósofo gnóstico y mandeano; pero ahora el desenlace fue trágico, porque dos satrias que se hallaban al lado de los sacerdotes tomaron intempestivamente sus lanzas y las hundieron varias veces en el cuerpo del blasfemo, poniendo punto final a la discusión con el asesinato del polemista. Los satrias asesinos salieron huyendo y el brahmán, condolido de lo que habían hecho los guerreros, corrió a llamar a Marta y a otros miembros de la comunidad cristiana. Marta y cinco cristianos se llevaron el cuerpo. Lo velaron. Lo ungieron y la vistieron con una túnica blanca para llevarlo a la sepultura. Fue un momento triste y significativo. No sólo había muerto un cristiano. No sólo había una víctima más en ese conglomerado de mártires que se iba extendiendo cada vez más desde las catacumbas romanas hasta la India. No sólo eso. Este profeta venido de Judea, y que había caído bajo el férreo golpe de la intolerancia religiosa no era otro que el hermano gemelo de Jesús el Cristo.

Al saber la noticia, Marta, tan serena habitualmente, tan sensata, tan dueña de sí, sufrió una brutal alteración psíquica y nerviosa. Trajo a la memoria a su hermana María -que por aquel entonces se hallaba en la Galia- y recordó lo que esta última y

las otras mujeres habían hecho con el cuerpo del Maestro... "La idea generalizada hoy en día de la resurrección de Cristo -se dijo en su fuero interno- fue producto de la sustracción del cuerpo de Jesús de su sepultura y de su entierro secreto en Bétel". Le estuvo dando vueltas y vueltas a esta idea, hasta que, de pronto, tuvo la ocurrencia -la "santa ocurrencia" como la llamó después- de hacer lo mismo con Tomás. "¿Acaso no es su Dídimo?", murmuró entre dientes. "¿Acaso no nacieron los mellizos al mismo tiempo?". "¿Acaso no son descendientes de la estirpe davídica?" "¿Acaso no compartía Judas Tomás la divinidad con su sosia?". "¿Acaso, en fin, el Taoma no se merece la resurrección?". Y la historia volvió a las andadas. Un grupo de cinco cristianos, en complicidad con las horas más caliginosas de la noche, y dirigidos por la hermana de Maria Magdalena, acudieron, al tercer día de sepultado Tomás, a la sepultura de éste, removieron la piedra que impedía el paso, y cargaron el cuerpo del apóstol primero hacia una casa, luego hacia otra y así poco a poco hasta llegar a la ciudad de Mylapore en donde se hospedaron en la vivienda de un matrimonio de origen egipcio que vivía en esa parte de la India y que, tiempo atrás, se había convertido al cristianismo. Anubis, el esposo, sabía embalsamar cuerpos -tal fue su profesión habitual cuando vivía en

Egipto- y Nefru, su mujer, habla sido siempre su ayudante en estas faenas. Marta convenció a Anubis de que embalsamara el cuerpo de su esposo. Le explicó las razones. Basó sus argumentos en las virtudes ya comprobadas de los "fraudes piadosos". Nefru comprendió más rápidamente que su esposo la necesidad de hacer que Judas Tomás, mediante un hábil proceso de embalsamamiento pareciese continuar con vida. Convenció a su esposo. Y el prodigioso trabajo que hicieron en el cuerpo inanimado y yerto del profeta asesinado pareció devolverlo a la vida. Las habilidades de Anubis se plasmaron en una obra a la que no se puede escatimar el calificativo de maestra: Tomás, risueño, se hallaba dormido. Los colores habían vuelto a su rostro. El rictus de la muerte habla sido rectificado por no sé qué maquillaje habilidoso y convincente.

Una vez realizado el tratamiento del cuerpo de Judas Tomás con sustancias balsámicas que evitan la putrefacción, lo acostaron en un lecho e invitaron a la comunidad cristiana -que lo creía muerto y sepultado en otro sitio- a acudir a la casa de los egipcios cristianos. Ante los feligreses, Marta, Anubis y Nefru empezaron a gritar: "¡Ha resucitado!". Duerme en el cuarto contiguo, pero ¡Ha resucitado!. Véanlo. Está fatigado. No hagan ruido.

Duerme. ¡Ha resucitado! ¡Y cómo no iba a hacerlo, si es el hermano gemelo de Jesucristo! ¡Loado sea el Señor por hablémoslo devuelto a la vida!". Los cristianos lloraban ante el portento. No podían dudar. Lo divisaban en el cuarto contiguo. No estaba sepultado en el lugar en que lo habían asesinado.. Estaba ahí. Dormido. Resurrecto. Dios Padre había enviado a dos gemelos a redimir el mundo. Y los dos hablan resucitado. ¡Bendito sea Jesús! ¡Bendito sea Tomás! ¡Loados los Dióscuros cristianos!. Marta los convenció entonces de que se retiraran. De que no lo fueran a despertar de que le permitieran descansar porque Tomás probablemente había descendido también, como Cristo, al **gehena** para tender su mano a los cadáveres santos y de seguro se hallaba sumamente fatigado tras de esa expedición. Los piadosos feligreses bajaron la cabeza humildemente. Yo, Ialdabaoth, aproveché el momento para multiplicarme²⁷ en el número preciso de demonios necesarios para introducirme en todos y cada uno de los creyentes. Me deslicé en ellos. Y logré una verdadera obra de arte: todos se sintieron los testigos únicos del prodigio o los espectadores privilegiados de la manifestación divina. Todos corrieron a sus casas a

²⁷ Voy a confesar aquí, al pie de página, que poseo cuatro grandes virtudes: la de sumarme, la de restarme, la de multiplicar y la de dividirme. ¡Las cuatro operaciones aritméticas han vendido su alma al demonio!

contar lo visto, a propagar la nueva resurrección entre sus familiares y amigos.

Mientras tanto, Marta, los cinco cristianos que la ayudaron a cargar el cuerpo y los egipcios cristianizados, tomaron la decisión de dar sepultura allí, en Mylapore, al cuerpo de Tomás. Por muchas razones, convenía deshacerse de los restos del Dídimos. Lo sepultaron en una tumba secreta. Una que jamás se ha encontrado. Y cuando al día siguiente o en los días que vinieron a continuación de la presentación del cuerpo embalsamado, los feligreses cristianos preguntaron por Judas Tomás, Marta se encargó de decir que éste había desaparecido. Que se había esfumado. Que probablemente había tenido su propia Ascensión al reino de los cielos...

La creencia en la resurrección de Tomás no se propagó, sin embargo, por todas partes, como había ocurrido con la de su divino hermano. Y es muy comprensible que así hubiera sido. Una de las muchas razones que explican los reducidos límites en que quedó esta creencia en el Animo popular fue, como es obvio, el hecho de que el **acto de resucitar** tuvo lugar en la India ((es decir, en un lugar donde predominaban la religión brahmánica y las creencias en

los **puranas** y en los **Upanishads**) y no en Palestina donde se estaba a la espera, como se deduce fácilmente de una lectura atenta de la Thora, del Mesías liberador. Otra de las razones de que ello ocurriera así, es la formación paulatina pero granítica de una ortodoxia que no quiere oír hablar, a pesar de que los apócrifos den cuenta y razón de ello, y de que la historia no adulterada presente hechos indiscutibles que dan testimonio de su existencia, de que en el vientre de Marla no sólo creció el embrión de Jesús, sino que también, y de modo simultáneo, se desarrolló el de su hermano gemelo.

Capítulo XIX

Donde Ialdabaoth pasa ahora a narrarnos lo que aconteció con María Magdalena tras la desaparición de Jesús.

La narración legendaria de los últimos años de Marla de Magdala -tan diferentes a los vividos por su hermana Marta y por el Didimo en la India- tiene una razón histórica, puedo decirlo yo, Ialdabaoth, que sé en verdad algo de esto, aunque en dicho relato se combinan caprichosamente elementos fabulosos y elementos reales. ¿Qué dice, en efecto, la leyenda? Nos cuenta que Maria, en compañía de Lázaro, abandonó Palestina dos semanas después de la Ascensión de Jesús de Galilea, para retirarse a la Galia Narbonesa, cerca de Masilia (hoy Marsella). Antes de eso, cuando Maria madre se trasladó a Éfeso en compañía de Juan -hijo de ella y su segundo esposo Zebedeo-, Maria Magdalena, se refugió -como lo escribe la B^aronesa Ana de Krane en su famosa biografía de la Magdalena- en una gruta de Betania, en Judea. Reparemos, pues, en esto: Maria de Magdala, una vez que hubo desaparecido su Señor, se sintió sola. Con una soledad oceánica, para decirlo de algún modo. Se sintió sola en medio de un cosmos deshabitado. En estas condiciones, y llevada de su connatural tendencia a la contemplación, decidió

separarse del mundo, y, al igual que tantos ermitaños, escogió el camino del desierto y, dado que no podía vivir a la intemperie en una gélida comunión con el reguero de estrellas que se hallaban perpetuamente vigilando el acontecer del universo mundo, se refugió en una caverna para estar a solas con su Dios. Pero Lázaro fue por ella, y echando manos de no sé qué argumentos, la convenció de que le hiciera compañía a la Galia, ya que los apóstoles lo habían escogido para que desempeñarse el papel de Obispo de Masilla en el suroeste de lo que es actualmente Francia. Ella, un poco a regañadientes, aceptó realizar tal viaje. Pero, inmediatamente después de su llegada a la **Provence**, corrió literalmente a esconderse en la gruta de Saint-Baume. A los historiadores modernos les parece todo esto inverosímil fabuloso, entre otras cosas, porque la caverna mencionada se encuentra a 886 metros de altitud y resulta totalmente inaccesible a los simples mortales. Para salir del atolladero, unos historiadores -los que no temen echar mano de lo maravilloso cuando es preciso hacerlo- arguyen que algunos ángeles levantaron en vilo a María y la depositaron en una gruta de tan inhospitalaria elevación. Otros -a quienes repugna divorciarse tan brutalmente de lo meramente natural- son de la opinión de que dicha gruta, hoy día perdida materialmente entre las nubes, en aquella época, por

una conformación geológica distinta a la que existe en la actualidad, ¡se hallaba al ras del suelo! Como podéis comprender ni la hipótesis angélica ni la teoría geológica tienen nada que ver con la realidad. La verdad es más sencilla. En aquella época la gruta de Saint-Baume se hallaba aproximadamente a la misma distancia que hoy en día del suelo. Y en aquella época, como ahora, los ángeles se resistían obcecadamente a hacer acto de presencia en el globo terráqueo, aunque las plegarias de entonces y de siempre hagan el intento de convertirse en un imán que atraiga al mundo, a esas criaturas delicadas e inmarcesibles que se hallan a un aleteo de confundirse con la perfección. La verdad, decía, es más simple: en aquella época existía un desfiladero, un abrupto camino ascendente que llevaba desde la planicie hasta la gruta. Con trabajo, María subió por esa ruta difícil pero no inaccesible. Y, repitiendo su experiencia de la caverna en el desierto de Betania, tomó la decisión de vivir allí, alejada del mundo. Como María se hallaba aislada por completo de sus semejantes -y el mismo Lázaro, ahora convertido en Obispo, no podía ocuparse de ella- tuvo que alimentarse de raíces, frutas silvestres y huevos de pájaro, y se vio en la necesidad de beber el agua de lluvia que se conservaba en los huecos de las piedras. Se cuenta, pero esto no es más

que una fábula piadosa, que, como en Provençe apenas llueve, Dios tuvo lástima de ella e hizo que en la gruta brotara una fuente. Sea lo que sea, María se nos presenta como penitente. Se ve que ha tomado la decisión no sólo de aislarse de los hombres para acercarse a Dios y a su Divino Hijo, sino de mortificar su cuerpo para castigarlo severamente por los pecados cometidos. Pero esta decisión de hacer penitencia ¿se debía a la vida de pecadora que llevó antes de entrar en contacto con **Ieshua**? No, esa no era la razón. El motivo era uno muy distinto y del que vosotros ya estáis enterados. El remordimiento, los escrúpulos, las dudas que la conducían a la mortificación del cuerpo y a la gozosa aceptación de la penitencia se basaban en que **ella había sentido**. ¿Mentido a quién? Mentido a los hombres. A la humanidad completa. En ella, recaía en buena parte, la responsabilidad de lo que alguien ha llamado la **crucifixión de la historia...**

A todo esto. Lázaro cayó enfermo y murió repentinamente sin poder despedirse de la hermana que vivía en la **Provençe** ni de la hermana que se hallaba en la India. Además la mano que podía llevar portentosas correcciones a las leyes naturales y que en el pasado lo había milagrosamente

conducido de la asfixia embalsamada al pulmón en pie de vida, ya no estaba a su lado...

San Maximino lo sucede como obispo de Masilla. En su lecho de muerte, Lázaro le hace prometer a Maximino que por lo que más quiera no se olvide de María. Que vaya en su ayuda. Que le tienda la mano. Maximino, que está al tanto de quién es María, y que papel le tocó jugar en la vida y la muerte de Jesús, cumple con su palabra: acude con frecuencia a la gruta para llevarle alimentos a la santa mujer y, cuando María Magdalena, ya derretida en su propio cirio corporal, empieza a dar señales de hallarse delicada de salud, decide instalarse al pie de la montaña. Cuando finalmente, comenzó la agonía de la Magdalena, Maximino acudió con presteza a brindarle palabras de consuelo, ofrecerle la comunión, trazarle dos cruces en los párpados y a enterrarla junto a su oratorio.

Capítulo XX

Muerte de *María Magdalena*

María no había temido nunca a la muerte. Aunque la idea de la resurrección de los muertos no era aceptada por los saduceos -quienes colocaban a cada individuo en un paréntesis de **arcilla existencial** entre dos nada-, el ideario, la doctrina y los anhelos fariseos si admitían, en algunos casos, el acto sobrenatural de la supervivencia tras la acción devoradora del **seol** definitivo. María Magdalena, en su etapa de coincidencia con los fariseos, se aferró a esta creencia y sin dudas ni titubeos le apostó al deseo de escapar a la muerte, la putrefacción pulverizadora y la desaparición eterna, por vía de la obra, la fe y la confianza. Cuando entró en relación con Jesús y en contacto con el cristianismo, cuando supo del alma encerrada a siete llaves en la mazmorra del cuerpo, pero también de la posibilidad y la necesidad de liberarse de las ataduras materiales y, con ello, de sus dolores, angustias y desatinos, se convirtió en la más fervorosa feligresa de la esperanza. Pero cuando el tiempo estaba tramitando sus últimos segundos, cuando el reloj ponía sus postreros granitos de arena en la obra inexorable de la destrucción, una cierta inquietud, indestructible

y atormentadora, empezó a adueñarse de todos y cada uno de los compartimientos que conformaban su vida espiritual. Inquietud primero, después franca zozobra. Sus pasos recorrían el ámbito minúsculo de su caverna con la misma desesperación e idéntico sin sentido con que su angustia deambulaba a través de las logregueces de su alma. Sentía que una sombra se acercaba. Que algo le dificultaba respirar. Que la vista se le nublabá. Que en las muñecas le estallaba el pulso. Que no podía más. Que temblaba. Que lo hacía de miedo. Que el "Díós mío, Díós mío" ya no le servían de nada. Que ya, Que ya. Que enfrente de ella, con los brazos abiertos, la esperaba, hambriento e insoslayable, el gran vacío.

Capítulo XXX

Que narra los últimos pensamientos que la Magdalena y Judas Tomás tuvieron en sus postreros días.

Como hemos visto, el corazón de las hermanas de Lázaro fue puesto a los pies de dos hermanos: los **taomim**. La actividad de Jesús y, sobre todo, la de Judas Tomás no podría haberse realizado plenamente sin el concurso de la mujer enamorada que se descubría, entusiasta y fervorosa, tras de cada uno. Los últimos años de María Magdalena y del Tafia fueron muy diferentes: María había perdido a su fiado y en estas condiciones vivía la soledad como el ámbito propicio y a lo mejor necesario para comunicarse con el bien perdido. María estaba sola, fracturada de cielo. Tomás, en cambio, estaba acompañado, profunda y amorosamente acompañado. Marta no era partidaria de la contemplación. Era una mujer práctica, resuelta y eficiente. Judas Tomás, por su lado, era un luchador. Deseaba evangelizar, si no a toda la India -lo cual resultaba imposible, y él lo sabía- por lo menos a algunas partes de ella. Su esperanza era sembrar la semilla cristiana en el mundo numinoso del brahmanismo. En este propósito evangelizador se hallaba constantemente apoyado por Marta. Las vidas de María y de Tomás se hallaban condicionadas, pues, por su situación existencial. María estaba más

aislada del mundo que Tomás. Algunos hechos ocurridos en Roma, Palestina y otras partes del mundo fueron conocidos por ella a través de Lázaro primero y de Maximino después. Pero se trataban sólo de los más relevantes y significativos. Judas Tomás se hallaba al tanto, en cambio, de multitud de acontecimientos, conflictos bélicos e insurrecciones, ocurridos en diferentes regiones de la tierra, dados a conocer por una afluencia continua de informantes **cristianos**²⁸. A pesar de la desigualdad informativa de María y de Tomás, a los oídos de ambos llegaron las siguientes noticias: la satanización del Iscariote, el nacimiento del paulismo, la pugna entre los judeocristianos y la doctrina ecuménica de San Pablo, el incendio de Roma en 64, la primera gran represión contra los cristianos en la capital del Imperio, la sublevación de los judíos en 68 y la destrucción del Templo de Jerusalén en 70. Ambos entraron en conocimiento, por consiguiente, del momento en que el cristianismo despliega sus alas e empieza el vuelo a la altura precisa para empezar a cubrir con su sombra la Tierra. Ambos, tan profundamente involucrados en la de la **buena nueva**, la ven ahora entrar con pie firme en su dorada infancia. Los dos saben que la crucifixión, la muerte y, sobre todo, la resurrección

²⁸ El nombre de la nueva religión, *christianoi i*, que se había gestado en la ciudad griega de Antioquía, ya se aplicaba, entonces, en efecto, a todos aquellos que compartían las creencias y las normas morales provenientes de Jesucristo.

de Jesús ha conmovido a todos los que oyen hablar de ello. La Magdalena y el Didimo se turban y se conturban por lo que está sucediendo. ¿Será verdad?, se dicen. ¿Este triunfo de Cristo no es un milagro tan grande o mayor que el de la supuesta resurrección?, se preguntan. Alucinados, se maravillan de cómo el Amado, de cómo el Gemelo, es ahora el Hijo viviente de Dios no sólo para el pequeño círculo de los **doce** o para la cofradía de los **setenta**, sino para un número de feligreses que deja exhaustos a los ábacos y produce asombro en quienes pensaban que la nueva secta era una barquichuela condenada a bogar en el mar del jadaísmo. Pasmados, no comprenden bien a bien por qué, bajo el signo del **pescado** (del **Ictus**) o a la sombra de la **cruz** -que de instrumento de tortura y muerte se transfigura incomprensiblemente en objeto de santidad y culto- hay ahora hebreos, griegos, romanos, indios, egipcios, idumeos, partos, etcétera, que han encontrado el sentido de la vida y han tomado por asalto la esperanza y que, lejos de arrendarse ante los sacrificios, el sufrimiento y la muerte, están deseosos de afrontarlos, de arrojarse a ellos y de obtener como recompensa la dicha de conseguir, en el allende, una parcela desde la cual poder echar de cuando en vez una tímida mirada, aunque sea de lejos, a la radiante esencia de ese Padre y de ese Hijo que

se saben en el Espíritu Santo. Ambos, entonces, vieron y vivieron el cristianismo en ascenso con orgullo y entusiasmo. Pero, dado el carácter de cada quien, y el tipo de vida que llevaban, asimilaron los afortunados acontecimientos de la nueva fe de manera a veces distinta y hasta encontrada. Ella no podía disimular su dicha, su orgullo, su emoción; pero tampoco podía echarle tierra al permanente remordimiento de haber falsificado las cosas y a la oscura sospecha de que algún día, no sabía cuándo, ni cómo, se las tendría que ver con los severos tribunales de la verdad. Él se sentía vanidosamente **parte del destino**, colaborador de la providencia, factor de cambio en el curso de la historia; pero, a veces, se revolvía inquieto -no por haber participado en el fraude piadoso: eso no representaba, para él, ningún problema-, sino porque no supo guardar el secreto de lo acontecido con Jesús después de su muerte. ¿Quién sabe dónde se hallaría ese secreto? ¿Habría muerto con Cerinto? ¿Se habría conservado en alguna parte? Lo ignoraba. No pensaba ni quería pensar en ello...

Ambos, entonces, tenían una sospecha, y con ella arribaron a su postrer desenlace: el decurso histórico estaba siguiendo el derrotero que seguía, por muchos y variados factores -la prédica del

Maestro, el hambre de eternidad de los hombres, la satanización del delator, el consuelo a los simples etcétera-; pero ellos, en diferente grado, habían colaborado en la fijación del sentido y el rumbo que tomaba ese proceso.

Digámoslo, entonces, así: la historia occidental, desde la participación de ambos y en lo sucesivo, se hallará oscuramente determinada por un **fraude piadoso** y una **indiscreción**.